

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

- Luis Alberto Sánchez. *Indagación del espíritu incaico. I.*
 Adolphe de Falgairolle. *La evolución literaria de Francia
en 1930.*
 José Serrano. *La independencia económica de la América
Española.*
 Paul Schostakowsky. *Europa y Rusia.*
 Carlos Pereyra. *Las islas de Robinson.*
 Adolf Meyer Abich. *Investigación y enseñanza. II.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Marta Vergara. *Blaise Cendrars, el hombre sincopado en la
literatura y en la vida.*
 Manuel Seoane. *El petróleo peruano.*
 Eugenio González R. *Ortega y Gasset y la Universidad.*
 F. Ortúzar Vial. *Desvergüenzas literarias. El prólogo.*
 Domingo Melfi. *La novela de los hombres sin clase.*
 Manuel Rojas. *Divagaciones alrededor de la poesía. VII.*
 Alfa. *Asonancias y Disonancias.*

LOS LIBROS—LAS REVISTAS

(Sumario detallado a la vuelta.)

SUMARIO

Año VIII

Febrero de 1931

N.º 72

PÁGS.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: Indagación del Espíritu Incaico. I.....	147
ADOLPHE DE FALGAIROLLE: La evolución literaria de Francia en 1930.	161
JOSÉ SERRANO: La independencia económica de la América española.	172
PAUL SCHOSTAKOWSKY: Europa y Rusia	183
CARLOS PEREYRA: Las Islas de Robinson.....	197
ADOLF MEYER ABICH: Investigación y enseñanza. II.....	206

HOMBRES IDEAS Y HECHOS

MARTA VERGARA: Blaise Cendrars, El hombre sincopado en la literatura y en la vida.....	227
MANUEL SEOANE: El petróleo peruano.....	230
EUGENIO GONZÁLEZ R.: Ortega y Gasset y la Universidad.....	237
F. ORTÚZAR VIAL: Desvergüenzas literarias. El Prólogo.....	247
DOMINGO MELFI: La novela de los hombres sin clase.....	252
MANUEL ROJAS: Divagaciones alrededor de la poesía. VII.....	257
ALFA: Asonancias y Disonancias. Monterrey, Jitanjáforas, Luto....	261

LOS LIBROS

NOVELA

Manuel Rojas: Mijail, por Panait Istrati.....	265
F. Ortúzar Vial: Sobre el Don apacible, por Miguel Cholókhov.....	266
E. G.: De Regreso, por Erich María Remarque.....	267

ARTE

Mariano Picón-Salas: Pintura colonial, por F. Cossio del Pomar.....	270
---	-----

BIOGRAFÍA

F. Ortúzar Vial: Eugenia de Guzmán, por el Marqués de Villa-Urrutia.....	271
--	-----

HISTORIA

Mariano Picón-Salas: El testimonio de Juan Peña, por Alfonso Reyes.....	272
R. C. M.: La censura por dentro, por Celedonio de la Iglesia.....	276

JUSTICIA

M. R.: Sacco y Vanzetti. Un grave error judicial, por el Dr. José Agustín Martínez..	277
--	-----

SOCIOLOGÍA

R. Cabrera Méndez: La Familia, por F. Müller-Lyer.....	278
--	-----

FILOSOFÍA

E. G.: Los seis grandes temas de la Metafísica Occidental, por Heinz Heimsoeth.....	280
---	-----

VIAJES

Raúl Silva Castro: Itinerario de la inquietud, por Ricardo A. Latcham.....	282
--	-----

POESÍA

A. V. A.: El Miajón de los Castúos, por Luis Chamizo.....	285
A. V. A.: Verso simple, por Rafael Jijena Sánchez.....	286
Dr. Hipólito Galante: A propósito de <i>Andina</i>	287

LAS REVISTAS

ARIEL: L'Esprit International.—Una Revista Argentina.—Tres ensayos de verdadero interés.—Memento.....	291
---	-----

El papel empleado en esta Revista es chileno y fabricado por la
Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina — Luis D. Cruz Ocampo
Raúl Silva Castro — Félix
Armando Núñez

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia,
recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto
Bolivia (sólo anual): 4 dólares, o su equivalente según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista, ATENEA mantiene una oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8. Esta oficina funciona todos los días hábiles de 14 a 19 horas.

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA
Centro América

INDICE

ORGANO del GRUPO INDICE

Mensuario de cultura
actual, información,
crítica y bibliografía.

DIRECCION POSTAL:

Clasificador 24-A. - SANTIAGO

CHILE

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar
sobre la aplicación del Cine a la
educación en cada una de sus ra-
mas (universitaria, primaria, se-
cundaria, agrícola), así a la cien-
tífica como a la popular, y a la
higiene social. Se publica en cin-
co ediciones: inglesa, francesa,
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia -ROMA

Suscripción por un año a la
edición española: dólares 4;
pesos chilenos, 32.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

* *

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811
MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de
Ciencias Sociales y
Letras, fundada
en 1918.

Director Fundador:
V́ctor Andŕs Belaunde

APARTADO N.º 176.
LIMA - PERU

REVISTA CHILENA

PUBLICACION MENSUAL

Diplomacia,
Historia,
Artes,
Letras.

FUNDADOR:
Enrique Matta Vial

DIRECTOR:
Félix Nieto del Río

DIRECCION POSTAL: CORREO 8,
SANTIAGO DE CHILE

Suscríbese Ud. a

ATENEA

consagrada en Chile y fuera de Chile como la
mejor revista chilena.

**PRECIOS DE SUSCRIPCION A CONTAR
DESDE EL 1.º DE ENERO DE 1931.**

Un año.....	\$ 28.00
Seis meses.....	14.00

Para las provincias de Chile y para Bolivia estos precios tendrán un recargo de dos pesos anuales para franqueo.

Suscripción en países extranjeros, excepto Bolivia, cuatro dólares anuales o su equivalente según el país.

Número atrasado de la Revista, tres pesos.

Las suscripciones se reciben en el Edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, 2.º piso, oficina 8, Santiago y en la Secretaría de la Universidad de Concepción.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII — Santiago, Febrero de 1931 — Núm. 72

Luis Alberto Sánchez.

INDAGACION DEL ESPIRITU INCAICO

LA MÚSICA Y EL SERVILISMO.

«La música es el arte de los pueblos débiles», dijo el poeta Laprade en su libro *Contre la musique* en que, polemizando con Falloux, atacó a Napoleón Tercero. El cancionerismo significaba para él una manifestación, no tanto de impotencia, como de debilidad. Arte de insatisfacción, arte de protesta, tácita y melodiosa, signo de un medio subyugado y de un poder irrespetuoso, la música ha sido siempre el sistema de expresar descontento, porque, en el fondo, fué arte de evasión. En la Rusia de los Zares, cuando más intolerable era el yugo imperial, surgió la música de *Los Cinco*. En la Alemania semifeudal nació el arte de los clásicos alemanes. En la Francia espiada, sujeta a policías secretas y esbirros, de Napoleón Tercero, triunfaba la canción. En el Perú incaico todo el fervor contenido de los indígenas, toda la protesta silenciada de los súbditos, toda el ansia de liberación del poblador, se refugió desesperadamente en la música. Toda la música y la poesía incaicas revelan el estado político autocrático y mediatizado del Tahuantinsuyu. Lógicamente el pueblo fué comunitario y receloso de la coacción

externa, resignado al anónimo. Que el anónimo no siempre encubre un alma baja en el que lo produce, sino un espíritu intolerante, incomprensivo y siniestro en quien lo provoca y obliga a usarlo como arma.

A través de la literatura—y el folklore—surge, pues, con mayor evidencia que en ninguna otra vía, el problema del Incario peruano y la tragedia de la aparición del espíritu nacional. Arrancando de esa época, y pasando en seguida por la época virreinal, que prolongó entre jácaras, loas, recepciones de virreyes y fiestas a magnates, el espíritu autocrático, se explica cómo la originalidad tuvo que realizar tantos esfuerzos—ella, y no el escritor—para buscar al escritor. Pero, en vez de generalizaciones, explica mejor el caso un examen de las condiciones en que se produjo el fenómeno literario del Imperio y la prolongación de la literatura y el espíritu indígena hasta nuestro tiempo.

REALIDAD Y LITERATURA.

En primer lugar, la realidad peruana—y espejo de ella es su literatura—presenta una dualidad definida, como ocurre en Bolivia y, parcialmente, en México. La dualidad está en la coexistencia de dos idiomas diversos y ambos mayoritarios; el quechua y el castellano, mejor dicho, el indígena puro y el mestizo con mayor proximidad al blanco.

En todo país en que han ocurrido violentas superposiciones de culturas y razas—desde los hicsos en el lejano Egipto faraónico, los Inkas en el Tahuantinsuyu, los araucanos en Chile, los normandos en Inglaterra, los aztecas en México, los visigodos en España, quizá los uros en la meseta boliviana—se ha creado una oposición neta entre raza y raza, cultura y cultura. Pero, generalmente, esa oposición termina con la absorción de una cultura por otra, lo que se manifiesta especialmente en el idioma. Así procedieron los romanos, colonizadores sumos. Los ingleses, en cam-

bio—ironiza Keyserling en su *Europa*—, por mantener una transición prologal, respetan al ídolo adorado por el pueblo sometido, aunque se llevan los productos de su tierra: no atentan contra la conciencia religiosa tan susceptible y belicosa, sino contra la riqueza económica. Y lentamente infiltran, luego, su cultura. En el caso del Perú, nada de eso existe. Los colonizadores y catequizadores tuvieron el don especial de aumentar, en vez de disminuir, la animadversión entre las razas antagónicas. Y aumentado esto por la congénita desconfianza aborígen, no es raro que se llegara al resultado de una total separación entre ambos elementos. Separación que subsiste, aunque Ricardo Rojas se esfuerce en crear símbolos conciliatorios, como el de *Eurindia*, y Vasconcelos pretenda sistematizar una *Indología*.

No se avanzó, pues, ni en unificar el idioma, vehículo de conciliación y expresión de una cultura. La disparidad de lengua conservó la disparidad de sensibilidad y de criterio. Y es así como, al lado del cholo, el zambo, el mulato y el blanco más o menos mestizo, subsistió el indio, con alma quechua, idioma quechua, costumbre quechua, literatura quechua.

En el quechua se encuentra por consiguiente la clave para descubrir el alma peruana. No se trata de «cultura incaica» o «movimiento indigenista». Lo incaico pertenece al pasado; lo indígena encarna un sector—sociología—del espíritu actual, con un contenido más económico que literario. El quechua, en cambio, abarca el pasado incaico y la actualidad indígena. Desde el punto de vista filológico y literario, representa mejor que ningún otro indicio, el *quid* del debate. *Quid humanum*, por cierto. Quechuas y mestizos: he aquí la escisión básica de la cultura y la sociedad peruana. En literatura no se puede alterar una división tan honda y exacta. Mucho menos se puede ni debe apelar a los esquemas provisionales de la historia ex-

terna: Imperio, Colonia, Independencia, República. No corresponden éstos a la historia interna, que es la base de la literatura.

Contra un criterio semejante, es natural que insurjan los partidarios del arte puro. Pero aun los más finos artistas de hoy convienen en la misión y el significado profundamente social de la literatura y sus evidentes correspondencias con la vida externa de un país. Sin necesidad de recurrir a criterios extremistas, como el de la *Wapp* soviética, ni a teorizantes implacablemente marxistas como Plejanov, ni a profesores de sociología extraviados en la estética, como Charles Lalo, basta tomar el pulso a los artistas de hoy—y de todos los tiempos—para comprobar la innegable influencia absorbente de lo social en la literatura, y el hecho de que *literatura* y *bellas letras* no son una misma cosa, como tampoco debe rebajarse la literatura al papel subsidiario con que los sajones suelen hablar de «literatura», en el sentido de «publicidad» de un artículo, o de «bibliografía» de una ciencia. Artistas puros como los de ese grupo exquisito de La Habana—timoneles de 1930—otorgan a la literatura y al literato una función eminentemente social. Curzio Malaparte hablaba alguna vez—y ello se encuentra en la antológica *Entorno al casticismo de Italia*—de la urgencia de negar al intelectual puro. Unamuno, Rolland, Frank, Lewis, hasta los menos «humanizados»—el caso de Ortega y Gasset, profesor terso de una ciencia fragorosa, como la política—convienen al cabo en que el literato no puede vivir ausente del hombre social. En la literatura chilena, prescindiendo del ejemplo de Vicuña Mackenna y Lastarria, podría apelarse a la Mistral, en quien hallan eco las inquietudes del momento. Raúl Silva Castro ha acusado a las letras chilenas de no preocuparse de las grandes inquietudes de la vida y de la intelectualidad, y el sólo hecho de «denunciar» ese hecho—posible, real o ficticio—quiere decir que com-

prende el crítico chileno la necesidad de que una literatura, para crecer y robustecerse, preste oídos a esas inquietudes que son el sustento de todo acto intelectual o vital, artístico o no. Ahí tenemos, además, el ejemplo de Valle Inclán y D'Annunzio, puros estetas de otros días, mostrando en su evolución última hasta qué punto en lo literario—por puro y excelso que sea—se insufla el hálito poderoso y sugestivo de lo social.

Por fuerza, pues, una discriminación de la literatura quechua deberá, por lo menos, rozar el problema del quechua en la realidad peruana, el sentido del Imperio, la cuestión del aborígen, algunos problemas de la historia externa que se reflejan elocuentemente en la literatura.

EL QUECHUA Y SU MEDIO: LAS MASAS.

«Como el Nilo ha creado el Egipto, la cordillera andina ha creado la cultura inkaica», escribe Luis Valcárcel. De ahí provendrá, sin duda, forzando una sutil interpretación literaria, el «culto de las cumbres», que, según unos, ha caracterizado a la cultura del Imperio, aunque, en realidad, ésta es fruto de valle andino templado, ya que hasta la voz «quechua» significa «quebrada, y quebrada llamamos en el Perú al pequeño valle de temperatura primaveral».

El lazo entre la tierra y el hombre tiene una fuerza evidente en el Perú. No es este un seguimiento de Taine, sino una comprobación simplísima. El valle y la altura determinan en el indio una especie de panteísmo generoso, ante el cual «apenas si hay cosas feas o despreciables». Aun cuando su poesía esté impregnada de un marcado sentimiento erótico—casto por demás—, más poderoso aun es el amor a la naturaleza—sentimiento rural—, que lo mismo puede ser virgiliano que franciscano, según como se le interprete. No debe olvidarse el amor al animal entre el indio peruano. La

llama reemplazó a veces—provocando la admonición vehemente de los misioneros del Coloniaje—a la mujer, en aquel «bestial pecado» horror de curas y doctrineiros. J. A. Escalante nos refiere que aun para los indios actuales, las ovejas y vacas constituyen una extensión de la familia. En ciertos días del año festejan a estos nuevos familiares: «en carnaval a las vacas; en San Juan a las ovejas; por San Roque a los perros; hacia fines de Julio, a las llamas». Hildebrando Castro Pozo describe con abundantes detalles—en *Nuestra Comunidad Indígena*—la intensa ternura del aborigen, tal como se revela en su literatura y en el carácter de sus festividades. Y de éstas—excesivas para el mal humor de Von Tschudi—y de su origen agrario, arrancan el amor a los animales y la devoción ancestral al sol.

El Imperio tuvo, por sobre todo, un marcadísimo tono comunitario, dentro del cual no había la posibilidad de que surgieran personalidades señeras. No conoció grandes hombres, sino *grandes masas*. La literatura de un Estado así es adversa a la nombradía. El manto de un gran anonimato colectivo se extiende por sobre las letras incaicas. Jamás se aposentó ahí la idea ibseniana de la soledad. Jamás cupo un Robinson en aquel sistema. Para su literatura no nacieron los Defoe, los Emerson, los Carlyle, los Nietzsche ni los Walt Whitman. El grupo, no el hombre, es la unidad jurídica. Desaparece la personalidad literaria, absorbida por la muchedumbre. Cahuiti—el ritual Cahuide—asoma en momentos de belicosidad—si no es una invención hispanizanté—y sólo después de la violenta ruptura del Imperio, bajo la invasión española.

El tipo intelectual de esa cultura adquirió los caracteres agrario-colectivos de la sociedad en que vivía. Su intimidad con los animales; sus tropos frecuentemente rurales—concordancia con los latinos, también agricultores—; su divinización de la tierra y cierta «placidez virgiliana» de su literatura, nacen de su agraris-

mo. La Madre Tierra,—*Mama Pacha*—ejerce una influencia decisiva en el hombre quechua y su expresión. Ya en el Génesis un elocuente versículo advierte que la tierra—y no el polvo—encierra el principio y el fin del hombre: tierra fecunda y perdurable; no polvo deleznable, fugitivo, anárquico, precario. «Hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado», dice el texto bíblico. Y la tierra—modeladora de pueblos—inspira y plasma la música y la canción incaicas.

Los indios peruanos tomaron además de la Naturaleza cierto hieratismo connatural de las montañas. La vida colectiva, bajo la férrea autocracia imperial, restó inquietud individual a sus espíritus, a pesar de la «presteza para la emoción erótica», de que habla Valcárcel. Simples, de toda simplicidad, los peruanos amaban las ideas generales: en su idioma, *Pacha* y *Tupu* significan igualmente, tierra, duración, sucesión, coexistencia, es decir, que el tiempo y el espacio son conceptos que no difieren mayormente. Si se advierte tristeza en la música y en la fisonomía del indígena peruano, hay que buscar la causa—dice el cronista Cieza de León—en la nostalgia del buen tiempo ido. Pena de desterrado, «amargor de alejamiento», tortura de *mitimae*—*mitimae* era el trasplante de un pueblo a otro por voluntad del Inca—, dolor político que trascendió a la existencia entera del pueblo incaico. Aun está por dilucidarse si la simplicidad del arte y la literatura quechuas traducen estilizamiento o primitivismo, sobriedad o pauperismo, supresión de lo adjetivo o ausencia de lo sustantivo. Lo hemos de ver más adelante.

El carácter agrario-colectivista de su constitución íntegra aparece neto en los nombres de los viejos *ayllus*. Uno de los primeros se denomina el de *Guacaitaqui*, o de los cantores religiosos o *huacas*; otro, el de *Surana*, o de los pastales; aquel, el de *Guanaiyata*, es decir, «la altura de la necesidad o el escarmiento»;

éste, el de *Hahuainñin*, o de los forasteros. La misma fábula de los hermanos Ayar revela ruralismo. *Ayar* equivale a quinua silvestre. Los hermanos Ayar se llamaban Ayar Uchu, Ayar Cachi, Ayar Auca y Ayar Manco, que fué el vencedor de todos: *cachi*, es sal, *uchu* es ají, *hancca* es maíz tostado, *manco* es jefe. Las mujeres de estos hermanos—, comenta Valcárcel en *Del Ayllu al Imperio*—delatan también un origen semejante al de sus esposos.

Mama Oello, Mama Rauro, Mama Guaco y Mama Cora equivaldrían a elementos distintos—fecundación, fuego, mala yerba, yerba medicinal—, y de esta suerte el *ayllu* epónimo estaría dividido en ocho fratrías. El carácter agrario no es, pues, una simple moda literaria de las canciones indígenas, sino que responde a la constitución misma de aquel pueblo.

EL COLECTIVISMO Y EL ANÓNIMO.

No importa averiguar en este ensayo el origen del primitivo peruano. Basta una conclusión que Raúl d'Harcourt escribe en su *América antes de Colón*: «si el americano no es autóctono, llegó al Nuevo Mundo con conocimientos y técnicas sencillas, propias de la edad paleolítica, de donde sus adquisiciones posteriores se las debe a sí mismo, a su genio inventivo, que le permitió levantar, poco a poco, por sus propios medios un monumento sólido y bello». En *El Perú histórico y artístico* de un investigador severo como José de la Riva Agüero hay un concepto semejante (p. 13).

Lo importante es ahondar en la psicología del pueblo quechua de ese tiempo. Resalta, primeramente, el acento *anónimo* de su literatura. Spengler se refiere en *La Decadencia de Occidente* (I, 23), a la probable raíz oriental—hindú o china—de la cultura americana, y a tal origen, caso de comprobarse—como hay abundantes hipótesis—, o al colectivismo agrario, se debe esa tipificación en el anonimismo. No nos queda ningún

nombre; sólo la expresión. Ni en política, ni en cerámica, que fué tan admirable, ni en legislación, ni en arquitectura, ni en religión, ni en poesía, nos han legado una sola individualidad, excepto la del autócrata, y aun sólo la del autócrata famoso. Los frutos intelectuales, como la tierra próspera, pasaron a ser dominio de la masa. Si algún nombre perdura es el dudoso e insignificante del *quipucamayoc* Catari, a quien alude el jesuíta Anello Oliva. Y, más dudoso como poeta, aunque real como Emperador o Inca, el de Pachacutec, en cuyo derredor se agrupan una multitud de leyendas, cual en torno a un Carlomagno quechua. Es lo único individual que nos queda de esa cultura. El cronista Sarmiento de Gamboa transcribe un supuesto cantar de Pachacutec, de tono rural y sabor a égloga y elegía:

Nací como un lirio en el jardín y así fuí criado y como vivo mi edad envejecí, y como había de morir, así me sequé y morí.

A Pachacutec atribuye también Sarmiento el haber mandado escribir una historia de su pueblo, pero es preciso andar con cuidado en este asunto, porque Sarmiento de Gamboa actuaba, de acuerdo con los móviles e instrucciones del Virrey Toledo, en una campaña destinada a probar que el dominio de los Incas en el Perú era una usurpación reciente, a objeto de justificar la intromisión española, y para ello amontonaba todas las hazañas en los incas inmediatos a la Conquista, empezando por Pachacutec.

EL QUECHUA Y SU ESCRITURA.

El carácter colectivo, traducido en anonimato permanente, da a la cultura incaica un matiz especial. Mientras cada invento o descubrimiento—hasta América—es motivo de una epopeya en Europa, los quechuas incluyen todos sus más admirables progresos,

la organización de sus *ayllus*, la construcción de sus caminos, acueductos y *andenes*, sus obras de arte y sus leyendas, en el acervo común. Un pueblo que así se desarrolló y que alcanzó adelanto innegable, tuvo una expresión incomparable en su idioma: el quechua. Este idioma requirió una escritura. Los pueblos vecinos también la tuvieron. Pero, ¿cuál fué esa escritura? Si el *Runasimi*—idioma de todo el Imperio—alcanzó a generalizarse tanto, forzosamente tuvo que poseer un medio de perduración y transmisión.

Los datos que para afirmarlo tenemos son de tres clases: el testimonio de los cronistas inmediatos a la Conquista; los restos de primitiva escritura existentes, y las deducciones de la lógica más elemental.

Tal vez parezca ocioso insistir en la escritura, pero ella es uno de los ingredientes de toda literatura—*litterae*—y toda literatura requiere no sólo la expresión oral, el verbo, su esencia, sino también la escrita: *litos*, piedra.

Bernal Díaz del Castillo refiere cómo procedían los aztecas para informar a Moctezuma del desembarco de los españoles, con una escritura primitiva. Sarmiento de Gamboa, Garcilaso, el P. Valera, Huamán Poma de Ayala y Cieza se refieren a lo mismo en el Perú. Cieza es más explícito. En su *Señorío de los Incas* alude a un gran archivo de *quipos* que existía en el Cuzco y en que se conservaba la historia del Imperio. También se sabe que los *quipucamayocs* eran como los escribas egipcios, los únicos capaces de descifrar esa escritura, y que se encargaban de relatar a cada Inca las hazañas de su antecesor.

Como restos de escritura, existen muchos. Apartes los *glifos* mayas que indican la existencia de cierta escritura fonética; los códices *nahuas*—especialmente los de Mendoza, del Vaticano, etc.—; los petroglifos trazados por los Panches en las riberas del Magdalena (Colombia), la famosa piedra de Pandí, etc.; aparte de las

inscripciones, evidentemente rastros de escritura usada por los indios peruanos, como se ve en la piedra de Yonán y la de Caldera, las que Raimondi refiere que encontró en el camino de Sayán a Oyón, las que Riva Agüero cuenta haber examinado en la quebrada del río de Pisco, las que copia Wiener, las que vió Cieza en Huanta, y Acosta y Cobo, y tantos más; aparte todo eso existe el hecho visible de los *quipus*, cuya utilización, al decir de Cieza y según la lógica más elemental—amén de Garcilaso—, no era sólo para operaciones de contabilidad, sino para recordar *hechos*. Escritura mnemotécnica es lo menos que se puede admitir tratándose de los *quipus*. Pero el *Runasimi* no pudo vivir sin una escritura, ni desarrollarse ni trasmitirse sin ella.

Estamos en el terreno del tercer argumento, que es a la vez lógico y analógico. Lógico, porque el más superficial conocimiento del idioma *quechua* nos lleva a inducir, inmediatamente, la existencia de una escritura suficiente para expresarlo; porque su perduración y la duración de las leyendas incaicas, el hecho tangible de que existieran los *quipus*, la maraña de esos nudos de colores, las necesidades del Imperio, el espíritu de organización de los Incas, la existencia de los *chasquis* o correos, encargados de llevar noticias de un extremo a otro del Imperio, toda esa máquina administrativa necesitó una escritura. Lógico, porque los catequistas que destruyeron hasta las inofensivas *antaras* y *tinyas*—flautas de carrizos y tamborcillos— porque habían servido para menesteres paganos, que se jactaban de haber hecho desaparecer centenares de *apachetas* y *conopas*, también destruyeron los archivos de quipus, del propio modo que los monjes del medioevo, para cantar a la Virgen, raspaban invalorable páginas de literatura latina y labraban esos discutidos palimpsestos. Analógico, en fin, porque la existencia de restos de escritura pétrea en Catamarca (Argentina)

y en el Norte; el que se haya perpetuado con innegable origen incaico el drama *Ollantay* en el Perú, y que Brasseur de Bourbourg pudiese reconstruir el *Popol Vuh* y el *Rabinal Achi*, al norte, entre los mayas, todo ello constituye un argumento decisivo para inducir, al menos, que no es natural ni humano que el Perú se constituyese en única excepción analfabeta, no obstante que su lengua y su organización había logrado un desarrollo mucho más avanzado que los países vecinos.

A falta de una escritura plenamente conocida—fracasó Patron en su teoría súmera—nos van a informar la tradición oral, la lingüística, el *folklore*.

EL INCA Y EL POBLADOR.

El *Runasimi* se extendió por todo el Imperio. Su dominio abarcó desde el Noroeste argentino y el Norte chileno, hasta el sur colombiano, incluyendo la actual Bolivia, el Ecuador y el Perú. Basta observar que hoy se habla en Quito un quechua semejante al cuzqueño, lo propio que en Tucumán. La unanimidad del quechua no fué sólo empresa de los conquistadores Incas. Se explica por acción anterior.

El examen del *cauqui*—escribe Riva Agüero—, dialecto que unos pocos indios hablan aún en las serranías de Yauyos (departamento de Lima), permite adivinar un *paleoquechua*, una perdida lengua común de la que el quechua y el aymará deben proceder.

Los dialectos se fundieron, pues, al empuje del idioma imperial. La implantación de los mitimaes no sólo fué tarea de opresión política, sino también—y muy señaladamente—modo de limar asperezas intelectuales. Una de las primeras víctimas de esta empresa fué el lenguaje regional. Se estableció la lengua nacional. Cuando en 1583 el Concilio de Lima trató de adoptar lenguas para predicar a los indígenas, señaló el quechua, el aymará, el guaraní, el araucano, es decir, los grandes grupos.

Así fué cómo el idioma sirvió a la empresa política y la literatura se desarrolló sometida a la voluntad imperial. La religión también vivió sumisa a esta voluntad omnipotente. Fué la *ancillae imperialis*.

El helenismo incaico se quintaesenció en el inca, y representaba el poder sobre la tierra. Era el inca quien debía presidir las fiestas religiosas y también civiles. Era él además el que regía la inspiración de los poetas oficiales y el que destruía o conservaba sus cantos. Su mano sagrada hundía el arado en la tierra ávida; casaba a los mancebos y levantaba el vaso rebosante de chicha, para embriagarse en las suntuosas festividades del *Capacj Raymi*, el *Huarachico*, el *Intip Raymi*, y la *Situa*. En tanto los *villacs* pronunciaban oraciones que la tradición ha recogido y que encierran admirablemente retazos del espíritu religioso de su época, a la vez que son preciados documentos de una literatura aun en tinieblas.

Pero la hegemonía incaica—tanto desde el punto de vista político como desde el literario—sufrió reveses. Los cronistas Cieza, Cobo, Sarmiento, Betanzos aluden a algunas rebeliones. Hubo cambio de dinastía después de Capac Yupanqui. Según la costumbre, referida por Cieza y Garcilaso, de cantar sólo a los grandes emperadores, es posible que se haya omitido el nombre de algunas Incas mediocres, como Amaru o Urco. Sangrientas insurrecciones de *chancas* conmovieron al país en tiempos de Yahuar; la sujeción de los *chimús* bajo Pachacutec; la de los discutidos y problemáticos *scyris* de Quito con Huayna y la guerra fratricida entre los hijos de éste, no son cuadros de paz sino de guerra.

Recojo estos datos, no por gusto de mezclar la historia externa a la literatura, sino porque ellos vienen a decir que hubo espíritu de rebelión, de indulgencia, de individualismo, en el Imperio, que se ha tenido generalmente por pacífico y chato. A terminar esta agi-

tación encaminó sus pasos el Monarca cuando organizó las enormes traslaciones de pueblos sometidos, trasplantados, a quienes se denominaba *mitimaes* y de cuya institución arranca la división social del Imperio entre *Llactarunas* o nativos, y *mitimaes* o trasplantados. Y como un golpe final estableció la unidad de idioma.

El primero de tales medios originó la tristeza indígena, el mal de ausencia, la nostalgia, sobrepuesta, según autorizadas opiniones, a la tradicional alegría dionisiaca de los primitivos peruanos. El segundo, la extensión del idioma quechua, dió vida a una literatura uniforme y, andando los siglos, a la sabrosa aparición del vocabulario peruano regional, plagado de quechuismos, tan pintorescos como el *calato* que no es el desnudo griego, sino el risible de un Sancho; la *tapia* y la *pilca*; la desolada *pampa* que los gauchos tienen por suya; el lloroso *yaraví*, la pulquérrima *llama*; el terco *cholo*; el *poncho* multicolor y la penetrante *quena*; la *ojota* en vez de sandalia; la calva y frígida *puna*, el *choclo*, el *guanaco*, la *papa*, las *cacharpas*, el *cacharpari*, el *camote*, la *cancha*, el toponímico *cocha* para los lagos; el inconfundible *cacique*, la *chirimoya* perfumada.....

(Concluirá.)

Adolphe de Falgairolle.

LA EVOLUCION LITERARIA DE FRANCIA EN 1930

París, Enero de 1931.

UNO de mis parientes cercano, ingeniero, que ha colaborado en las vastas empresas industriales de M. Loucheur, me repitió hace ya muchos años las palabras de este Ministro: «Suprimiremos la burguesía.» Basta mirar con ojos imparciales el conjunto de medidas económicas, fiscales y sociales que compusieron el programa de la política interna de Francia desde el armisticio para juzgar a M. Loucheur y a los otros ministros de después de la guerra no sólo en sus intenciones sino en sus propósitos. El impuesto sobre el capital rehusado a los socialistas, se ha realizado bajo la forma de la amputación de los dos tercios del valor nominal del franco. La obligación impuesta en Rusia a los burgueses de aceptar en sus departamentos a locatarios más pobres, se ha transformado en la prohibición de aumentar el precio de los alquileres en las casas de antes de la guerra, con más la tolerancia de todos los encarecimientos del precio de la vida, tales como el comunismo ruso ha florecido en Francia bajo la forma de una disminución del nivel de vida de los burgueses. Con procedimientos menos violentos, no irradiados del mismo núcleo de voluntad central como en Alemania,

se ha llevado la guerra contra la clase social del Tercer Estado. No quiero insinuar que nos encontremos en un período comparable al que precedió a 1789, en que los futuros organizadores de la Revolución buscaban la manera de disminuir, por el juego natural del Parlamento, los privilegios de la clase contra la cual iba a ser dirigida la Revolución. Pero aunque no sea más que en el arte, el ataque contra la burguesía es visible: de un lado se propone una industrialización de la inspiración y de la expresión artísticas que piensa en la satisfacción del pueblo y no en la de la *élite*; de otro, vemos un evangelio y obras únicamente reservados a una especie de aristocracia cerebral, pues es preciso tener ocios y cultura a la vez mundanos y sabios para llegar a la comprensión de las escuelas ultraístas. Sé que se ha conservado una concesión al concepto burgués de la existencia: el pequeño automóvil a bajo precio. Pero es una facilidad nueva de muerte violenta paradójicamente acordada a la gente burguesa. Posiblemente por el abuso del pequeño automóvil la burguesía precipitará la hora de su desaparición.

¿Qué representa esta burguesía? Antes de la guerra, en la era de lo estable y de lo lento, ella constituía la reserva en que los gobiernos advertidos bebían cuando lo necesitaban el diezmo de recursos presupuestarios excepcionales y, tradicionalmente, buenos servidores del Estado. Hoy la burguesía parece el freno que trata de manejar el pasajero de una máquina cuyo conductor no la desea detener, sin conocer, sin embargo, el fin hacia el cual está tan presuroso por llegar. No nos asombremos de que este freno sólido, de un acero que tiene mil años de prueba de robustez (hablo de la Francia cuya Monarquía fué la más brillante diadema de la señora burguesía), se caliente y con su humareda moleste a jóvenes escritores que se creen sinceramente los creadores de un mundo nacido ayer. Tratan de descubrir el horizonte ilimitado de un porvenir levantado

sobre el plan de sus ensueños arbitrarios; maldicen a los pobres burgueses que, tenazmente, se los interceptan.

Desde luego, Emmanuel Berl proclama la *Muerte de la moral burguesa* (N. R. F.). Este título podría ser una comprobación, lo que nos libraría del cuidado de discutir sus razones; pero se trata de una requisitoria, de una condenación todavía no ejecutada, en suma, de un proceso abierto más que de la redacción de un epitafio. Lo que M. Emmanuel Berl agrupa bajo este título son las piezas del legajo, en fe de las cuales concluye que es preciso matar el pensamiento burgués. En efecto, él no está difunto, aunque sí enfermo. M. Berl no se equivoca al sostener que la religión de lo inconsciente, el más mentiroso fetichismo de la postguerra, con su plutocracia de ídolos: neo cubismo, arte negro, superrealismo, montmartrismo, no es sino una pseudo-revuelta y el mejor medio de alentar a esta burguesía a la cual los novadores insultan, pero de la cual hacen el juego.

Este autor está cerca de querer darnos, después de tantos otros purismos, la revolución pura. Su ensayo termina con una defensa del materialismo, un elogio de lo actual en el sentido de lo que se opone a lo durable, lo que le parece ser una innovación total. Temo que no sea sino un conformismo al estado de cosas más próspero hoy día: a la forma de civilización que se impone, a este actualismo (aceptada mi terminología) que la civilización yanqui nos propone con la sonrisa de un pueblo que, durante este tiempo, pide al crédito su comodidad presente. Con buena voluntad, el autor, beneficiario él mismo de la serenidad y de la instrucción burguesas, denuncia las contradicciones de una burguesía que aplica principios desmentidos cotidianamen-

te. Durante la guerra, los combatientes se preguntaban: «¿Por qué nos batimos?» M. Berl cree que hoy el banquero «no sabe para qué trabaja»... Pasando a las ideas-soportes de la actividad burguesa: herencia en el dominio material y noción del gran hombre en lo moral, nuestro moralista objeta que la supresión de estas nociones no desalienta de ningún modo a los trabajadores: testigo Rusia. Queda por saber si los trabajadores rusos no están obligados por la fuerza y por la miseria a trabajar y si no asistimos simplemente no a la supresión del héroe (un santo o un hombre célebre) sino a su sustitución en una glorificación oficial por una celebridad de Estado, fruto de una mayoría cuantitativa y no de una designación cualitativa. El odio de M. Berl contra la cultura que, según él, constituiría la ambición del obrero, le hace avanzar que no se reconoce un buen mecánico sino cuando se muestra cultivado, o que es necesario que conozca las frases célebres de los grandes hombres. Pero si el autor quiere que el buen mecánico deba tener acceso a cierto rango de consideración social únicamente porque es buen mecánico, cesa de ser revolucionario y no se da cuenta de que pregona la vuelta reaccionaria del artesanado. Cuanto a tomar como criterio de la cultura el número de citas de frases históricas de que se es capaz, terminaremos por creer que el autor tiene de la cultura la idea que se hacen los nuevos ricos, para los cuales un hombre capaz de discutir a Pascal sería un ignorante si en cambio no pudiese ofrecer un ramillete de anécdotas. El odio del latín expresado en este libro, que sin cultura latina su autor no habría podido escribir, hace pensar sencillamente en esa pequeña saturnal de aristócratas que, descendidos de sus 50 H.P., gritan en el cabaret popular en el cual creen van a encanallarse: «¡Nosotros también somos pueblo!» Un escritor francés (italiano o español) que reniega del latín me hace pensar en ese noble español que renegaba de sus antepasados para afirmar su inde-

pendencia liberal. Ahora bien, yo he visto a este insensato aceptar por otra parte los más recientes e inexperimentados esnobismos. El mismo manumitido levantaba entre los oficiales de caballería extranjeros un monóculo del cual no tenía necesidad de ningún modo y abandonaba sus más queridas reuniones de café literario de vanguardia para no faltar a la recepción ministerial a la cual lo invitaba el país extranjero que creía, de buena fe, juzgar imparcialmente. M. Berl coloca el latín en la base de esta cultura general que hace esclavos a los jóvenes espíritus. No quiere latín, como el otro no quería aristocracia. Pero por el orgullo de autodidacto con que querría ver imbuídos a sus discípulos, pretende la creación de una autocracia que coloque a su héroe por encima de todas las clasificaciones. Evidentemente la burguesía no ha sido nunca favorable a ninguna valentía de pensamiento, ni sobre el terreno económico, ni sobre el artístico, ni sobre el político, etc... Pero M. Berl nos muestra igual odio contra las tradiciones revolucionarias y contra la alta burguesía republicana. Creo que esto significa que es preciso entender su panfleto como una declaración de guerra a todo lo que es cristalización y, tal vez, clasicismo.

Más notablemente antiburgués me parece el libro de M. Daniel Halévy: *El fin de los notables* (Grasset). El ataque se dibuja más contra la república burguesa que contra la burguesía en general. En algunas páginas terribles M. Daniel Halévy deja entender que el deseo de conquistar el poder fué la causa de que los republicanos de 1870 no aceptaran la lucha a muerte contra el enemigo. Lo que el autor llama el fin de los notables es la desaparición en el cuerpo de los gobernantes de los grandes burgueses, comprendidos allí los intelectuales. Este libro explica que los burgueses no comprendieron lo que se podía imponer a la nueva forma de gobierno democrático después de 1870 y que los intelectuales, Renan por ejemplo, se disgustaron del porvenir

espiritual de la República, en el cual no creían. Con malicia el autor opone al falso gran hombre político, pero cultivado, que era Thiers, los nuevos dictadorcitos, los oradores de barrio que luego,—según él—tomaron posesión de la República.

Otro panfleto, del cual había diferido con motivo dar cuenta: *Tournant dangereux* (Stock) del pintor Vlaminck. Nuestro tiempo tiene ya su clasicismo: he aquí que sus maestros publican sus memorias. Esto recuerda terriblemente al inventario y la llegada de un nuevo momento. Vlaminck, hijo de músicos, cuenta cómo llegó a la pintura. Por azar. En otros tiempos el memorialista pretendía la predestinación, la voluntad del destino: concepción monárquica de la vida extendida al dominio de la personalidad. Hoy día se aplica en todo la democratización y al no haber sido marcado por el destino para ser geólogo, aviador o barman célebre, se confiesa que se es hijo de sus obras. Cada época tiene su pequeño defecto. Un moderno, para alcanzar la nobleza de la democracia, como no se puede acercarse al Rey, se pone en paralelo con Mariana: se hacer pasar por fruto de una revuelta contra él mismo, el dios de una generación espontánea. El ataque de Vlaminck no deja de ser uno de los libros más sensacionales de la post-guerra. Ataca a todas las burguesías, entre ellas al ultraísmo, a esta seguridad de que se rodeó el cubismo triunfante, que se creía al abrigo a causa de sus conquistas. No sólo muestra Vlaminck que las mismas exageraciones de vulgaridad que, ayer, abrumaban a los pintores de la Escuela de Bellas Artes abrumaban ahora a los suprarrealistas, sino aún señala la afectación, la falta de naturalidad, la insinceridad de los que creen haber hecho una revolución contra lo tradicional. Yo también, creo, he sostenido esta misma idea, para que mis lectores entrevean a la vez su desarrollo bajo otra pluma del mismo acero, y mi aprobación.

Lo que Vlaminck ha hecho por la pintura, Emmanuel

Berl lo ha intentado para la literatura. El severo censor de la sociología burguesa prosigue en el terreno literario su obra de derribo. Como todos los jóvenes de mi generación, Berl ha exagerado el mantenimiento del concepto de inmortalidad en una sociedad que no piensa sino en viajar. Esta manera de sentir, que es una de las características de la época, nos une. Nos divide en cuanto se trata de reaccionar y de sacar conclusiones. Aquellos de entre nosotros—no me ruborizo por confesarme de los mismos—que han sido tocados por la fe, sienten ésta aún más fortificada por el hecho de la oposición entre el ideal de la inmortalidad y las denegaciones que le da cotidianamente la vida. Por lo demás, en el caso de M. Berl, es una confesión del deseo de creer en una forma menos reducida de la supervivencia del alma deplorar, como él lo hace, todo lo que esta inmortalidad lleva consigo de risible. Y evidentemente, la inmortalidad es bien risible si se pide a la literatura que la asegure. En este libro, *Mort de la pensée bourgeoise* (Grasset), lo que me parece ha preocupado al autor es sobre todo que la literatura actual sea inferior a su tarea en el sentido de que no dispone de medios de traducción directa de la vida corriente. Solamente sería preciso aceptar como adquirida la noción (de la cual dudo mucho, por mi parte) de que lo que sucede cada día, en nuestro tiempo, es completamente diferente de lo que ocurría antes de nosotros. Creo más bien que hay concordancia entre la apariencia de novedad de la vida moderna y la novedad de la técnica literaria contemporánea. La gran preocupación de los intelectuales—a saber, si una revolución sería oportuna—y las actitudes diferentes de los escritores frente a esta eventualidad, sugieren al autor discusiones en que me parece aporta una sinceridad indiscutible. Tendremos por lo demás ocasión de seguirlo porque anuncia otros tomos de esta obra sobre la burguesía.

Hay tal vez algo de verdadero en lo que los escritores reprochan a la burguesía, por ejemplo su pusilanimidad. Sin embargo, la burguesía no deja de gustar de lo que es pura imaginación, aun cuando aparezca en contradicción con ella misma: estable y temerosa de toda expatriación y al mismo tiempo admiradora incondicional de todo lo que pueda fabricar un héroe, la guerra, las exploraciones, las grandes pasiones y hasta cierto punto los grandes criminales, puesto que son los burgueses más burgueses los que han lanzado la moda de los cabarets clandestinos y de las visitas elegantes a los sitios infames. Sea como fuere, muchos periodistas o escritores salen, repitiendo—sin duda acicateados por el miedo de olvidarla—: ¡La aventura, la aventura!

Se supone que el público gustará de eso, porque devora súbitamente tales traducciones inglesas y americanas de novelas, a menudo de tercer orden, de las cuales se le quiere hacer creer que sus autores representan en sus países respectivos la vanguardia de una nueva expresión de arte.

A veces en estas novelas existe en efecto una aventura: pero en el sentido de enredo que linda con lo trivial. La anécdota trata de rescatarse allí por el decorado más o menos pintoresco. Como la plena naturaleza se ha convertido en extraña para grandes cantidades de nuestros contemporáneos que no bajan de sus seis cilindros, ya no es necesario «hacer el labrador»: basta con hacer el silvestre. Así se nos ha obligado a admitir muchos folletos extranjeros, presentados como novelas. Esta concepción errónea ha determinado una deformación del concepto de la aventura entre nuestros escritores. Muchos muy espirituales hacedores de comedias o de libros han tomado un pasaje a bordo de un transatlántico y vuelven de allí con un libro. Sin la creencia en la necesidad de la aventura, habrían vuelto a sus casas y habrían seguido encantándonos. A causa de la aventura,

han aventurado su burla, su espiritualidad «boulevardière», y nos presentan como Francis de Croisset, un poco perdido en la selva virgen, un libro falsamente llamado de viaje: *Hemos hecho un bello viaje* (Grasset). Un ensayo precedente del mismo autor nos permitía augurar algo mejor. ¡Que vuelva a sus amables héroes de comedia!

Las aventuras yanquis o canadienses que en nuestros días reemplazan, sin que se aventure decirlo, a las antiguas novelas de pieles rojas de la juventud de nuestros padres, han decidido a los autores a mirar de cerca a la naturaleza. Y esto nos vale una colección encantadora, un poco de lectura para pobladores de las cercanías de París convertidos seriamente en granjeros, pero, repito, encantadora, porque la historia humana se desprende allí de la visión directa de la campiña. La colección se llama *Los libros de la Naturaleza* (Stock). En nuestros espaldarazos de buenos y malos libros inscribamos estos buenos títulos: *Un paseador a pie* de Martignon. Después una obra de ciencia discreta y de poesía: *Porqué cantan los pájaros*, de J. Delamain. También: *La vida de los ríos*, de Louis Roule. En estos volúmenes la aventura no ha sido falsificada por el prurito de mostrarnos que el extrañamiento ha dejado al autor en posesión de todo su espíritu parisiense.

Pero lo más terrible es, a mi juicio, la desviación de la aventura (es decir, la hija de la inquietud del espíritu de descubrimiento, o la bastarda del amor al azar) hacia la sexualidad. ¿Por qué, para algunos escritores, los puertos se reducen a las casas de mal vivir? Sus marinos no son sino don Juanes de baja estofa. Sería agradable que la aventura no comenzara en el desembarco de los navegantes. Es preciso ver aquí en la novela el influjo de una pieza teatral: *Maya*, de la cual hace tiempo que nos hubiéramos libertado. Los testimonios escritos que nos han dejado los escritores de la Iglesia nos persuaden de que todo individuo moral

mente sólido puede arriesgarse a buscar en los sitios infames el remedio a los vicios, pero si los frecuentan habitualmente, aventuran también su yo intelectual, aun cuando esto no agrade a los escritores periodistas. Nos lamentamos de que cuentistas que habían comenzado bien, como Edouard Peisson, autor de un poético ensayo de novelita marítima: *Ballero Capitaine* (Les Portiques), verdadera novela de aventuras, se pliegue a complacencias como las que ha titulado *Hans el marino* (Grasset), una historia que no tiene nada de marino fuera del título y que, según la moda de las gentes de mundo, comienza inevitablemente en la cloaca del puerto. El estilo espeso conserva la nitidez de las órdenes de a bordo. Pero ¿por qué este esfuerzo para querer presentar finalmente (felices estaríamos si esta presentación se limitara al título), después de tratar una novela social, una novela de aventuras? Esto falsea el estilo del autor que sin esta preocupación sería mucho más liviano. Y tal vez haya falseado también su espíritu.

Si es aventura la que nos hace falta, es preferible encontrarla nuevamente a la vez en el viaje y en la imaginación, donde la ha buscado Paul Gsell. Supone que la ciencia ha hecho tales progresos que nuestro mundo llega a ponerse en comunicación con los otros astros. Televisión y otras facilidades debidas a la radio nos revelan a los que se quisiera amar, pero que están demasiado lejanos. Moralista, el novelista sobre todo ha querido transponer en otros mundos nuestros defectos y nuestros vicios y nos distrae en esta *T. S. H. con las estrellas* (Nouvelle Société d'Édition). La aventura entra, con Gsell, en la categoría de las invenciones imaginativas. Trata de exaltar las virtudes, ayer militares, hoy deportivas, del lector. Es preciso que la aventura sea masculina.

Hay todavía en Francia muchos creyentes. A veces se los encuentra donde uno menos podría esperarlo. En este tiempo de fiestas religiosas señalaré estas *Letanías de la Virgen* (Albert Messein) en las cuales Armand Godoy ha puesto una exaltación y una atención religiosas que han dirigido su musa, musical y baudelariana, hacia el desarrollo místico. Ha perseguido y obtenido la ingenuidad de los cánticos de los pequeños oratorios populares.

Loys Labeque, más exactamente, ha tendido al lamento en su recolección de poemas *Aux Chef des Chantres* (Ed. Saint Michel) y esta vuelta al populismo ingenuo es tan loable y tan interesante como el ensayo de renovación del realismo brutal a lo Zola.

MEMENTO.—En favor de la tradición literaria burguesa, Marcel Becthum le Ducq publica una *Defensa de la tragedia burguesa*, de la cual se desprende claramente que la superioridad de la técnica burguesa no es una palabra vana. Pequeño libro bien hecho.

M. Georges Ralli tomando un tema muy antiguo trata de describir el otro mundo en *El señor Anodino en el más allá* (Le Rouge et le Noir). Yo tal vez sea completamente insensible a las seducciones literarias de M. Ralli, mas la verdad es que no he conocido la sensación de haber alcanzado el más allá.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

José Serrano.

LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA ⁽¹⁾

EL período que se inicia junto con Watt y la utilización del vapor como fuerza motriz es llamado de la Revolución Industrial. Nuestra generación presencia hoy únicamente la primera parte de ese proceso revolucionario, y es de asombrarse cómo durante una etapa tan preliminar y relativamente tan corta se hayan sucedido cambios tan trascendentales y complejos.

Si se examina la vida ordinaria de un individuo que existió durante las guerras napoleónicas, hace solamente poco más de cien años atrás, y se la compara con la vida de nuestro hombre común, las diferencias serán tan evidentes como radicales. Si llevamos esa comparación a cada detalle de los diarios menesteres, actividades, lecturas, relaciones sociales, etc., de ambos, la diferencia continuará siempre marcando la misma proporción. Esto en cuanto al individuo. Si de la vida privada de estos dos comunes mortales nos trasladamos a la vida pública de sus respectivas colectividades el experimento se complica, se hace vago, confuso y contradictorio. La proporción no se mantiene y sufre profundas alteraciones en cada uno de los aspectos que se han tomado comparativamente. No hay equivalencia alguna entre la uniformidad con que el individuo ha progresado en cada una de las fases de sus asuntos personales y como ha progresado el Estado, la nación, de ese individuo, en las múltiples funciones que le son propias.

Es fácil citar ejemplos de lo ocurrido. La institución de la familia en cuanto a institución privada es hoy bien diversa de

(1) El año pasado, *Atenea* abrió una encuesta sobre la Independencia Económica de la América Española. Este trabajo, de un chileno residente en los Estados Unidos, es una contestación a esa encuesta.

lo que fué hace cien años. Si observamos el ambiente de un hogar moderno, las relaciones de los cónyuges, el sistema educativo de sus hijos, y hacemos una comparación con un hogar de los tiempos coloniales, veremos el progreso inmenso que va de una época a otra. Puede discutirse si esta evolución constituye verdaderamente un progreso; lo que no puede discutirse es el cambio, los kilómetros que van de un cuadro a otro. Sin embargo, si examinamos los códigos que rigen la constitución de la familia en todos los países civilizados (a excepción de Suecia y Noruega) y bajo todos los sistemas jurídicos, veremos que ellos son sustancialmente los mismos que hace un siglo atrás. Allí están las disposiciones sobre tutela de los hijos, sobre adulterio, sobre sociedad conyugal, cuando no sobre indisolubilidad del vínculo matrimonial. La organización social no se ha armonizado con el progreso de sus componentes. Los resultados de esta situación, independientemente del criterio con que se miren, acusan una contradicción. Y toda contradicción entre el individuo y la sociedad crea un problema.

El interesante tema que constituye la encuesta de ATENEA proporciona un ejemplo característico de esta disparidad evolutiva entre las actividades de orden privado y las actividades de orden social. Así vemos cómo las empresas particulares, las asociaciones comerciales, el industrial moderno se han visto obligados a modificar su técnica de acuerdo con los fenómenos económicos creados por la revolución industrial. Sin embargo, el Estado, la administración pública no ha respondido al desafío de estas nuevas condiciones y sus transformaciones han sido mucho más lentas y menos eficientes. Es un hecho que las naciones más adelantadas están empeñadas en armonizar sus funciones con el nuevo planteo de estos problemas. ¿Qué se está haciendo y que se puede hacer en este sentido en la América Española?

* * *

Es esa la construcción que le doy a la encuesta de ATENEA. Otra construcción no parece lógica. No cabe hoy día hacerse la pregunta en el sentido literal de si una nación, un conglomerado de naciones o un continente entero, disfruta de una absoluta independencia económica. La posibilidad de llegar a esa independencia existía en el pasado, pero las mismas condiciones de la referida revolución industrial, que en parte son conocidas de todos, han hecho que aquella idea sea completamente impracticable, aparte de perjudicial.

Si se examinan datos estadísticos de diversos países se puede observar que ninguno de ellos, por causas diferentes, puede prescindir de sus vecinos, ni en su desarrollo comercial ni en el más elemental mantenimiento de su estructura económica. El caso de Inglaterra ha llegado a ser clásico. Según sus datos oficiales correspondientes a 1929, el país produce todavía un pequeño exceso de carbón, pero ya su producción de hierro ha sido superada por el consumo interno. Por otro lado está Inglaterra absolutamente obligada a importar y a depender de los Dominios y en gran parte de países extranjeros, en cuanto a algodón, lana, cueros, caucho, petróleo, y todavía más principalmente en cuanto a cereales y carnes, aparte de otra larga lista de materias primas y de productos de primera necesidad. El caso de los Estados Unidos, aunque menos elocuente, es igualmente sugestivo. Muchas gentes, en el hábito de oír una misma inexactitud, han dado en proclamar la «independencia económica» de ese país. Sin embargo, las estadísticas oficiales del Departamento de Comercio agrupan entre las materias primas de que el país depende *totalmente* del extranjero, las siguientes: Quinina, Sisal, Alcanfor natural, Seda, Potasa, Caucho, Nitrato de sodio, Laca, Níquel, Cáñamo, Platino, Manila, Lino, Antimonio mineral, etc. Algunos de estos ítems, tal vez por no estar dentro de las necesidades del hombre de la calle, aparecerán un tanto faltos de verdadera importancia, pero en la realidad cada una de estas materias para un país tan industrializado resultan de primera necesidad; la falta de cualquiera de ellas produciría en diversas industrias un verdadero trastorno que afectaría inmediatamente la misma balanza económica del país. Pero no es solamente por estas causas que los Estados Unidos están completamente vinculados a otras naciones, sino, y mucho más todavía, por la necesidad de venderle a esas mismas naciones el exceso de sus productos manufacturados. La pérdida de cualquiera de sus mercados extranjeros sería para este país de gravísimos resultados y produciría una crisis quién sabe si de peores consecuencias que la que le ocurriría con la carencia de las materias primas ya mencionadas.

La interdependencia de las Repúblicas de la América Española, entre sí y respecto del resto del mundo, es tan absoluta como la de las grandes potencias. Aparte de la necesidad de productos manufacturados y materias primas, está todo el Continente obligado a depender del capital extranjero en el desarrollo de sus industrias, de su agricultura y en la construcción de obras públicas y vías de comunicación.

En cuanto a Europa, basta solamente mencionar que en

artículos alimenticios todos los países son dependientes unos de otros y de ultramar, a excepción de Hungría, Rumania y Bulgaria, que producen en sí lo suficiente para el consumo de sus poblaciones.

El error de la llamada «independencia económica» de un país o de un grupo de naciones ha producido una serie de catástrofes que han afectado a nuestro mundo en la forma más torpe y lastimosa. El Tratado de Versailles, obra de los políticos más «distinguidos» de su época y fraguado en la Conferencia más internacional que hasta ese entonces se había reunido, fué víctima de ese mismo espejismo y se dictó sobre esa misma falsa base. Los vencedores de la gran guerra pensaron que Alemania podía ser borrada del mapa en cuanto a gran potencia y que los Aliados no necesitaban tanto de ella como de cada uno de los países del globo. Las cláusulas más importantes de aquel tratado de paz fueron de carácter económico y estaban dirigidas a producir la ruina del comercio y de las industrias alemanas. Los estadistas no vieron más allá de sus narices ni fueron capaces de un estudio racional del desbarajuste que sus odios y sus patriotismos le creaban a la Europa y al mundo. Poco a poco, a lo largo de once años, han ido deshaciendo en convenios y tratados subsecuentes los errores de la Conferencia de Versailles. Es de notar que en 1920 un distinguido economista inglés, Maynard Keynes, en su obra *The Economic Consequences of the Peace*, de la cual existe una traducción castellana, apuntaba el error en numerosos de sus aspectos. Es así como por sobre todas las dificultades de carácter político y de índole completamente artificial, en Abril de 1926 los fabricantes de acero de Alemania, Francia, Bélgica y Luxemburgo creaban una asociación comercial repartiéndose por un sistema de cuotas la distribución de sus mercados. Algún tiempo después se firmaba otro convenio de la misma índole entre los productores de potasa de los mismos países, siendo curioso observar que el propio Fisco francés es propietario de una larga proporción de las acciones francesas de estos intereses.

El caso de Alemania tiene su equivalente en el que hasta nuestros días se está produciendo con Rusia. Los gobiernos aliados, y principalmente el gobierno de los Estados Unidos, pensaron que podrían sostener un «boycott» en contra del sistema bolchevique y del pueblo que creía en ese sistema. Inglaterra, Francia y últimamente Italia han ido volviendo sobre sus pasos y mantienen relaciones diplomáticas y comerciales con el mismo país en que subvencionaron hace 9 años expediciones militares de invasión. Estados Unidos no ha reconocido

al gobierno ruso y esta situación le está produciendo día a día una serie de dificultades económicas.

* * *

Juzgando estas condiciones bajo un simple sentido común darían ellas base para una apreciación optimista. Las naciones necesitan todas unas de otras, la interdependencia económica internacional debería dar margen a las mismas relaciones amistosas que en los negocios privados crean circunstancias parecidas. Sin embargo la realidad de las cosas se ha apartado del camino señalado por el sentido común.

Los hombres de estado no han diferido del criterio que fué característico del jefe de tribu, del reyezuelo asiático, del senador romano, del caballero feudal y del príncipe de los tiempos de Machiavello. No ha habido en nuestros estadistas y en los jefes de las empresas industriales modernas un rasgo que acusara una visión más amplia, más racional y al mismo tiempo más humanitaria que la de sus antecesores en la dirección de los asuntos mundiales. La política del «Imperialismo» y los resultados de esa política son conocidos por el estudiante primario de Ciencias Sociales. Por otro lado la Historia, escrita sea como fuere, no puede disimular los rasgos verdaderos de hechos tan elocuentes. La actuación de las grandes potencias en China, en India, en el Congo, Egipto, Turquía, Indochina, en una palabra, en todo el continente asiático y africano, y la serie de guerras, y ruinas producidas por esta política son el telón de fondo de su misma definición.

El imperialismo es una depravación de la vida nacional impuesta por la presencia de acentuados intereses adquisitivos que tienden a la absorción cuantitativa y a la dominación por la fuerza, los cuales sobreviven en una nación como manifestaciones de lo que en siglos pretéritos fuera instinto animal de lucha por la existencia (1).

La historia de los efectos de la política imperialista en América presenta muchas similitudes con lo ocurrido en otros continentes, pero sería una generalización infundada y peligrosa reunir tales procesos en un solo conjunto. Aún más, la historia de cada uno de los países latinos de América es diferente y la influencia del imperialismo extranjero se ha hecho sentir por caminos distintos y con alcances desiguales. El estudiante de la historia de estos países tiene un vasto campo donde satis-

(1) J. A. Hobson, *Imperialism*, 1905.

facier sus propósitos y no está dentro de los alcances ni pretensiones de estas líneas proporcionarle una fuente más de información. Entre esas páginas encontrará, quien las estudie, los episodios más vergonzosos, las ambiciones más crudas, todo esto mezclado con generales, poetas, marinería de desembarco, petróleo y bananas.

Pero una interpretación económica del desarrollo de estos acontecimientos, aunque menos pintoresca, es igualmente educativa. Habría en esa interpretación dos puntos, entre otros, que llamarían especialmente la atención.

Uno de estos puntos sería el hecho de que con la excepción de México ningún país sudamericano tiene una legislación que regule el otorgamiento de «concesiones» a compañías nacionales o extranjeras. Esta clase de contratos se han celebrado hasta hoy sin limitaciones legales previas, estipulándose sus términos según las circunstancias de cada caso particular. De ahí que estos convenios se hayan celebrado en Sud-América en la forma más variada y muchas veces, triste es confesarlo, en la forma menos equitativa. No es así extraño que personas imparciales y de espíritu científico como el profesor R. L. Buell, de la Universidad de Harvard, se lamente en uno de sus últimos libros de cómo en Sud América el capital extranjero ha obtenido concesiones «por medio del soborno y mientras amigos del Gobierno respectivo recibían señalados favores» (1).

Otro punto que llamaría la atención en aquel estudio económico sería el consorcio entre el Gobierno de algunas grandes potencias y las poderosas compañías y entidades comerciales del país respectivo. En relaciones internacionales este consorcio ha sido siempre funesto. Casos de influencia ejercida por intereses particulares, en algunas ocasiones pertenecientes a un reducido grupo de capitalistas, sobre la política exterior de grandes países, se pueden encontrar en cada uno de sus detalles hasta en las colecciones de periódicos de veinte años a esta parte. Son casos del dominio público. Con todo el mal olor que despiden, no demuestran en total los inconvenientes del sistema. Es tan indeseable la intervención de intereses comerciales en las esferas del Gobierno como lo es la intervención de motivos políticos en transacciones netamente mercantiles. De este último aspecto del consorcio los ejemplos no llegan a los periódicos y a pesar de ser tan detestables como los primeros no han sido objeto de mayor preocupación para la opinión pública. Sin embargo, el mercado de empréstitos internacionales ha sido

(1) Buell, *International Relations*, 1929.

controlado por motivos más o menos políticos, por medios legales y por medios extralegales. La primera forma la autorizan las leyes de Francia, Bélgica e Italia, y la segunda forma es usada en Inglaterra y Estados Unidos.

En Francia el Ministro de Finanzas debe autorizar un permiso antes de que un empréstito extranjero sea admitido en las listas de la Bolsa de París. Ese Ministerio consulta para este objeto al de Relaciones Exteriores dándole así al Gobierno la oportunidad de inyectar en el asunto consideraciones que pueden estar enteramente divorciadas del aspecto económico de la negociación. Antes de la guerra mundial, cuando gran parte de las economías del pueblo francés estaban colocadas en bonos de la deuda pública de países extranjeros, la acción del Gobierno francés se hizo sentir frecuentemente en el mercado con el fin de obtener privilegios o ventajas de orden político. Una amenaza de retiro de sus bonos de la lista de cotización fué formulada al Gobierno danés cuando éste, en 1909, consultaba el alza de sus impuestos sobre los vinos franceses. El otorgamiento de un contrato por el Gobierno argentino a la firma Krupp hizo que el Gobierno francés prohibiera la cotización de los bonos del empréstito interno correspondiente a 1895. En 1909 y 1914 Bulgaria y Turquía sufrieron la misma prohibición con el fundamento de que los fondos solicitados no iban a ser invertidos en proporción alguna en productos franceses.

Las disposiciones legales de Inglaterra impiden a su Gobierno obrar por los medios administrativos que caracterizan el caso de Francia, pero esas disposiciones no han impedido un control extraoficial de la Bolsa de Londres. Este control se ha hecho sentir en varias ocasiones, sobre todo en empréstitos solicitados por diversas facciones de la República China.

El caso de los Estados Unidos sigue las líneas de Inglaterra, con la excepción de que la intervención del Departamento de Estado consta en notas, memorándums y declaraciones oficiales. Cuando la guerra mundial estalló, Mr. Bryan, jefe del Gabinete, se pronunció en un telegrama a la firma J. P. Morgan en el sentido de que «a juicio de este Gobierno todo préstamo a las naciones beligerantes sería estimado como incompatible con un verdadero espíritu de neutralidad». Sin embargo, más tarde esa declaración no fué mantenida y la situación creada fué, como es sabido, una de las causas de que Estados Unidos entrara más tarde a la guerra. En 1917 Ecuador se vió envuelto en una controversia con la Compañía de Ferrocarriles de Quito y Guayaquil, controlada por intereses norteamericanos. En las instrucciones del Departamento de Estado, que se hizo

parte en el asunto, el gobierno decía a su Ministro en Quito:

Ud. puede declarar oralmente al Ministro de Relaciones Exteriores que en ningún caso dará este Departamento su aprobación a cualquier empréstito que Ecuador quiera flotar por intermedio de banqueros norteamericanos.

Esta misma presión se ha hecho sentir en repetidas ocasiones en contra de empréstitos franceses, holandeses, chinos, mexicanos y brasileros. Los peligros de una intervención política de esta especie no resisten el más ligero análisis. Y esta intervención no puede tener otro carácter ya que en materia de acciones o bonos de instituciones nacionales privadas, tanto Francia como Inglaterra y los Estados Unidos dejan el control de sus respectivos mercados de valores a cargo de los organismos internos de las Bolsas respectivas. Los «embargos de capital» que hemos citado han sido objeto de la animosidad internacional que toda medida de retorsión produce. El Profesor Williams (1), de quien hemos tomado varios datos, se refiere a los inconvenientes del sistema, diciendo:

Toda nación se resiente de medidas coercitivas que tiendan a modificar su política económica en contra de su propio juicio. Una gran parte de la crítica del mundo en contra del sedicente imperialismo de los Estados Unidos ha sido causada por esta política de embargos, y es muy probable que el daño producido al prestigio norteamericano haya excedido cualquier resultado que con ella se haya obtenido.

Ante el peligro de la penetración económica y ante los abusos del imperialismo, una «panacea» se ofrece hoy a las masas, se proclama en los parlamentos y se usa como excelente materia inflamable por el escribidor de editoriales. Es curioso. La panacea tiene relación consanguínea con el preciso vicio que se trata de combatir; hasta en cierto modo es un efecto del mismo. «Nacionalismo» es su nombre específico.

Una copiosa literatura se ha escrito sobre esta doctrina, y panfletos de todos los colores llenan grandes compartimentos de las bibliotecas públicas de todos los países civilizados. Los panegiristas de ella han rastreado sus orígenes en las más diversas fuentes. Unos le atribuyen un carácter etnológico. La hacen derivar del espíritu de tribu de las razas primitivas, olvidando que el botín de las guerras de todas las tribus no fué otro que las mujeres del vencido. Otros le asimilan un carácter religioso y citan al pueblo de Atenas en que el juramento en

(1) Benjamín H. Williams, *Economic Foreign Policy of the United States*. 1928.

el Acrópolis era la prueba de la ciudadanía. El pueblo judío, por su parte, le da al nacionalismo un origen divino. Una tercera corriente le atribuye un funcionamiento filológico, sin mencionar que en Suiza se hablan tres lenguas, que en los Estados Unidos se habla el mismo idioma que en Inglaterra, y que otro tanto ocurre con España y la América Latina y con Portugal y Brasil. Un cuarto grupo remonta el principio a una literatura común, lo que debe parecer bien extraño al lector de *Gil Blas de Santillana*.

H. G. Wells se expresa sobre esta doctrina en la forma siguiente en su *Esquema de la Historia*:

Europa era un sistema de máquinas gobernantes pésimamente montadas. Y de las dificultades producida por esta falta de ajuste puede decirse que sacaron su fuerza motriz los diversos movimientos «nacionalistas» que tan importante papel desempeñaron en la historia del siglo XIX. ¿Qué es una nación? ¿Qué es la nacionalidad? Si nuestra historia del mundo ha demostrado algo, ha sido, sin duda, la mezcla de razas y pueblos, la inestabilidad de las divisiones humanas, la variedad giratoria de los agrupamientos humanos y de las humanas ideas de asociación... Durante todo el siglo XIX, y particularmente en su segunda mitad, había habido una gran actividad de este nacionalismo en el mundo. Era enseñado en las escuelas, exaltado por los periódicos, predicado y remedado y cantado en todo momento. A tal punto, que acabó por convertirse en un fanatismo monstruoso, que vino a acabar de obscurecer la vida humana. Acostumbróse a los hombres a sentir que era tan indecente andar por el mundo sin un nacionalismo como sin un vestido. Los pueblos orientales, que nunca hasta entonces oyeron hablar de nacionalismo, se aficionaron a él como se aficionaron a los pitillos y a los sombreros de Occidente.

Y José Ortega y Gasset, en su obra *La Rebelión de las masas*:

Todo el mundo percibe la urgencia de un nuevo principio de vida. Mas—como siempre acontece en crisis parejas—algunos ensayan salvar el momento por una intensificación extrema y artificial, precisamente del principio caduco. Este es el sentido de la erupción «nacionalista» en los años que corren. Y siempre—repito—ha pasado así. La última llama, la más larga. El postrer suspiro, el más profundo. La víspera de desaparecer, las fronteras se hiperestesian—las fronteras militares y económicas.

Pero en ninguna parte se ha explotado más el principio «nacionalista» que en los países balcánicos. Y este mismo principio ha sido base de persecuciones, atrocidades, devastaciones, y el origen de las guerras más crueles y más salvajes, las que han llevado a esos pueblos, en tantas ocasiones, al borde del caos más completo. Por otra parte la misma doctrina, que se supone también basada en la libre determinación de los pueblos, ha sido un elemento utilísimo en el encubrimiento de despotismos y tiranías, las que no han estimado incongruente con aquella

idea de la libre determinación amordazar la prensa, desarticular la opinión pública y privar a esos mismos pueblos de sus derechos más elementales.

No está allí el remedio. Y tampoco lo está en las ramificaciones de esa misma falsa panacea, las que se han dado en llamar paneslavismo, panamericanismo, pangermanismo, etc., etc. El remedio, principalmente en el caso de las Repúblicas de la América Española, tiene a la vez un aspecto interno y otro internacional. El futuro entero del continente en que vivimos es un problema que tiene como base el desarrollo de nuestra instrucción, de nuestra educación pública. Alguien ha dicho que nosotros «tenemos civilización sin cultura», y esa es una amarga verdad de la cual cada hombre de estado, cada trabajador social, no puede ni por un momento desentenderse. La estadística es elocuente a este respecto. El número de automóviles de pasajeros, descartando camiones y autobuses, en Chile sube de 30,000, en Dinamarca llega a 70,000, lo que tomando la población de ambos países, significa una proporción de 2 a 1 en favor de Dinamarca. En cuanto al número de escuelas primarias la proporción favorece a Dinamarca con 4 a 1, y, por último, aquel mismo país ha recibido en 9 ocasiones alguno de los premios Nobel, y nosotros, Chile, no los hemos recibido jamás.

Allí está nuestro problema. La proporción de analfabetos en cada país de la América Española guardará una equivalencia directa con la desmembración de esos mismos países, con los términos de aquellas «concesiones» al capital extranjero, con el mismo soborno a que se refería el señor Buell. Si se iniciara un «Plan de cinco años» en que lo más rico de nuestras energías se dedicara a tareas educativas, en que se hiciera uso de cada uno de nuestros recursos, en que nuestras mismas fuerzas armadas desarrollaran esta campaña por cada villorrio y cada aldea, nuestro porvenir sería menos incierto y más viril.

Esto en cuanto a medidas internas. Pero no estamos solos. Cada país del mundo, débil o poderoso, tiene su mejor aliado en la opinión pública internacional. Es un espíritu liberal, amplio, científico, racional, el que se va abriendo camino poco a poco y que parece anunciar un mundo más feliz y más ordenado. En Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos, existe hoy una masa creciente de individuos que se oponen tenazmente a toda política de fuerza, de abuso, de dominación física o económica. Y esas gentes, esos profesores universitarios, esos investigadores científicos, esos editores, esos trabajadores sociales, esos economistas, tienen sus periódicos, sus centros

culturales, sus centros de instrucción (1). No representan estos hombres y mujeres un partido político organizado; todavía los «partidos» en nuestra civilización necesitan de «una maquinaria» y el hombre de laboratorio o de trabajo creativo no es el más apto para montar esta clase de organismos, pero el conjunto representa una fuerza efectiva y eficaz. Es sugestivo observar, apreciando el aspecto internacional de nuestro problema, cómo una gran proporción de los libros más ecuanimes y científicos sobre «Sud-América, su pasado y su futuro», ha sido escritos en otros idiomas que el nuestro.

Por otra parte, en Ginebra también se está formando un núcleo que representa genuinamente este espíritu de cooperación internacional. La Liga de las Naciones y sus organismos colaterales, donde México, Argentina y Brasil, desgraciada e imperdonablemente, no están hoy representados, va creciendo y perfeccionándose día a día. Está en su primera etapa. Pero ya nuestros contemporáneos van poco a poco realizando aquello que escribía Voltaire:

Las naciones no deben siempre estar pensando en los pequeños asuntos que las dividen, pero sí en las grandes cualidades que las unen.

(1) La Universidad de Chicago, en 1927, época en que los intereses petroleros mantenían una aguda crisis entre México y los Estados Unidos, convidó a José Vasconcelos a «exponer sin limitaciones sus puntos de vista sobre las relaciones de ambos países». La conferencia del estadista mexicano, modelo de serenidad y de elocuencia, fué algunos meses después impresa en forma de libro por la misma Universidad.

Cambridge, Mass.

Paul Schostakowsky.

EUROPA Y RUSIA

EL «OCCIDENTALISMO» Y EL «RUSISMO», LAS DOS CORRIENTES DE LA CULTURA RUSA

Pedro el Grande fué un verdadero coloso, física y mentalmente: medía casi dos metros, y en su cerebro genial tenían cabida, a pesar de la variedad complicadísima que presentaban, todos los problemas de su estado a la vez. Un historiógrafo ha dicho con razón que durante la primera mitad de su largo reinado de treinta y seis años (1) el aparato gubernativo se concentraba todo entero en su pluma, cuya prodigalidad fué fantástica. No es posible siquiera enumerar los problemas que le ocupaban simultáneamente y que no eran ni sueños ni pensamientos abstractos, ya que su cerebro trabajaba únicamente en el dominio de lo concreto. Sea cual fuese el problema que se presentaba a su mente—o visión, ejemplo, noticia, que llegaban a sus ojos u oídos—en seguida su pluma empezaba a trazar órdenes imperativas para que se averiguara o creara o desarrollara tal o cual cosa en la industria, agricultura,

(1) Pedro el Grande nació en 1672 y a los diez años de edad fué proclamado zar de todas las Rusias, conjuntamente con su hermano Iván, pero su reinado efectivo empezó solamente en 1689, cuando Pedro tenía ya diez y siete años.

comercio, ejército, marina, hacienda, en todos los ramos de la vida estadista y económica de su pueblo, sin excepción alguna. En plena guerra del Norte, mientras sus jóvenes tropas aprendían, en medio de batallas y derrotas sangrientas, el difícilísimo arte de vencer a los suecos, que a la sazón eran la más fuerte potencia militar de Europa, Pedro pensaba en la cría de vacas en Kolmogor, en la de caballos en Viatka, en la de carneros en el sur; pensaba en la industria lanera, en la organización de telares; en la anchura que debe tener el paño; en la api y horticultura, a las cuales debían consagrar sus socios los clérigos rusos, al igual de un sacerdote francés, que Pedro vió trabajar en su jardín mientras viajaba por Francia; en la mejoría de las legumbres, en la conservación de los bosques, en las dimensiones de los robles que había que cortar para los fustes de cañón; en una palabra, si yo hubiera querido consagrar este artículo a la sencilla enumeración de los problemas que le preocupaban, el espacio me hubiera faltado. Y lo más estupendo, lo más milagroso es que en aquella actividad febril no se trataba, repito, ni de los sueños de un soñador ni de las experiencias de un diletante; sea cual fuese el ramo de la vida económica, política, militar o social de la Rusia zarista, en su base se halla siempre un úkase de Pedro el Grande y aun hoy día, a pesar de que la revolución ha derrumbado el antiguo edificio social ruso y ha cambiado la faz del estado y los modales de la vida, los bolcheviques continúan viviendo sobre el patrimonio dejado por Pedro el Grande. La raza de caballos de Viatka existe todavía, y las vacas de Kolmogor se consideran como la mejor raza lechera de Rusia. En una palabra, no hay escrito de Pedro que no haya sido transformado en algo concreto y duradero.

Su actividad parecía caótica y desordenada no sólo a algunos de sus contemporáneos, sino también a ciertos críticos de las generaciones posteriores, a todos los

que le juzgaban por la cantidad tremenda de úkases y cartas escritas de su puño y letra; en cambio los que averiguan los hechos, lo alcanzado, lo que queda aún ahora, dos siglos después de su muerte, no pueden hacer menos que admirarlo.

Después de lo expuesto no hay para qué extrañarse de que la sabia naturaleza lo creara gigante y lo dotara de una fuerza física tremenda, como si una inteligencia tan vasta, una energía tan feroz e indomable, una capacidad de trabajo sobrehumana y una abnegación absoluta—que le hacía sacrificarse entera, indivisiblemente, al bien de su patria—, como si estas calidades que por la intensidad, violencia, atrevimiento, cálculo y previsión con que se manifestaban, parecían sobrenaturales, no hubieran podido caber en un cuerpo de proporciones comunes.

Los extranjeros le conocen poco y no le entienden, porque Pedro no era un zar ni un hombre. Pedro era un milagro, un fenómeno incomprensible, inexplicable. Muchos de sus enemigos—la mitad de Rusia, todo el campo conservador y, aunque esto puede parecer absurdo, una buena parte del campo liberal y avanzado—lo son por razones políticas. Hasta hoy día los historiógrafos no se sienten capaces de contemplar serenamente su obra, sin tomar partido en pro ni en contra. La parcialidad en la apreciación de los méritos de Pedro proviene de que éste fué una expresión visible, material, del genio del pueblo ruso con todos sus defectos y calidades. Para entender a Pedro hay que entender a Rusia, su alma, los movimientos de su espíritu, impetuoso como los elementos. Pedro el Grande no puede ser comprendido separadamente del pueblo ruso, y en esto reside toda la dificultad. Quien entiende a Rusia y a los rusos, entiende a Pedro el Grande. Desde luego con las dificultades que presenta aquella comprensión tropiezan no sólo los extranjeros, sino también muchos rusos, sentenciosos y razonadores, como el sa-

bio historiógrafo Miliukov, por ejemplo. La razón de esta paradoja la explicó un poeta ruso diciendo:

No se puede abrazar a Rusia con la mente; se puede sólo tener fe en ella.

Esta condición fundamental: la necesidad de tener fe, cosa tan independiente de la pura razón, es lo que desvía y debilita el juicio de los enemigos de Pedro el Grande.

La dificultad de la apreciación y de la comprensión «razonada» de Pedro consiste además en la ausencia de cualquier precedente en la historia universal para el fenómeno que él presentaba. Pedro el Grande, sirviéndose de un material medio amorfo, medio rebelde, como eran los moscovitas de entonces, hizo de un oscuro reino oriental un poderoso imperio, el cual—un pie en Europa y otro en Asia—se impuso al mundo entero, y se impone aún ahora, hambriento, arruinado por la experiencia bolchevista. Y lo más estupendo es que aquel milagro ha sido realizado por la sola voluntad y cerebro de Pedro, sin ayuda ajena alguna.

Efectivamente, Pedro el Grande no encontró ni un aparato militar listo, como lo encontró Napoleón, ni un solo general ruso, que hubiera conocido la ciencia de la guerra, ni un solo elemento de administración u organización estadista, que hubiera podido ser conservado. La historia no nos enseña un solo nombre simpático, talentoso, entre todos sus colaboradores; nosotros los conocemos sólo por sus defectos y crímenes, por los castigos que les infligía Pedro, por la deshonorosa conducta que adoptaron, apenas enterrado su maestro...

Ya bajo los primeros Romanov, Miguel y Alejo, la influencia «occidentalista» no sólo se hacía sentir en Rusia, sino que provocó la escisión del pueblo en dos campos: «rusista» y «occidentalista», escisión abierta

y que partía la nación rusa en el sentido vertical, es decir, desde la propia familia del zar hasta las clases más bajas. Sin embargo, la preparación de la reforma, realizada por los predecesores de Pedro el Grande, se limitaba a tentativas tímidas por introducir ciertas artes y ciencias y sobre todo crear un ejército regular, que fuera un término medio entre la milicia moscovita de antaño y un ejército europeo; era, para decir así, la primera presentación de los medios y modales europeos, muestras de sistemas que había que aceptar o rechazar. Ciertamente ya era mucho para un pueblo bárbaro, pero es fácil imaginar la distancia que tenía que recorrer un hombre, aun siendo diez veces zar, para aceptar aquellas novedades personalmente y luego hacerlas digerir por todo un pueblo, que acogía con el grito «¡a muerte!» cualquier soplo que le llegaba del Occidente.

En fin, para completar este rápido esbozo de la figura titánica del reformador de Rusia, es ciertamente útil precisar que Pedro el Grande no ha dejado al fisco ruso ni un kopek de deuda de estado. Sus guerras, sus reformas, toda su actividad bulliciosa y sobrehumana ha sido pagada por la sangre y el oro de las dos generaciones que fueron contemporáneas y colaboradoras suyas. En cuanto a las generaciones posteriores, ni un solo rublo ni una sola hora de su trabajo han sido comprometidos para pagar los gastos de la formidable tarea de la primera instalación de industrias y de las costumbres de la cultura material «occidentalista».

Pedro el Grande conocía a fondo catorce oficios, y los conocía como quien puede enseñarlos: pero el oficio que le gustaba más, en que fué el primer maestro ruso, fué el de constructor de navíos y de carpintero. De aquí la metáfora del poeta Puchkin, otro genio ruso, que pretendía que Pedro abrió una ventana en la pared divisoria que separaba a Rusia de sus vecinos occidentales. La idea de un carpintero que con una hacha en

las manos nos corta una abertura en una pared de madera, transmite perfectamente el aspecto violento, indomable de su reforma. Para abrir una ventana en una pared de madera hay que cortar troncos enteros que la componen, y una vez cortados éstos, no hay posibilidad alguna de hacer desaparecer o ocultar la abertura.

¿Cómo sucedió aquel milagro de la adopción de la cultura europea por Pedro el Grande y la imposición de ésta a sus súbditos moscovitas? Es muy difícil contestarlo. En el ambiente en que Pedro creció hasta la edad de diez años nada parecía predisponerlo a la admiración del Occidente; al contrario, el sistema de su educación era mucho más nacionalista, «rusista», que el de su padre, el zar Alejo. Pedro fué entregado enteramente al cuidado de mujeres y hombres que eran el baluarte mismo de los «viejos creyentes». Los historiógrafos atribuyen una influencia decisiva en el cambio de sus simpatías a los acontecimientos de 1682, cuando la revuelta de los *streltzi* (1) provocó su advenimiento al trono, conjuntamente con su hermano Iván, un débil de espíritu, y con la proclamación de la princesa Sofía, su hermana, regente hasta la madurez de los jóvenes zares. Dicen que aquella revuelta, a pesar de haberle dado el trono (ficticiamente), demostró a Pedro por las escenas de asesinatos de miembros de su propia familia y de ciertos boyardos, sospechosos de simpatía hacia las tendencias «occidentalistas», que la vía «rusista» era la de la revuelta, del salvajismo, peligrosa para el estado y su propia salvaguardia. Pero, aun admitiéndolo, aquella impresión no era más que una experiencia negativa, que no explica cómo ha podido formarse una concepción personal de la cultura tan característica como era la de Pedro. Bien que él se entregó fanáticamente a la enseñanza del Occidente, esta

(1) Infantería semi-regular de Moscovia en el siglo XVII.

ni por un solo momento ha tenido la virtud de captarlo por su valor cultural intrínseco. Obligando a sus súbditos a imitar el Occidente absolutamente en todo, empezando por las ciencias, los alcances de la cultura material, los trajes y modales de la vida social, al mismo tiempo Pedro decía «que Rusia necesitaba de Europa solamente por algunas decenas de años, y que luego tendrá que volverle las espaldas». En otras palabras, Pedro estimaba que un plazo de cincuenta o sesenta años era no sólo suficiente para imitar a Europa e importar de allí el progreso cultural, tal cual, entero, sino que Rusia, después de un contacto estrecho y prolongado con Europa podría empujar y desarrollar la cultura *general* independientemente de las fuentes occidentales. Esta visión clara de lo que realmente sucedió con el tiempo es una de las chispas más brillantes del genio de Pedro. No importa si «algunas decenas de años» se transformaran en un siglo y medio, tanto más cuanto que Pedro, al hablar de esta manera, suponía ciertamente la aceptación sincera y franca de la enseñanza europea por el pueblo entero y no la lucha de un genio contra la inercia, la ignorancia y la mala voluntad de una masa inculta; lo principal es lo acertado de su idea: realmente, a mediados del siglo XIX, *Rusia empezó a desarrollar su propia cultura, ya en el plano universal.*

Pedro tenía veinticinco años cuando hizo su primer viaje al Occidente, con el fin de «ser el primero en aprender y en dar un ejemplo». Es interesante comprobar hasta qué punto la ciencia europea era para él cosa utilitaria. Pedro nunca ha podido escribir en ruso sin errores de ortografía, y errores graves, pero esto no le impidió aprender aritmética, matemáticas superiores, artillería, fortificación, astronomía, náutica, mecánica, hasta la medicina y el arte de la dentística, y todo mientras gobernaba a Rusia. Después de su muerte quedó un saco de dientes, extraídos por aquel primer dentista

diplomado ruso. Al mismo tiempo que el zar completaba su instrucción, todas las grandes capitales de Europa recibieron jóvenes rusos, que venían a aprender lo que había posibilidad de aprender en la Europa de entonces: desde la filosofía hasta la manera de arreglar las camas; y todo esto teórica y prácticamente. A los futuros oficiales de la marina rusa les fué impuesta la obligación de tomar parte en las batallas navales de las marinas que les instruían...

Los gastos de la corte de Pedro el Grande no subían de sesenta mil rublos al año, pero cuando se trataba de contratar hombres que conocían oficios ignorados por sus súbditos, su prodigalidad no tenía límites; así, durante su primer viaje al extranjero, Pedro contrató en Holanda, sólo para el servicio de su futura flota marina, novecientos hombres, empezando por un vicealmirante y acabando por un cocinero marino. En 1702 en todas las ciudades de Alemania se veían, pegados en las paredes, los manifiestos de Pedro el Grande, que llamaba a los sabios, capitalistas, industriales, médicos y artesanos a venir a trabajar en Rusia, ofreciéndoles condiciones sumamente favorables. Hoy día un manifiesto de esta índole puede parecer nada, pero hay que volver mentalmente a la psicología del siglo XVII y recordar que todavía hoy muchos estadistas, en la América del Sur, por ejemplo, no entienden el papel ni la importancia de la inmigración, para comprender la agudeza y la penetración del espíritu de Pedro el Grande.

En 1698, mientras Pedro estaba en el extranjero, en Moscú estalló una nueva revuelta de los *streltzi*. Pedro volvió a Moscú y la ahogó en sangre. Fué una victoria cruel, pero decisiva, de la tendencia «occidentalista» sobre la «rusista», ya que con pretexto de aquella rebelión el partido conservador fué aniquilado: la zarevna Sofía fué internada en un monasterio, sus consejeros perecieron en el patíbulo, junto con cinco mil

streltzi; la protesta contra el «occidentalismo» tuvo que refugiarse en los bosques y en los sótanos. La ventana del lado de Europa no sólo quedó abierta, sino que fueron suprimidos sin piedad los que querían taparla.

Por la abertura practicada, Rusia tomó prestado antes de todo lo que le hacía más falta que cualquier otro adelanto: la ciencia militar. Esta fué asimilada con una rapidez vertiginosa. La Guerra del Norte empezó en 1700 por una derrota de los rusos en Narva: ocho mil suecos, bajo el mando del intrépido Carlos XII, derrotaron a treinta cinco mil rusos. Durante ocho años éstos continuaban yendo de derrota en derrota; pero al fin, en 1708, cerca de Lesnaia, catorce mil rusos derrotaron a diez y seis mil suecos, y nueve meses más tarde el ejército entero de Carlos XII fué aniquilado por Pedro el Grande en Poltava.

La ciencia militar ha sido asimilada por los rusos tal vez demasiado bien: el prestigio de los militares, sobre todo de la Guardia de Pedro, se hizo tan grande, que desde la muerte de éste y hasta el reinado de Catalina II, la guardia desempeñaba un papel pretoriano y con su ayuda se realizaron cuatro revoluciones palatinas. Desde luego la confianza ilimitada que Pedro el Grande tenía en las virtudes de su Guardia, de sus colaboradores en la gloria militar, que le comprobaron su apego con hechos y lo sellaron por la sangre, ha sido heredada enteramente por sus descendientes. Durante dos siglos los militares se consideraban como aptos para todo, aun para desempeñar los papeles de ministros de Instrucción pública y de Vías de comunicación, y el trono se hallaba rodeado por oficiales que veían en el zar a un jefe, al cual había que obedecer militarmente. Así el concepto de la lealtad puramente militar substituyó al de la lealtad civil, que consiste a veces precisamente

en la discusión con un monarca absoluto de los peligros y desventajas de ciertas medidas gubernativas. A esto hay que añadir que la gente del ejército, que es una corporación que no puede obrar de otro modo que por violencia, cuya razón de ser es la violencia misma, inculcaba a la administración entera la idea de que por violencia se puede hacer todo.

En el dominio de la instrucción pública, Pedro llegó hasta la idea de la *instrucción primaria obligatoria*. Desde luego tropezó con la falta de profesores y de institutores... Sin embargo, su úkase de 1714 hace obligatoria la instrucción primaria para todos los nobles, a quienes hasta les prohíbe casarse sin presentar un certificado de suficiencia en aritmética y geometría... Todas las residencias de obispos y todos los monasterios fueron obligados a abrir escuelas para *gente de cualquier clase*. Las escuelas para la preparación de los maestros existían en Moscú desde el año 1703; además en las dos capitales se abrieron escuelas de latín y de matemáticas, la Academia naval, escuelas de navegación y de medicina, de artillería y de ingenieros; en fin, cincuenta escuelas fueron fundadas en las ciudades provinciales y cincuenta en el ejército, para los hijos de los soldados. Todas estas escuelas cazaban a sus pupilos como si estos fueran conejos: cogidos los alumnos desertaban, y las autoridades los perseguían para cogerlos nuevamente, y, después de fustigarles, ponerlos a la disposición de los institutores. En 1722 de la escuela de navegación de Moscú huyeron, a la vez, ciento veintisiete alumnos. El colegio del pastor Gluck, en Moscú, en vez de trescientos cuarenta alumnos previstos, logró coger solamente cuarenta... Verdad es que el programa de aquel colegio podía asustar aún a escolares menos tímidos delante de las ciencias que los moscovitas; he aquí sus materias: geografía, ífica (?), política, retórica, filosofía cartesiana; idiomas: francés, alemán, latín, griego, hebreo (!), siríaco

(!!) y caldeo (!!!), el arte de bailar y de hacer reverencias francesas y alemanas, montar a caballo como un caballero debe y amaestrar caballos!... En provincia las autoridades arrestaban a los candidatos escolares y les tenían presos hasta que llegaban los profesores. De los cuarenta y siete profesores mandados a la provincia, diez y ocho volvieron por no haber hallado en sus escuelas alumno alguno. Desesperado, Pedro el Grande firmó en 1724 un úkase que ordenaba instruir a los niños abandonados, que no tenían protectores ni adonde fugarse.

En cuanto a la industria, Pedro el Grande la introducía con tanta energía, que antes de su muerte Rusia poseía ya doscientos treinta y tres establecimientos industriales importantes. Lo más maravilloso de esta actividad fué el hecho de que Pedro logró en pocos años el fin práctico, inmediato que se proponía: la liberación del mercado moscovita del dominio de los extranjeros. El balance del comercio exterior se convirtió en favorable para los rusos; el hierro y la tela de velas empezaron a ser objetos de exportación, que antes consistía sólo en materias primeras.

Estos resultados eran tanto más estupendos cuanto que la introducción de las industrias tenía un aspecto excesivamente forzado. El gobierno llegaba a tal extremo, que erigía fábricas y luego las transmitía a personas privadas, cuyo celo patriótico-industrial Pedro despertaba con favores, préstamos y subsidios, y si aun esto no tenía éxito, ponía en acción sus puños y su famoso palo.

Con la ayuda eficaz de este último argumento, las relaciones comerciales con Europa crecían rápidamente. El número de ciento cincuenta tres navíos, que tocaron en 1710 la tierra rusa en Arcángel, en el mar Blanco, quince años más tarde pasaba ya de mil navíos, que tocaron los nuevos puertos bálticos. En una palabra, en todos los ramos—marítimo, industrial, comer-

cial—Pedro el Grande hizo lo mismo que en el ramo militar: aprendió de los europeos lo que necesitaba para volver en seguida contra ellos las armas que los occidentales le enseñaron a manejar.

Desde luego fué otra cosa en el dominio de los derechos del hombre y del progreso espiritual. Los ejemplos europeos no servían en una atmósfera de violencia y arbitrariedad, y la situación en que se hallaba Pedro frente a los derechos cívicos de sus súbditos se verá clara recordando dos expresiones suyas: «aun si algo fuese bueno y lo necesitáramos, nuestra gente no lo haría sin obligación». En 1723 Pedro decía, ya cansado por su propia gloria: «¿Acaso no fué hecho todo por obligación? Sin embargo, por muchas cosas que ya dieron fruto, se oyen agradecimientos!» Hijo de sus padres y heredero de tradiciones tártaras, Pedro no respetaba la personalidad humana, aun cuando se tratara de él mismo. Un día, en medio de una borrachera, uno de sus convidados, irritado por las burlas del zar, le dió una bofetada; Pedro la aceptó como la cosa más natural: «El hombre tiene razón—dijo—; me he burlado demasiado de él!»

Así, a pesar de todos los alcances de la cultura material, las ideas humanitarias se reflejaban en aquel ambiente bárbaro de la manera más inesperada; así el principio de la libertad de la conciencia fué aceptada por Pedro mucho antes de la revolución francesa, pero con un correctivo: cualquiera podía seguir siendo «viejo creyente», siempre que pagara los impuestos duplicados. . . . Lo mismo en cuanto al derecho de llevar trajes nacionales y barbas: sólo los campesinos lo poseían gratuitamente, mientras que las poblaciones urbanas, si no querían afeitarse, tenían que pagar cincuenta o cien rublos por barba, según la situación social de cada uno, y vestir los trajes europeos era para ellos obligatorio.

Una verdadera revolución fué hecha por Pedro el

Grande en el dominio de las prerrogativas de la carrera administrativa y militar, prerrogativas ligadas al linaje noble: los grados de la jerarquía estadista empezaron a depender sólo de los méritos personales; cualquier soldado podía conseguir el grado de oficial y con él un título de nobleza. Y desde luego Pedro no hizo nada para la liberación de los campesinos, y esto porque el sistema del derecho de servidumbre presentaba para el fisco una comodidad extraordinaria en el sentido del recaudo de los impuestos: en vez de tratar con millones de campesinos el fisco trataba con unos pocos millares de terratenientes.

Y a pesar de esto, Pedro hizo esfuerzos sobrehumanos para inculcar a los rusos los sentimientos de valor, de lealtad, de honor. El mismo daba un ejemplo del sentimiento de su propio deber de monarca, que llegaba hasta el sacrificio absoluto de sí mismo. Así empezó en la historia rusa aquella lucha del despotismo con la barbarie popular, durante la cual la cultura se acomodaba con la esclavitud, la tiranía con la libertad, mezcla extraña, que durante dos siglos fué la piedra angular de la política interior de los zares.

De las ideas «occidentalistas» importadas por Pedro no quedaban más que las formas exteriores en que estas se expresaban: Pedro inauguró el primer teatro (alemán) en Moscú en 1702; el mismo Pedro creó el primer diario moscovita en 1703; y bajo el mismo Pedro se editó en San Petersburgo, en 1717, un libro, que obtuvo un éxito especial cerca de los lectores rusos, que llegó a ser editado tres veces y que se llamaba: *El espejo honrado de la juventud*. El autor aconsejaba en él a sus lectores hablar en la casa en francés, para que los siervos no entendiesen la conversación de sus señores; no entrar nunca en relaciones con la servidumbre, y tratarla con desconfianza y desprecio, domarla y humillarla por todos los medios posibles e imaginables...

Así los bárbaros moscovitas, afeitándose las barbas

y colocándose pelucas, cambiaban sus antiguos vestidos de brocado por las levitas de seda y de terciopelo, se colgaban de la cadera espadas francesas, pero en el alma seguían siendo los mismos bárbaros iletrados, con la agravante de haber cortado las raíces que antes les ligaban a su pueblo y formar una clase de desarraigados que perdieron rápidamente el último contacto con su tierra natal, bien que continuaban viviendo en esta. Dejaron de ser rusos, y no se hicieron europeos, y eran en su propio país algo como aquella mugre internacional de París, que llena actualmente los salones parisienses de segundo grado, que cree ser el «alto mundo», que renunció a sus ideales y costumbres nacionales para conseguir el título de «vrai parisien», mugre que desprecian los parisienses de raza, y que al mismo tiempo ha perdido la estimación y el lazo de unión con sus propios pueblos.

Carlos Pereyra.

LAS ISLAS DE ROBINSON

Carlos Pereyra está reconocido ya por la crítica como el más sagaz, ponderado y erudito de los historiadores americanos. Marius André, al dedicarle su sensacional libro sobre Colón, lo llama «reconstructor de la historia de América». Manuel Ugarte en un reciente ensayo sobre la vida de Bolívar, anota: «El único que ha intentado en estos últimos tiempos una síntesis equidistante de nuestra historia es Carlos Pereyra, cuya labor formidable tendrá que ser recompensada algún día.»

Por el prestigio ganado por el señor Pereyra a fuerza de una obra copiosa, que se incrementa cada día con títulos nuevos, y cimentado en condiciones de hondura de pensamiento y sagacidad que no son comunes en el ruedo literario de América, se entenderá que la revista ATENEA anuncie complacida a sus lectores la colaboración de tan interesante escritor americano. Este primer artículo que inicia esta colaboración trata un tema caro a los chilenos; a él seguirán trabajos también de índole histórica en que el eruditísimo mexicano hará, como acostumbra, obra de pensador y de artista a la vez.—N. de la R.

EL nombre de Juan Fernández figura en la conquista del Perú. Es el de un piloto que prestó servicios periciales para dirimir contiendas de gober-

naciones. Cuando este navegante medía grados de latitud en la costa americana del Océano Pacífico, nacía en España otro Juan Fernández que habría de ilustrarse cuarenta años después por una obra útil, e inmortalizarse en el siglo XVIII por un azar literario. La obra útil consistió en abreviar el viaje entre el Perú y Chile, no obstante el aumento de la distancia recorrida. Antes de aquella innovación de la náutica, un buen piloto tardaba tres meses por lo menos, seis en ocasiones, y acaso más, para ir del Callao a Valparaíso. Pero Juan Fernández, apartándose de la costa, logró regularizar las comunicaciones, por una ruta de vientos constantes que redujo la duración del viaje a treinta días.

Esto era suficiente para la decorosa biografía de un marino. Pero Juan Fernández dejó títulos para alcanzar una impensada gloria que iba a nacer, a consolidarse y a universalizarse en siglos posteriores. Entregó a la geografía la isla que lleva su nombre. Y de la geografía, la isla pasó a la literatura novelesca con el nombre del descubridor.

El camino abierto por Juan Fernández en la inmensidad oceánica llevaba a dos grupos insulares de mínima importancia. Uno es el de las Desventuradas: San Ambrosio, Santa Cecilia y San Félix. El otro se compone, como el anterior, de dos islas y una roca. *Más a tierra* y *Más afuera* son los nombres que se les dan comúnmente. Y una de ellas, como todo el grupo, se llama también Juan Fernández.

En esta isla, de menos de cien kilómetros cuadrados, podía establecerse una base defensiva de la tierra continental. Pero si se poblaba, era cómodo reparo para un atacante. Situada a seiscientos kilómetros de Valparaíso, y bajo la misma latitud, con un surgidero abrigado en el nordeste, con hermosa vegetación y con una fauna a la que se habían incorporado las cabras llevadas por los españoles, ofrecía ventajas al

enemigo y al regnícola. Así fué cómo la visitaron los más célebres salteadores del mar durante el siglo XVII.

Sabido es que los navegantes empleaban a veces el castigo de la eliminación de un criminal o de un rebelde, abandonándolo en tierra solitaria. También sucedía que un marinero, cansado de la disciplina, se quedase por propia voluntad, pidiendo permiso para ello o desertando. Todas las islas distantes de las líneas de tráfico tuvieron estos huéspedes ocasionales. Uno, dos, hasta veinte tripulantes, recibían el don de un islote, el de una costa deshabitada o el de un país poblado de salvajes.

Entre los hombres que pasaron por la experiencia de la vida solitaria, hubo uno cuyas aventuras conocemos gracias al genio del escritor que quiso fantasearlas.

Alexander Selkirk, marinero escocés del condado de Fife, salió con Dampier en la expedición de 1703, como tripulante del *Cinque Porte*, galeaza de noventa y seis toneladas. Selkirk tuvo una disputa con su capitán, Thomas Stradling, y pidió que se le dejara en Juan Fernández. Pero, arrepentido, suplicó que se le llevara. El capitán, inflexible, mantuvo la orden dada. Selkirk permaneció cuatro años y cuatro meses en la isla, hasta que Woodes Rogers, pasando por allí, le recogió y le repatrió.

Este es el fin de la novela de Selkirk y el principio de la de Robinson Crusoe. La momentánea celebridad que adquirió Selkirk cuando volvió a Inglaterra, en 1711, después de su estancia solitaria en Juan Fernández, se explica por la resonancia de las expediciones de los ilustres viajeros a quienes acompañó. Pero acaso la simple narración de las aventuras del marinero abandonado y recogido en el Océano Pacífico, hubiera acabado por perderse entre el fárrago de las de su género, sin la magia con que Daniel de Foe supo realizar una transformación literaria en los recuerdos de Selkirk.

La publicación del *Robinson Crusoe*, ocho años después, enlazó de tal modo la existencia del tripulante escocés con la del personaje imaginario, que la isla chilena vino a recibir, andando los siglos, el nombre popularizado por la novela, unido al recuerdo del que en ella vivió. Todo el mundo la llama *isla de Robinson*.

En 1868, el comodoro Powell, de la marina británica, y los oficiales de la *Topacio*, pusieron una inscripción documentada sobre la roca que fué atalaya de Selkirk. Esta es la inscripción que en algunas obras puede verse como «la tumba de Selkirk».

Pero ni la tumba de Selkirk está en Juan Fernández, ni esta isla es la que dió De Foe por teatro a su *Robinson Crusoe*. Añádase que Selkirk no le sirvió de modelo, y sólo le sugirió el tema. Estética y moralmente, el pirata no era el prototipo que llevó De Foe a las letras. La aventura de Selkirk apenas sale de lo vulgar. Como otros muchos marineros indisciplinados, Selkirk sufrió la pena del abandono en playa desierta, para que pereciera si no sabía valerse por sí mismo. El resultado en el caso de este hombre inferior fué deplorable, por el embrutecimiento a que lo redujo la existencia en una isleta deshabitada del Océano Pacífico.

Gran artista, De Foe hizo a su personaje un héroe de la conciencia y de la voluntad. El origen de la soledad a que lo condenó la justicia divina, no es repugnante, ni odioso, ni rastrero. La única aberración del tipo novelesco era el amor excesivo a los viajes marítimos. Cuando *Robinson Crusoe* naufraga y cuando se salva en la isla desierta, su ser moral presenta un panorama trágico. Impresionado por el sublime desencadenamiento de las fuerzas naturales, inicia una vida de acción ejemplar, en la que persevera durante veintiocho años. Selkirk ha quedado muy lejos, si su incidente estimuló las dotes creadoras del novelista.

No todos los comentadores han creído que fuera el marinero de Fife quien sugirió el tema. Siendo frecuentes los casos de individuos abandonados en sitios remotos, Selkirk sólo podía inspirar cierto interés por el renombre que le dieron los ilustres viajeros en cuya compañía hizo sus expediciones, y sobre todo, los que historiaron el episodio.

Hay una conciencia. Pocos meses antes de que desembarcara Selkirk en Inglaterra, se publicaron las *Aventuras de Jacques Massé*. Le Breton señala analogías entre estas aventuras y las de Robinson Crusoe. Otros indican como fuentes de información e inspiración, los libros que tratan de los filibusteros. El *Viaje* de Dampier había paseado a De Foe por el mundo de los bucaneros, más aun que el de Raveneau de Lussan. Con el pensamiento fijo en las regiones equinocciales, recordaba todas las cosas inverosímiles que cuenta Raleigh, y examinaba las cartas geográficas de la desembocadura del Orinoco. Allí están el clima, el cielo, el mar y las tierras de sus ensueños. A ellas le llevan el arte y el interés. Robinson Crusoe no es sino el imaginario jefe de una avanzada de empresas fructuosas soñadas por De Foe.

Selkirk está muy lejos. Robinson Crusoe no va a la roca de Juan Fernández para confesar la impotencia de la voluntad humana y sufrir la tiranía de las fuerzas externas que le imponen el retorno a la animalidad. De Foe compone el poema de la energía en una lucha contra la naturaleza rebelde y contra el propio abatimiento. Se dice que si Robinson Crusoe bautiza su refugio llamándolo isla de la Desesperación, demuestra que de esa misma desesperación el héroe saca aptitudes para sobreponerse al infortunio.

Mientras, en el orden psicológico, De Foe no cesa de establecer un contraste entre Selkirk y Robinson Crusoe, en el orden geográfico el autor parece empeñarse por evitar que se confundan a la isla del marinero

escocés y la del naufrago yorquino. Expresamente advierte el autor, desde el título de la novela, que su héroe se salva en un archipiélago próximo a la desembocadura del Orinoco. Y después acumula tantas particularidades, que sólo falta determinar la isla, situada por él entre la Trinidad y la costa de la Guayana. Para ello se funda en razones cartográficas de que luego hablaré.

La portada de las primeras ediciones, no reproducida en las que hoy circulan, dice, siguiendo la costumbre de dar títulos con el resumen de la obra: *Vida y aventuras, tan extrañas como sorprendentes, de Robinson Crusoe, oriundo de York, navegante, que vivió veintiocho años, enteramente solo, en una isla desierta, cerca de la desembocadura del Orinoco, a donde lo arrojó un naufragio, del que fué único superviviente, y relación, no menos extraordinaria, de cómo le sacaron de allí unos piratas.*

Cuando naufragó, iba del Brasil a la costa de Guinea. Habiendo salido de San Salvador, con artículos de rescate para adquirir malagueta, polvo de oro, dientes de elefante y esclavos—lo que, según las ideas del novelista, explicaba la cólera divina—, el barco de ciento veinte toneladas tomó el rumbo del norte, y debería seguirlo pasada la línea ecuatorial, hasta los 10° 12' de latitud, en donde empezaría a cruzar el Océano. Y De Foe explica cómo, a la altura del cabo de San Agustín, se varió la dirección. Encaminándose los navegantes hacia Fernando de Noronha, dejaron estas islas al oriente, y cortaron el ecuador, el duodécimo día del viaje. Según la última toma de la altura, se hallaban a 7° 22' de latitud norte cuando un violento huracán, descrito con pluma de poeta efectivo y de pechelingue honorario, los puso en tal peligro durante doce días, que cada minuto parecía ser el de la muerte. Pasados esos doce días, el tiempo abonanzó lo suficiente para determinar la altura, que era de

11°, y la longitud, que marcaba una desviación de 22° al oeste del cabo de San Agustín. Los viajeros pensaban dirigirse a alguna isla inglesa, y para el efecto, pusieron la proa al noroeste, cuarta del oeste; pero una nueva tempestad, que los sorprendió en 12° 18', llevó la embarcación «fuera de todos los caminos que sigue el comercio».

Aquí entra el novelista, reclamando su absoluta libertad. Y a su vez entran los geógrafos, pero no para examinar el libro, sino para hacer locas conjeturas.

La de *Más a tierra* queda *Más afuera*. Los sufragios favorecen a Tabago, convertida en Tobago por una corruptela de los ingleses. Vivien de Saint-Martin recoge estos votos. El *Nuevo Diccionario Geográfico* dice:

Según algunos críticos recientes, parece que en Tabago vivía el náufrago a quien tomó De Foe como tipo de Robinson Crusoe.

Hubo un náufrago, y este náufrago sirvió de modelo a De Foe. Lo mismo asevera Reclus en su *Geografía*:

Un náufrago arrojado a esta isla, proporcionó los principales elementos de que se valió De Foe en su *Robinson Crusoe*.

Y Reclus añade que, durante veinte años, Tabago fué isla desierta, escala de pescadores y marinos. Tanto se argumentó en favor de Tabago, que un gobernador de la isla llevó su celo hasta encontrar la gruta del solitario, una huella del indio Domingo—el Viernes de los ingleses—y el esqueleto del macho cabrío, que se exhibió durante la Exposición de Chicago. De este gobernador habla M. Paul Dottin, autor de un magnífico estudio que publicó el *Mercure de France* del 15 de Noviembre de 1922.

Examinada la cuestión más a fondo, Tabago perdió el punto. De Foe había determinado expresamente que su héroe vivió en una isla de la desembocadura del Orinoco. Además, hizo de esta isla parte de un archipiélago. Para que no cupiera duda, De Foe publicó una carta geográfica, omitida después en las ediciones de la obra, y por esta carta puede verse que la isla está exactamente situada al sur de la Trinidad. No sé quien ha señalado este dato. Pero es capital.

Todo el enigma se reduce a una rectificación cartográfica. El archipiélago, que para De Foe existía en aquel rincón del Océano—y que dió tanta holgura al novelista, que no había peligro de que alguien le disputara su isla como habitada ya—, ese famoso archipiélago existe, pero hay que ir a buscarlo dentro del continente. Es un archipiélago fluvial, y los cartógrafos consultados por De Foe llevaron ese archipiélago al Océano. Queda, pues, inutilizado.

No hay isla para Robinson Crusoe. Su isla fué una creación de gabinete.

El concienzudo viajero H. J. Mozans, en su libro *Up the Orinoco and down the Amazons*, proporciona valiosos datos que sirven para explicar la ilusión de los cartógrafos europeos, trasladada por De Foe a su novela. El delta tiene una superficie mayor que la de Sicilia. El río se divide en cincuenta cauces. Las tierras bajas forman millares de islas e islotes. El laberinto de Creta es menos intrincado que los caños de aguas estancadas o de impetuosas corrientes.

¿Qué podían hacer los cartógrafos al leer descripciones de aquel misterioso mundo fluvial, sino creerlo oceánico, y qué podía hacer De Foe sino rodear de agua salada una de aquellas islas?

Salvada esta responsabilidad, el novelista queda con otra. Chile tendrá razón para presentarle reclamaciones por haberse llevado al delta del Orinoco

una parte de la fauna de Juan Fernández. ¿Qué hacían los pingüinos en la desembocadura del Orinoco? Su papel es allí poco más o menos tan inexplicable como el de la caña de azúcar que figura con todos los honores de planta americana, en estado salvaje.

Una fábula quiere que De Foe gozara escribiendo, como nosotros leyéndole. Pero sabemos que trabajaba de prisa, sin aliento, deseoso de acabar. Cuando estaba a la mitad de un libro, ya no pensaba sino en el que iba a empezar. El Robinson Crusoe le hastiaba. Fué para él una sorpresa, y acaso una contrariedad, que de la primera edición se hiciesen cuatro ediciones en cuatro meses. Había que publicar la segunda parte, con apremio. Esa obra, compuesta de mala gana, aplaudida como producto de un imaginativo portentoso, tenía que abundar en las contradicciones e incoherencias, advertidas desde entonces y hoy catalogadas por Hastings. Pero nunca en la de irse con su héroe a los 33° de latitud meridional, y menos aun en la de confundirlo con Selkirk.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Adolf Meyer Abich.

INVESTIGACION Y ENSEÑANZA

V

Antes de sacar de lo anteriormente dicho (1) las consecuencias y discutir, a través de la ideología que llevamos expuesta, la mejor solución para Chile, dada su situación actual, tenemos aún que tratar, aunque sólo sea brevemente, de las grandes modificaciones a que han dado origen hoy día, por una parte el principio de la investigación pura y por otra el de la práctica. El resultado es que el dualismo de Humboldt, constituido por la «investigación y la doctrina», se ha transformado en la actualidad en un trilateralismo, mucho más complicado, formado por «la investigación, la doctrina y la práctica». Este cambio ha sido expresado ya en el último capítulo del presente trabajo, en el que nos hemos referido repetidas veces no sólo a las tareas de la doctrina, sino también a las de la práctica. Esta situación necesita de una explicación de sus principios antes de que podamos presentar una clara vista de conjunto de todos los problemas y tareas que debe afrontar una universidad moderna.

Guillermo von Humboldt ya había distinguido en

(1) Ver en el número anterior de ATENEA la primera parte de este estudio.

su tiempo tres diferentes tipos de instituciones científicas: Academias, Universidades e Institutos auxiliares. Esta distinción en tres tipos la hizo sobre la base de su principio dualista de investigación y doctrina, con la interpretación discutida por nosotros más arriba, es decir, este principio afirma que, por regla general, el mejor investigador es al mismo tiempo el maestro más idóneo. Mientras que las Academias tenían que solucionar exclusivamente tareas y problemas de investigación, en particular las de alto estudio y que requieren la colaboración de muchos sabios, como por ejemplo al tratarse de editar las grandes fuentes históricas y filológicas—*Thesaurus linguae latinae*; *Padres de la Iglesia*; *Monumenta Germaniae*; *Gesta Romanorum*; *Regna Animalium et Plantarum*—, tenían las universidades la tarea de formar los altos funcionarios y los técnicos en todos los dominios, precisamente según von Humboldt en su calidad de instituciones dedicadas a la investigación. Los Institutos auxiliares, por el contrario, debían solucionar aquellas tareas de la investigación y preguntas referentes a la organización que son de valor inmediato para la investigación que, por el tiempo requerido para elaborarlas, por la complejidad de su organización y las tareas de investigación indirectamente unidas con ellas quedaban fuera del programa de trabajo de las Academias. Estas tampoco podían ser tratadas como Institutos Universitarios puros, ya que éstos no consideraban las tareas docentes. Como tipos de Institutos auxiliares creó von Humboldt en aquella época el Observatorio astronómico de Berlín, el Jardín Botánico y la Biblioteca Real, actual Biblioteca del Estado prusiano.

Ya en los caracteres esenciales de estos primeros Institutos auxiliares se reveló un nuevo motivo de organización, que no cabía en la unión establecida por von Humboldt entre investigación y doctrina,

sin dejar residuos. Ellos no eran sólo Institutos auxiliares de la investigación científica, sino también de la vida práctica. Por ejemplo los observatorios astronómicos no sólo ejecutan investigaciones astronómicas, sino que regularizan también las mediciones del tiempo que son de suma importancia para la vida práctica, la graduación geográfica de la tierra, asuntos todos de alto valor para la navegación, etc. Además las bibliotecas no sólo están al servicio de las necesidades de los investigadores, sino que satisfacen al mismo tiempo los menesteres generales de instrucción y de la lectura del público. Y los Jardines Botánicos tienen tal vez más importancia para la práctica del arte del hortelano que para la investigación botánica misma. Pues bien, hay numerosos institutos de investigación botánica, que tienen sólo un Jardín Experimental, pero no tienen un Jardín Botánico.

Estos Institutos auxiliares en el sentido que les asignó Guillermo von Humboldt han sufrido desde aquel entonces una variación muy grande. Me basta con hacer alusión a las instituciones meteorológicas con su servicio de previsión del tiempo, a los institutos sísmicos y geodésicos dada la importancia que tienen para las mediciones prácticas de la tierra, la prognosis de los terremotos, etc., a las instituciones geológicas del país y la importancia que tienen para la explotación industrial de los tesoros del suelo, a las instituciones sanitarias del país que se ocupan en el cuidado de la salud pública y de la higiene, y muchos otros de la misma índole.

Todas estas instituciones científicas, que sirven también en alto grado a la investigación pura, son comunes con las universidades en el sentido de que ellas no sólo contemplan la investigación pura, sino que además deben realizar otras tareas. Todos los años sale de ellas una gran cantidad de trabajos científicos y que no desmerecen en importancia científica

respecto de los publicados por los Institutos universitarios; recordemos que Roberto Koch y Luis Pasteur actuaron en instituciones de esta naturaleza. Pero se diferencian unas de otras en que las universidades sirven, fuera de la investigación, únicamente a la doctrina, mientras que la clase de Institutos auxiliares que hemos mencionado, no tiene que ver nada con la doctrina y la enseñanza pero, en cambio, tienen que solucionar estos institutos un gran número de problemas y tareas de suma importancia para la vida práctica. Naturalmente se puede subordinar el concepto de doctrina, considerado desde el punto de vista sociológico, al concepto de práctica, pues por medio de la doctrina y de la enseñanza se forman los profesores, que en calidad de empleados públicos están igualmente al servicio de la vida práctica y no tienen que ocuparse de la investigación pura. Pero, de todos modos, es recomendable no desconocer del todo la diferencia que existe entre «doctrina y práctica», pues no puede negarse que la doctrina, en conformidad a la antigua experiencia «docendo discimur», tiene mas afinidad con el trabajo de investigación propiamente tal que la práctica misma, aunque no se deben menospreciar los impulsos que la investigación ha recibido de esta última.

Junto con este tipo de Institutos auxiliares, a que me he referido más arriba, y que como instituciones del Estado actúan todos en favor del interés público general, se ha formado recientemente otro tipo de instituciones de investigación, creadas igualmente para cumplir con tareas prácticas, pero que no actúan en pro del interés público, sino que están al servicio de ciertas grandes compañías industriales. Por regla general se trata en este caso de centros de investigación física y química, que se interesan por el perfeccionamiento de los productos industriales de dichas compañías y que, al realizar esto, solucionan no pocas

veces algunos problemas de investigación pura de alto valor. Menciono aquí en primer lugar las instituciones de investigación de la Compañía Siemens; la industria mayorista química de Hochstein y Leverkusen; institutos de investigación para la aviación (en Adlershof, cerca de Berlín), y uno que ha sido creado recientemente para la industria automovilística. Se trata en este caso de centros de investigación de gran valor que, por la perfecta y completa instalación de sus laboratorios y los presupuestos correspondientes, superan en alto grado a los institutos oficiales de las Escuelas Técnicas superiores con los mismos intereses. Por consiguiente han emprendido estos centros industriales, que se dedican a la investigación, a menudo especialmente, la solución de aquellos problemas de investigación puramente científicos que los centros de investigación técnica oficiales del Estado no pueden resolver por falta de recursos. Por regla general mantienen estos centros industriales una estrecha relación científica y a menudo también personal con el cuerpo docente científico de las Escuelas Técnicas superiores, de las que dichas industrias reciben sus ingenieros.

El excesivo tiempo que requieren las tareas docentes a los institutos universitarios y las tareas prácticas de los Institutos auxiliares públicos y privados, trabajos que ocupan la mayor parte de las energías del investigador, ha llevado a la creación de un tercer tipo de Institutos auxiliares. Me refiero a los *Institutos de investigación pura*, que acabo de mencionar.

Estas instituciones, según el espíritu con que han sido creadas, son centros de investigación pura. Los investigadores que trabajan en ellas deben dedicarse exclusivamente a sus propios problemas, evitando el recargo de tareas docentes y sin preocuparse de la utilidad práctica de lo que se ha investigado para el mejoramiento de la situación social de la humanidad, que

es la finalidad última de toda práctica, técnica, clínica, etc. Institutos de esta naturaleza son los Rockefeller Institutes for Medical Research, las diversas instituciones de la Carnegie Institution y los Institutos alemanes de la sociedad Kaiser Wilhelm para el fomento de las ciencias. Toda persona que haya hecho investigación propia y que haya sido impedida de continuar su trabajo por diversas obligaciones docentes, considera el hecho de pertenecer a semejante instituto como la coronación de su vida espiritual. Estimarán en particular que los miembros de tales institutos no desearán jamás abandonar su puesto para ocupar uno en un Instituto Universitario, cuya actividad investigadora se encuentra muy limitada por las obligaciones docentes. En realidad ha sucedido todo lo contrario.

Los miembros de semejantes institutos de investigación han considerado el hecho de pertenecer a ellos sólo como un período transitorio de su actividad, sin duda como una de las épocas más agradables y tal vez la más bella de su vida científica, pero, sin embargo, como algo que no puede ser duradero. Y así se han presentado los siguientes casos; o han pasado muy luego a actuar en Institutos Universitarios, o si no, han desarrollado ellos mismos en su instituto de investigación pura una especie de actividad docente de investigación, dedicándose a la formación más especializada de investigadores especialistas, que han terminado los grados académicos regulares, en especial el doctorado. O ellos efectúan para la industria una actividad práctica de consulta muy valiosa cuando se trata de un instituto que está estrechamente relacionado con las disciplinas técnicas. O, si no realizan ni lo uno ni lo otro, se ocupan de preferencia de trabajos literarios, son redactores de importantes revistas científicas, publican manuales notables, etc.

La razón por la cual los investigadores proceden

en esta forma está profundamente relacionada con la naturaleza psicológica de la investigación. La época que un individuo dedica a la investigación pura ocupa relativamente sólo un corto y limitado período de su vida. Las grandes ideas que dominan la vida de un investigador aparecen por regla general entre los 25 y los 35 años, a menudo también antes. El resto de su vida sirve generalmente sólo para elaborar su obra maestra y su organización. Es bien sabido cómo los investigadores más antiguos, que no tenían la suficiente claridad acerca de estas materias, han dificultado la vida a sus sucesores más jóvenes por perseverar aferrados en ideas anticuadas. Algo muy parecido encierra una antigua máxima al afirmar que la obra maestra personal de un hombre que produce intelectualmente, debe estar terminada a los 40 años, para poder dedicarse en el decenio siguiente, «en los mejores años de su edad viril», a los «asuntos públicos».

Los institutos de investigación pura como organismos permanentes que dominan toda la vida de un investigador, no han verificado semejantes experiencias, a no ser que se hayan transformado ellos mismos junto con sus investigadores. La sociedad Kaiser Wilhelm ha hecho, por consiguiente, de esta necesidad una virtud y ha establecido el principio de la inestabilidad de sus instituciones (1). En adelante ya no deberán crearse institutos como organismos permanentes sino instituciones de carácter puramente individual que cambian su aspecto y sus laboratorios al evolucionar las personalidades. Por ejemplo, si un investigador abandona los institutos Kaiser Wilhelm, donde hasta ahora ha estado a cargo de una sección de mecánica de evolución, entonces no debe buscarse

(1) Compárese Fr. Glum: *Die Kaiser Wilhelm-Gesellschaft zur Förderung der Wissenschaften, ihre Forschungsausgaben, ihre Institute und ihre Organisation*, 1930. *Forschungsinstitute...* Bd. 1. (Compárese la nota primera.) (En el número anterior.)

obstinadamente un sucesor que trabaje en el mismo sentido, sino, por el contrario, se nombrará un investigador cualquiera que se ocupe de asuntos muy diferentes y se le instalará un laboratorio conforme a sus intereses de trabajo. En lugar del departamento de mecánica evolutiva resultará tal vez uno funcional-fisiológico.

Basados en este nuevo principio los institutos de investigación pura desempeñan una función muy importante en la vida científica de la humanidad y merecen una organización mucho más completa. Para cada rama de la ciencia debiera establecerse tal residencia veraniega de investigación y conceder en ella un refugio a todo investigador serio que quiera realizar tranquilamente, y sin ser perturbado por las exigencias de la vida profesional, una tarea científica de importancia. La duración de su estada dependerá de la labor proyectada. Sobre esta base trabajan, por ejemplo, la muy renombrada Stazione Zoologica en Nápoles y el Jardín Botánico de Buitenzorg con sus diversos laboratorios de investigación, en especial el Laboratorio de Treub. En Williamstown, en los Estados Unidos de Norte-América, existe una institución análoga para las Ciencias Jurídicas y Sociales, etc.

La importancia de las funciones de los institutos de investigación pura en la vida científica de la humanidad aumenta en relación con la inactividad de todas las fuerzas del investigador, en la actividad docente y en la vida práctica.

VI

Con lo expuesto anteriormente hemos adquirido una visión de conjunto de las formas organizadas de investigación y ahora, antes de terminar nuestro trabajo, queremos examinar la pregunta sobre las conclusiones prácticas que debemos sacar de ellas

para fomentar la investigación científica en Chile y la manera de organizarla.

En esta ocasión debemos dejar establecido, ante todo, que Chile es un país en que las formas organizadas de investigación se encuentran en sus primeros albores, a pesar de las espléndidas producciones personales de algunos investigadores aislados y que gozan de un merecido renombre. Me basta con hacer alusión al abate Molina, padre de la investigación de la naturaleza chilena; a Andrés Bello, fundador del derecho chileno; como también entre los que viven actualmente al historiador José Toribio Medina (1), y al eminente naturalista Federico Johow. En las Escuelas Universitarias chilenas predomina el carácter de escuelas profesionales, pues ellas educan para una profesión determinada y en menor grado tratan de servir a la investigación propiamente dicha. Una excepción muy notable forma la nueva Universidad de Concepción que, tomando en cuenta los requisitos que debe reunir una universidad, está aún inconclusa. Surgida de ideas modernas, no tiene que arrastrar el peso de una tradición antigua, pero al mismo tiempo representa valores muy importantes. En esta universidad ya existen institutos modernos de investigación que, como el Instituto de Fisiología, no tienen por qué temer una comparación con las instituciones de la misma índole esparcidas sobre el globo terrestre. Recordemos que la gran Universidad de Chile, por basarse en una importante y fuerte tradición, conforme a su naturaleza, descansa sobre un fundamento más sólido, pero sufre también de un recargo considerable. Entre sus Escuelas Universitarias, especialmente la de Medicina, dispone de instituciones modernas para la investigación y que dentro de su especie son verdaderos modelos. Citemos en esta ocasión en primer

(1) El profesor Meyer redactó este trabajo antes de Diciembre de 1930.—
N. de la R.

lugar el Instituto Bacteriológico de Chile para ilustrar nuestra afirmación. Pero, a pesar de eso, prevalece en el fondo de esta escuela universitaria la más grande de Chile, *aun hoy en día* el carácter docente que es la característica más sobresaliente del instituto más importante de la Facultad de Filosofía, el Instituto Pedagógico. Este organismo, según mi opinión, sufre notablemente de la antigua tendencia docente por entrelazar en forma muy poco afortunada la educación científica de los estudiantes con la práctica pedagógica. Pero en la frase anterior tenemos que poner énfasis en la expresión «aun hoy día», pues importantes fuerzas y corrientes obran para prepararle a la investigación moderna también en la Universidad de Chile un terreno apropiado.

Ojalá se realice aquí en Chile el giro necesario hacia la investigación sin violentar lo que está establecido tradicionalmente en sus exigencias fundamentales. El que haya seguido hasta aquí con interés la lectura de este trabajo, habrá notado que, a pesar de todo el entusiasmo que hemos manifestado por la investigación pura, no nos hemos dejado cegar en el sentido de no reconocer la necesidad de la doctrina y de la enseñanza, como también de la vida práctica. Hay que precaverse de los cambios demasiado radicales, que no siguen desarrollando orgánicamente lo ya existente, sino que, por el contrario, quieren destruirlo todo de una manera radical. La tentativa que se hizo hace algunos años y que consistía en transformar la Universidad de Chile en Institutos fué, según mi opinión, demasiado radical. Una reforma sólo formal no basta; lo más importante es, por de pronto, la personalidad del investigador, y la organización formal adecuada tiene que ponerse en seguida al servicio de ella. Es bien sabido que tampoco la escuela puede crear el talento; sólo puede desarrollarlo. Hagamos votos para que la Universidad de Chile consiga hacer

surgir de su actual campo de acción verdaderos centros de investigación, por medio de un desarrollo orgánico y un tratamiento cuidadoso de lo existente (1).

VII

En este sentido se han concebido las proposiciones que vienen a continuación. En primer lugar tenemos que volver a combinar los tres tipos de Institutos de Investigación. Ellos corresponden al mismo tiempo a las tres *funciones fundamentales* más importantes de la investigación, de las cuales son manifestaciones.

FUNCIÓN DE LA INVESTIGACIÓN	FORMA ORGANIZADA
1). Investigación pura, como también formar la futura generación de investigadores (educar para la investigación) (2).	Institutos Universitarios.
2). Investigación pura, pero teniendo presente su aplicación en tareas públicas o en finalidades económicas.	<ul style="list-style-type: none"> a) Instituciones científicas del Estado fuera de la Universidad. (Instituciones para el cuidado de la salud pública del país, para la geología del país, etc.) b) Institutos para la investigación industrial y económica.

(1) El plan que se propone aquí se diferencia esencialmente del plan que se implantó pocos años atrás y que se refería a la creación de Institutos Universitarios. Aquel plan tuvo que fracasar a causa de que destruyó el sistema de Escuelas Profesionales legado a la Universidad de Chile por la tradición, sin reemplazarlo por otros organismos administrativos equivalentes. Institutos organizados en forma intensiva y con presupuestos propios son de absoluta necesidad, pero también lo son las Escuelas Profesionales responsables de la formación de los profesionales, que el Estado tiene que exigir de los Institutos Universitarios. Es posible hacer una síntesis de ambos, si la educación puramente científica se entrega a los Institutos, pero no si, por el contrario, se deja a la disposición de las Escuelas Profesionales la admisión a la matrícula y la futura preparación práctica para desempeñar el cargo de profesor, de médico, de ingeniero o de abogado. Aquel que desea trabajar en estos Institutos sin someterse por ello a la matrícula, puede hacerlo siempre que tenga la preparación necesaria, pero no tiene el derecho a un futuro título profesional. Sólo debe poder disfrutar del doctorado, como un título puramente científico.

(2) Se trata aquí sólo de funciones investigadoras, no de la educación profesional, que es también función de las universidades, o del trabajo técnico y práctico mismo, que pertenece al mismo tiempo a las funciones de los institutos del número 2.

FUNCIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

FORMA ORGANIZADA

3). Institutos de investigación pura sin obligaciones pedagógicas ni prácticas.

Institutos libres de investigación. (Institutos auxiliares de G. von Humboldt en un sentido más estrecho; por ejemplo los que pertenecen al Centro Zoológico de Nápoles, a la Carnegie Institution y a la Sociedad Kaiser Wilhelm, etc.)

En este esquema no se mencionan las escuelas profesionales, cuyos miembros se han dedicado también en alto grado a la investigación; pero estos sabios la realizan como una actividad privada y a la cual no están obligados en ningún caso por su puesto oficial. Esta especie de enseñanza superior ha sido considerada en Chile en alto grado, más aun en muchas ramas en forma modelo. De lo que se expondrá a continuación sólo nos interesa el problema de cómo organizar la *investigación* en Chile.

Se comprende que con respecto a esta materia sólo pueden hacerse algunas observaciones muy generales. Así como la vida encuentra por sí misma una fuente de riqueza en creaciones individuales siempre nuevas y típicamente diferentes, en este sentido se manifiesta también la investigación no sólo como un retoño genuino de una vida muy activa, sino como su producción máxima. Luego las indicaciones especializadas sólo pueden comunicarse mediante informes que se refieren a los aspectos específicos y concretos de la investigación. Cada Instituto de investigación se diferencia de los demás no sólo por sus actividades, sino también por su organización. Así también los tres tipos fundamentales que hemos mencionado más arriba sólo en casos muy raros se han realizado en su forma típica absoluta. La mayor parte de los institutos de investigación existentes representan combinaciones de todas o por lo menos de dos de las funciones fundamentales de la investigación, de modo

que por regla general sólo se puede hablar del carácter dominante de una de las tres funciones fundamentales. Hechas estas observaciones preliminares, queremos dirigir nuestra atención a la manera cómo se han realizado en Chile los tres tipos que hemos mencionado.

En primer lugar las *universidades*. ¿Qué *puede y debe hacerse* para preparar en la universidad *un terreno propicio* no sólo para la doctrina sino también *para la investigación*? El principio de esta transformación debe y puede ser, por una parte, el hecho de evitar que las tareas docentes indispensables se sientan afectadas por esta reforma y en segundo lugar que los gastos generales que el Estado destina para la universidad no aumenten esencialmente con ella. Según mi opinión sin duda es posible realizar esto, si la organización *extensiva* de la Universidad que ha existido hasta ahora se hace *intensiva*. Quiero ilustrar estas situaciones con dos ejemplos: uno científico natural y el otro científico espiritual.

En la actualidad por lo menos tres de las grandes escuelas universitarias tienen laboratorios químicos e imparten *más o menos* la misma enseñanza química. Esto sucede en la Escuela de Ingeniería, en la Escuela de Medicina y en el Instituto Pedagógico. Cada uno de los profesores que trabajan en ellas está recargado de un número considerable de clases, de manera que no tiene tiempo en absoluto para hacer investigación propia, a no ser que emplee para ello las horas de la noche, perjudicando gravemente su salud. ¿Por qué no se unen en un solo instituto químico completo estos tres institutos químicos, que en su origen son más o menos iguales? Esto no requeriría del Estado gastos mayores que los exigidos por los otros tres juntos. En lugar de tres bibliotecas poco provistas, que contienen más o menos los mismos libros, podría tener el nuevo instituto una sola biblioteca completa. En vez de enseñar en tres lugares diferentes más o menos la

misma materia, un solo profesor se haría cargo de la enseñanza alternativamente, mientras que los otros dos organizarían entonces cursos especiales superiores. Con esto se conseguiría que cada profesor sólo estuviera a cargo de la enseñanza pedagógica cada tres años, mientras que en los otros dos años se vería libre del recargo de las obligaciones pedagógicas normales, porque tendría que dar menos horas de clase con un número reducido de alumnos más avanzados. Así dispondría del tiempo necesario para realizar sus propias investigaciones en provecho de un comienzo de investigación química en el país. El principio de una separación de la educación científica elemental del establecimiento de cursos especiales correspondientes a las diferentes ramas de la ciencia para aquellas personas que quieran llegar a ser investigadores especializados, sólo puede ser llevado a la realidad sobre esta base. En el sistema actual cada profesor tiene tantas preocupaciones con la educación elemental de sus alumnos, que no dispone de tiempo para organizar cursos especiales. Debemos agregar que, reuniendo las tres instituciones en que se imparte la enseñanza de la química, el número de alumnos que desean seguir esta instrucción especializada justifica la organización de estos cursos. Respecto a la solución que se ha propuesto aquí y que no es la primera vez que la discuten los entendidos, se ha objetado que el número de alumnos que participan en los cursos generales sería tan grande que llevaría forzosamente a la creación de cursos paralelos. A mi parecer esa situación puede remediarse por una parte mediante una selección más severa aun de los candidatos que se admiten para el estudio de la química, pues bien sabido es que después del primer año se elimina un porcentaje considerable de los estudiantes por fracasar en los exámenes finales. Por otra parte, el profesor a cargo del curso general, que comun-

mente comprende 6 horas semanales, no está tan recargado con obligaciones docentes, aunque tenga que impartir dos veces la misma enseñanza, como sucede en las circunstancias actuales que lo obligan a preocuparse de todos los cursos. Además podría objetarse que la enseñanza química que se imparte en las diversas escuelas universitarias que hemos mencionado es muy diferente, de modo que no podría organizarse un solo curso general apropiado para todas. Eso no es exacto desde ningún punto de vista. La práctica que se ha ejercido en Alemania nos revela precisamente lo contrario. Los fundamentos generales de la química son para todas las ramas químicas especiales exactamente los mismos, y una especialización demasiado prematura en una determinada técnica química es perniciosa. Guillermo Ostwald, el principal fundador de la Físico-Química, el anciano y eminente sabio de la ciencia química alemana, caracterizó en cierta ocasión la diferencia esencial que existe entre la enseñanza química alemana y la inglesa, de la manera siguiente. El químico inglés se especializa inmediatamente desde el comienzo de sus estudios en una determinada rama especial de la industria. Pero si repentinamente se introducen en ese mismo campo especial otros métodos, que descansan en principios básicos completamente diferentes que los estudiados por el inglés años antes, entonces éste fracasa o tiene que cambiar de método y empezar sus estudios de nuevo. En cambio, el químico alemán, que empieza con un estudio general de la Química, medita simplemente cuando se le presenta un caso similar en los fundamentos comunes de su ciencia que le son familiares. De esta manera puede seguir inmediatamente con los nuevos métodos en el campo de su especialización. Ostwald opina que los éxitos y el enorme progreso de la industria química alemana, que data desde el año 70 del siglo pasado, se deben en primer término a este

sistema de preparación. Y, por fin, la objeción puramente formal respecto a la solución que se propone aquí, se puede afrontar sin dificultad. Esta objeción consiste en el temor de que los tres profesores con las mismas atribuciones no logren llegar a un acuerdo sobre la dirección del instituto. Los tres son directores del mismo instituto y gozan de las mismas prerrogativas, mientras que la administración económica cambia anualmente y para mayor conveniencia se entrega al que esté encargado del curso general. Disposiciones similares han dado muy buenos resultados en los institutos alemanes y toda persona que alguna vez se haya ocupado de la administración de un instituto científico aceptará con agrado esta disposición de tener que hacerse cargo más detenidamente de estos asuntos administrativos sólo cada tres años, si además quiere dedicarse a la investigación.

El mismo camino que hay que seguir para hacer de la organización extensiva una intensiva puede y debe seguirse en las ciencias espirituales. Sus bibliotecas representan sus laboratorios y a estas debemos agregar a menudo colecciones especiales—cuando se trata de Institutos arqueológicos y de historia del arte—o también laboratorios reducidos, como laboratorios psicológicos y fonéticos; series de discos, etc. También aquí se debe y es menester realizar la misma organización que en las disciplinas científico-naturales.

En la Universidad de Chile se enseña actualmente Filosofía en el Instituto Pedagógico, en la Escuela de Leyes, como también fuera de la Universidad en la Escuela Militar, y si sometemos a nuestra consideración la Historia de la Medicina, que como toda historia de las ciencias, está estrechamente relacionada con la Historia de la Filosofía, podemos agregar aún una tercera escuela en la que se imparte la enseñanza de la Filosofía: la Escuela de Medicina. Luego tenemos también en este dominio una organización

extensiva, que en el caso de unirse todas las fuerzas que actúan en este sentido en un solo Instituto de Filosofía para toda la Universidad, se produciría una intensificación considerable. Del mismo modo se establecerían para cada curso preparatorio determinado—Introducción a la Filosofía, Lógica, Psicología, Ética e Historia de la Filosofía, inclusive la Historia general del espíritu—cursos especiales superiores. Enumeremos en esta ocasión la Filosofía del derecho, inclusive la Sociología y la Historia del derecho para los abogados; Filosofía de la Medicina e Historia de la Medicina para los médicos; Filosofía de la naturaleza e Historia de las Ciencias Naturales para los estudiantes de Matemáticas y de Ciencias Naturales; Filosofía de la cultura (Filosofía de la Historia y de la Sociología) como también Historia de la Cultura, para los estudiantes de Ciencias espirituales; Filosofía del arte (Estética) e Historia del arte para los estudiantes de la Escuela de Bellas Artes; Filosofía de la Técnica e Historia de la Técnica para los estudiantes de la Escuela de Ingeniería; Filosofía de la guerra e Historia de las guerras, inclusive la Sociología y la Psicología de la milicia, para los oficiales. Hoy día todo catedrático en cualquiera de las instituciones mencionadas sólo puede disertar sobre las diversas ramas filosóficas generales y apenas queda tiempo para cultivar los intereses filosóficos especiales, que en el fondo tienen mucho más importancia, pero que presuponen naturalmente la abolición de los principios básicos. Y son precisamente estas ramas especiales las que establecen la unión de la Filosofía con los conocimientos en la especialidad respectiva. La Física experimenta hoy día tal vez la crisis más difícil de su principio de causalidad; la Biología penetra mediante los problemas del vitalismo profundamente en el dominio de los conocimientos filosóficos; en la Medicina actual se discute si se deben seguir las teo-

rías de Hipócrates o si se debe establecer la llamada Medicina a base de las Ciencias Naturales. La Sociología pretende fundamentar las ciencias jurídicas, la ciencia militar, la ciencia de la historia y la lingüística general en principios filosóficos generales completamente nuevos. Siempre vuelve a manifestarse de esta manera la antigua tendencia a crear ciencias de la filosofía. Las ciencias especiales que habían perdido el contacto con la Filosofía cayeron en un estagnamiento espiritual y por fin degeneraron, es decir, fueron relegadas al olvido.

Por esta razón se debería conceder para el mantenimiento de los cursos especiales más arriba citados un vasto campo de acción dentro del ejercicio de las actividades docentes y de investigación de las universidades. Ellos representan la transición, por medio de la cual la enseñanza de la Filosofía se convierte paulatinamente en investigación filosófica. Los mejores trabajos de filosofía y al mismo tiempo los más profundos son hoy día aquellos que se refieren a problemas que conciernen a las materias de las regiones fronterizas. Aquí se discuten problemas que surgen de las tendencias y disposiciones filosóficas del individuo aislado y que son muy fructíferos no sólo para la Filosofía, sino en particular para la investigación especial misma. Basta mencionar en esta oportunidad a Hans Driesch para comprender perfectamente la situación actual de la labor filosófica. En su principio, interesado únicamente en aclarar desde el punto de vista filosófico la Biología teórica, no ha llegado a ser sólo uno de los fundadores de una de las ramas biológicas más importantes de la investigación especial, sino que, partiendo de esa base, llegó a presentar un sistema filosófico de alto valor. Los más grandes filósofos, desde Platón hasta Wundt, no siempre han sido sólo los creadores de sistemas filosóficos nuevos, sino que le han proporcionado al mismo tiempo a la inves-

tigación especial nuevos impulsos básicos fundamentales. De la doctrina de las ideas de Platón surgió la producción científica más grande del pueblo griego, la Geometría euclidiana; Aristóteles, el «maestro de aquellos que saben», según las palabras del Dante, es el fundador de la Biología científica; Descartes y Leibniz crearon al mismo tiempo los fundamentos de las Matemáticas modernas, Spinoza los de la Psicología moderna, etc.

La investigación filosófica de esta índole sólo puede originarse hoy día en un Instituto moderno de Filosofía. Reducir estos cursos especiales a conferencias no llena su misión, éstas constituyen un límite demasiado estrecho para ellos y ejecutan sus actividades en comunidades de trabajo y en seminarios. Pero para trabajar en esta forma se requieren bibliotecas bien provistas, sobre todo se necesitan buenas revistas, como también colecciones histórico-espirituales (cuadros, diapositivos, colecciones de fonogramas, de autógrafos, etc.). Además, para disponer del tiempo necesario que debe dedicarse a los cursos especiales, los profesores no deben preocuparse al mismo tiempo anualmente de la enseñanza de los principios básicos elementales. También aquí se recomienda un cambio anual, de tal manera que los profesores que no tienen a su cargo la enseñanza elemental puedan organizar cursos especiales y realizar en ellos verdadera investigación filosófica.

A base de lo expuesto podemos contestar en forma breve y precisa nuestra pregunta sobre cómo preparar a la investigación un terreno apropiado y perpetuo dentro de las universidades en las que predomina el carácter docente, afirmando: *¡Reemplazad la organización extensiva por la intensiva!*

VIII

Lo que respecta a los otros dos tipos de institutos de

investigación, es decir, aquellos que unen la investigación con la práctica, como también los institutos de investigación propiamente dichos, podemos resumirlo en pocas palabras.

Se subentiende, según lo que hemos dicho anteriormente, que *la organización intensiva* es la única forma adecuada para los *institutos de investigación pura*. Toda labor se ejecuta aquí en comunidades de trabajo, y las horas de clase y conferencias se reducen al *intercambio* de los conocimientos adquiridos por los que se dedican a un mismo problema. Aquel que dirige semejante comunidad de trabajo establece un conjunto determinado de problemas que quiere investigar con sus colaboradores. El problema es considerado entonces en todos los aspectos que puede presentar y se aplican todos los métodos posibles, hasta que por fin se le formula en problemas especiales que se reparten entre los diferentes colaboradores según la afición y la preparación de éstos. Comparando los resultados obtenidos por todos, se controlan los resultados particulares y se señalan nuevos rumbos para continuar con las indagaciones. De esta manera se complementan, se fomentan y se controlan en su trabajo mutuamente los miembros de semejante comunidad de investigación.

Se ve que el individualismo exagerado ha dejado de dominar no sólo en el comercio internacional y en la política universal, sino también en la investigación científica. Más allá del socialismo nivelador y de los trusts que extinguen toda energía creadora, se origina la verdadera comunidad de trabajo, en la que el guía y los que él dirige y encamina en la investigación, se someten voluntariamente a la gran obra y trabajando en ella llegan a ser, de simples individuos, verdaderas personalidades espirituales.

Los institutos de investigación al servicio de problemas prácticos sólo pueden desplegar su actividad

máxima sobre la base de una intensificación de esta índole. Ellos difieren de los institutos libres de investigación sólo en lo que respecta a la elección de los problemas que deben investigar, para lo cual no gozan de entera libertad. Estos les son impuestos más bien por las necesidades de la práctica. Sea que se trate de la confección del mapa geológico de un país, de la elaboración más perfecta y económica de un suero antitóxico, del cultivo de una nueva especie de trigo o del descubrimiento de una nueva hélice para aviones, sólo mediante una gran intensificación del trabajo, bajo la forma de una verdadera comunidad de investigación, se alcanza la mejor realización de la finalidad que se persigue.

Hemos llegado al final de nuestras consideraciones. Nuestra tarea consistía en trazar un bosquejo de la esencia de la investigación y limitar su campo de acción de los fines que persigue la pedagogía y la enseñanza. Hemos podido comprobar que la investigación es una de las expresiones más importantes, tal vez la más trascendental de la vida espiritual moderna.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

BLAISE CENDRARS, EL HOMBRE SINCOPADO EN LA LITERATURA Y EN LA VIDA

París, Diciembre de 1930.

BLAISE Cendrars es el penetrado del «profond au jourd' hui», título que él diera a uno de sus primeros libros. Buceando en el electro-ritmo de la cosmogonía abstracta y en el de la vida objetiva, crea imágenes puras en su primera época y tipos kaleidoscópicos, como *Moravagine* y Bringolf, el héroe de su última obra, en la segunda, los que pasea vertiginosamente por los cuatro puntos de la tierra.

En este *hoy*, en el cual

todo cambia de proporción, de ángulo y de aspecto. En el que todo se aleja y se acerca, se acumula, vive, se afirma y se exaspera. En el que los productos de las cinco partes del mundo figuran en el mismo plato, sobre el mismo vestido, y en el que cada cual se nutre de los sudores del oro en cada comida, en cada beso...

Blaise Cendrars afina al tono de su diapason las quenás indias, las balalaikas rusas y las gaitas zamoranas para cantar el aire de todos los países.

—¿Cuál es la esencia más íntima—le pregunto un día—de este impulso suyo por coger todos los barcos?

—No es ciertamente la evasión romántica—es su lacónica respuesta—. Siendo para mí el mundo una representación, viajar es mi mejor manera de llegar a conocerme. Tal cual una mujer que se estudia prolijamente al frente de su espejo.

Es la reacción natural de un temperamento múltiple y cambiante necesitado de contradictorios escenarios para reflejar

las mil aristas en que se divide. Como un cuadro de Juan Gris. Mirando los paisajes y los seres desde la cubierta de un navío, los ve siempre en perspectiva de alejamiento o cercanía, crecientes o empequeñecidos a voluntad del motor mecánico, a cuyo ritmo va también el suyo humano.

Blaise Cendrars ha creado un tipo de hombre que rebalsa en la vida y un estilo apresurado en el que las escenas, situaciones y paisajes, luchan vertiginosamente por desplazarse. Bringolf es hoy huésped de honor en la Argentina y mañana en Heidelberg. Moravagine tan pronto enseña ritos amorosos a los indios americanos, como va a Moscú en impulso revolucionario. Es el tipo del hombre electrizado por el siglo, y en tal sentido la obra de Blaise Cendrars tendrá la repercusión de todo lo que queda como representación de una modalidad y de una época.

Al confesarme sus influencias literarias tengo en el primer momento un pequeño sobresalto. ¿Baudelaire? ¿Rémy de Gourmont? Pero, ¿qué puede sorprenderme? ¿Es que en su esencia más íntima no es Blaise Cendrars profundamente lírico? Lírico en el impulso y en el apasionamiento espiritual de sus poemas abstractos. En sus novelas y en sus aventuras hay ya un dinamismo más alcanzable.

Congregante de ese grupo intelectual que ha puesto tanta ciencia en vivir como en crear y al cual pertenecieron Lord Byron, Stendhal y Oscar Wilde, Blaise Cendrars anima cuanto toca y da un nuevo color a las palabras. Siendo un hombre casi feo en el silencio, se hace magnético en la expresión y en el sonido. Cine sonoro— despojado de los balbuceos y ya en estado de progreso—nos lleva de la Tour Eiffel al Congo Belga, de aventura en aventura, y de lo objetivo a la metafísica, como en una barca que cruzara el gran lago de Ginebra.

Es el primero de esos «têtes brulées», como él llama a su Bringolf y de cuya serie prepara una presentación. «Tête brulée» privilegiadamente excluida de las taras y de los estigmas, pero de una imaginación arrasadora que lleva a la vida más allá de su línea meridiana. Arrastrado por la lejanía, sin misticismo, marca la tierra con sus pasos. De él se ha dicho que conoce todos los horarios, todos los trenes y las correspondencias, las horas de llegada y de partida, todos los barcos, todas las «taxes». La Europa, la Rusia y las dos Américas. Ha estudiado ciencias, filosofía, medicina y música.

Yo he habitado durante doce años— cuenta entre dos párrafos—en el número 4 de la rue de Savoie, París (VI), pero he tenido siempre, y tengo

aun, muchos otros domicilios en Francia y en el extranjero. El 4 de la rue de Savoie me servía de «dépôt». Venía ahí entre dos barcos, entre dos trenes a vaciar mis maletas, a abandonar un hombre o a consultar un libro. Partía nuevamente despojado, más ligero, la cabeza plena, pero el corazón y las manos libres.

Iniciador importante del movimiento artístico más interesante del presente siglo, ha vivido entre músicos y pintores, apasionándose por uno y otro arte. Ahora está ahí sentado frente a mí en su casa de Hyères y mientras me habla de Morsowsky y Picasso coge un pequeño cuadro que hay sobre una mesa arrinconada y me lo muestra entre triunfante y nostálgico.

—Es un recuerdo de esos años anteriores a la guerra. Lo pinté una tarde en el taller de Adya van Rees, mientras discutíamos sobre cubismo y arte negro.

Es una tela que ha llenado con los colores puros, en tendencia abstracta.

Adya van Rees—holandesa de alma latina y de gran talento—me ha contado a su vez mil anécdotas de esa primera época de lucha y entusiasmo en la que Cendrars daba los grandes pasos iniciales, en un sentido de popularidad.

Era como un niño super-vital, de imaginación maravillosa—dice—. Siempre estaba en la cuerda extraordinaria. Un día nos anunció la lectura de su obra *El Transiberiano*. Llegamos al sitio indicado y nos encontramos en una pequeña pieza no más grande que un vagón de ferrocarril, llena de gente. El manuscrito no tenía un formato muy corriente. Constaba de una sola hoja bastante angosta. Así Ud. puede calcular su largo. Cendrars desenrollaba este papel interminable mientras leía a la luz de una vela. Piense Ud. en todo el interés que despertaría para que los asistentes de pie y apretujados no manifestaran el menor cansancio. Terminada la lectura todos teníamos la impresión de haber hecho de verdad el viaje extraordinario.

Después vino la guerra y Cendrars se fué al frente. Nunca olvidaré ese momento tan penoso de su vuelta. Habitualmente cuando llegaba a casa cogía a mis dos chicos sosteniendo uno en cada brazo. Ese día, uno hubo de quedar en tierra.

Miro ahora su manga que flota en el vacío y recuerdo la respuesta mordaz e inteligente que diera a Maurice Barrès, ante uno de sus desbordamientos de patriotismo vocal y literario, pidiéndole que hiciera una suscripción para comprarle el brazo que fué suyo.

Una vez pagado, y duramente, su tributo ciudadano, abandonó las trincheras para ocupar la tribuna intelectual desde la cual lanzó una serie de nombres que fueron los pilares de la nueva concepción del arte. Ellos deben a Blaise Cendrars gran parte de la comprensión que más tarde encontraron en París. «Si Rimbaud es el alma de la poesía moderna, Blaise Cendrars

es el pulso», ha dicho uno de sus infinitos comentaristas. Y un pulso que late aceleradamente marcado por la sangre precipitada y cálida. La sangre de los fuertes, de los vencedores y de los aventureros. Digo aventurero en su sentido más noble, poniendo sólo el horizonte de telón de fondo.

Mientras me relata sus aventuras en Ultima Esperanza y en el sur de la Argentina, yo lo imagino vestido con jubón de terciopelo, en una carabela del siglo XV, camino de la América, pero sus ojos pequeños parecen burlarse de mí, cual si me hubieran adivinado el pensamiento. «Yo soy un capitán tan solo de este siglo—argumentan reidores—para el cual el aeroplano ya va muy lentamente. Esos señores—descubierto ya su mundo—volvían a sus tierras a morir en paz, silencio y tranquilidad. Yo moriré a bordo de un navío o en una expedición a cualquier polo, sin darme jamás por realizado, y sólo me conformaré abandonar la tierra, el pensar que ¡tal vez! voy a explorar una vez más en lo desconocido.»—MARTAVERGARA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

EL PETRÓLEO PERUANO

EXISTEN personas que creen que el capital extranjero viene a América con una misión caritativa, cristiana. Según ellas debe dársele toda clase de facilidades, abrirle las puertas del país y permitirle que se lleve nuestra riqueza natural, dándonos por muy satisfechos con que dejen unos centavos en pago de salarios, sueldos e impuestos.

El estudio de la industria petrolífera peruana prueba, sin embargo, que las empresas capitalistas extranjeras vienen a América, no sólo para obtener el contralor presente y futuro de un elemento tan esencial en la vida de la industria contemporánea y de una importancia estratégica o militar decisiva, sino también porque obtienen utilidades pingües, que sobrepasan a cualquier otra forma de inversión.

Tales reflexiones adquieren rigurosa actualidad y suma importancia en una época en que el Perú está atravesando por aguda crisis económica, cuando el Estado se encuentra a un paso de la falencia, en momentos en que la pobreza y la miseria se extienden por el país, que, desesperado, busca afanosamente la manera de aumentar sus recursos. No cabe hacerse ilusiones respecto a la posibilidad de una inmediata política impositiva

del petróleo. Las leyes 4452 y 4498 que reglamentan los impuestos han especificado que ellos no podrán ser modificados en veinte años. Un cambio sólo puede esperarse si arriban al poder los hombres de la izquierda peruana, es decir, el Partido Aprista del Perú.

Pero el petróleo no sólo tiene importancia desde un punto de vista estratégico. También tiene importancia dentro de la economía interna del Perú. Según el *Boletín de Minas y Petróleo* (N.º 33) el petróleo significa el 70% de la producción minera del país, que a su vez representa el 68% de la exportación total.

El crecimiento de la producción respectiva ha sido particularmente rápido. En efecto, en 1920, sólo alcanzaba a 373 mil toneladas, con un valor de 25 millones de soles. En 1925 la producción sumaba 1 millón 200 mil toneladas, con un importe de 97 millones de soles. Finalmente, en 1929, se produjeron 1.773,000 toneladas, con un valor de 239 millones de soles. (Boletín de M. y P. N.º 38, Pág. 66.)

En menos de diez años el petróleo se ha puesto a la cabeza de los productos de exportación y constituye, sin duda, la principal riqueza del Perú. La primera consecuencia, de carácter económico, consiste en que semejante situación hace girar la vida hacendaria peruana alrededor de un solo producto. Anteayer era el guano, ayer las gomas, hoy el petróleo. Siempre el Perú, es decir el Estado Peruano, anduvo prendido a una ubre, casi todas las veces flácida, sin procurarse un sistema de alimentación permanente y seguro. El capital petrolero, lejos de vivificar el organismo total de la economía peruana, ha desarrollado exageradamente la industria extractiva correspondiente, deformando el crecimiento del país.

Pero esta distorsión sería perdonable, si de ella se obtuviese un verdadero provecho general. Nada más lejos de la realidad, sin embargo. Vamos a recorrer, ordenadamente, los varios renglones de ingresos que representa para el Perú la industria petrolífera y entonces podremos hacer las deducciones consiguientes. Comencemos por las sumas que se abonan por sueldos y salarios.

Según el N.º 33 del *Boletín de Minas y Petróleos* (Pág. 64), el año 1928 se ocuparon 4,351 obreros en los campos petrolíferos y 1,480 en las refinerías. Los primeros percibieron un jornal de \$ 2.76 al día y los segundos \$ 2.96, o sea, sobre 300 días de tarea anual, un ingreso de 69 y 73 soles al mes. En los campos se emplearon, el mismo año, 2,017 empleados peruanos, con un sueldo promedial de 90 soles al mes. Y en las refinerías, donde hay «técnicos» de nacionalidad norteamericana, los sueldos arrojaron un promedio de 230 soles mensuales.

Si tenemos en cuenta que la región petrolífera, adonde hay que conducir todos los productos de consumo común, es una de las más caras del Perú, nos daremos cuenta de la forma miserable en que viven los empleados y obreros peruanos, padres de familia, sometidos a duras jornadas de trabajo, y recibiendo, como pago, sumas inferiores a 100 soles al mes. La industria petrolífera, en la que obtienen grandes utilidades las empresas extranjeras, mantiene, pues, un régimen semiesclavista del trabajo. Mientras se yerguen los edificios de cemento armado y los tornos de acero, y las fotografías de las modernas maquinarias envanecen nuestra ingenua credulidad, haciéndonos pensar que el Perú es un país muy adelantado, los empleados y obreros nacionales, capital humano del país, sufren una inicua e indigna explotación.

Pero hay más aún. Para muchos observadores superficiales e inexpertos, la industria petrolífera proporciona trabajo a muchas familias peruanas y, por consiguiente, conviene que intensifique su producción a efectos de emplear mayor número de brazos. Nada más inexacto. Según el citado *Boletín*, fuente oficial de la que no cabe dudar, en 1926 se emplearon 10 mil trabajadores. En 1928, habiéndose casi duplicado la producción petrolífera, sólo se necesitaron 7 mil trabajadores. La máquina ha ido sustituyendo, y sigue haciéndolo hoy, el brazo nacional con el mecanismo importado.

Naturalmente ha descendido también el valor total de las sumas pagadas por sueldos y salarios. En 1926 pagaron 8 millones y medio de soles. En 1928 apenas pasaron los 7 millones. Más aún, hay que decir algo fundamental. Estos 7 millones no quedan íntegramente en el país. Por el contrario, como la empresa tiene tantos consumos, en los que obliga a comprar a sus empleados y obreros, cerrándole el paso al pequeño comercio competidor, esos 7 millones son reabsorbidos en buena parte por las empresas que así completan un perfecto sistema de explotación al país. Las cifras pagadas por trabajo no se filtran, no circulan en el Perú. Vuelven a las empresas, convertidas en nueva utilidad.

Veamos, ahora, los impuestos que gravan el petróleo. Digamos, ante todo, que las leyes 4452 y 4498, que los fijan, han incurrido en el delito imperdonable de señalar que ellos no podrían alterarse durante un plazo de veinte años. Claro que esta limitación, puramente formal, no habrá de impedir que el Partido Aprista del Perú cumpla sus propósitos de nacionalización, pero debemos señalar esta dificultad legal, como una de las vallas conscientemente elevadas por el imperialismo, para de-

fender sus intereses, con la complicidad de los venales políticos criollos.

El art. 29 de la ley 4452 (véase *La Legislación Tributaria del Perú*, por A. Thorndike. Pág. 429 y siguientes), fija el primer impuesto, o sea el impuesto por superficie. Según este artículo cada pertenencia petrolífera, que involucra cuarenta mil metros cuadrados, pagará una libra al año mientras no se extraiga petróleo. Al extraerse éste, se disminuirá el impuesto, a razón de un sol por cada tonelada de producción, hasta llegar a diez, situación en la que se pagará cincuenta centavos al año por pertenencia. Debe añadirse que esta escala se rebaja en un cincuenta por ciento cuando se trata de pertenencias ubicadas en las regiones de la sierra y la montaña. Y, lo que es más curioso, el cálculo de producción, para los efectos del pago, se hace sobre el total de la concesión y no sobre cada pertenencia, como unidad. O sea que si una concesión de 10 pertenencias tiene una sola en explotación, que produce más de 100 toneladas, todas las demás no pagan sino la tasa mínima.

Esta clasificación caprichosa—dice el ingeniero R. A. Déustua—hace que paguen canon mínimo pertenencias que no producen nada y que están ubicadas a considerable distancia del centro de explotación. En esa forma—añade el mismo trabajo—existen empadronadas, equivocadamente, 72 concesiones con un total de 644 pertenencias de la firma F. G. Piaggio y 56 concesiones de la Empresa Lobitos, con 7,585 pertenencias, o sea un total de 8,429 pertenencias que abonan anualmente 4,214 soles en vez de 84,290 que deberían abonar. (*Nuevo Ingreso Fiscal. El Comercio*, Lima, 17 Diciembre 1930.)

Tal levedad en los impuestos superficiales ha permitido que la Standard Oil, dueña de la más extensa región petrolera en la montaña, posea hoy nada menos que 105 mil pertenencias, de cuarenta mil metros cuadrados cada pertenencia, por las que paga 20 centavos al año cada una. (Boletín 33. Pág. 14.)

Lógicamente el producto de este primer impuesto no alcanza grandes cifras, y el año 1928 arrojó un total de 646 mil soles peruanos.

Ahora veamos el segundo impuesto, el canon por producción, fijado, según el artículo 31 de la ley 4452, en un 10% del producto bruto si los yacimientos están a menos de 150 kilómetros del mar, y en un 6% en los demás casos. No olvidemos que como 237 mil pertenencias están ubicadas en la montaña, más de la mitad de las concesiones entran en la tasa mínima.

Ahora bien, no he podido hallar, ni en la ley 4452, ni en la 4498, ni en el reglamento respectivo, la forma exacta en que el poder ejecutivo controla la percepción de este impuesto.

Sólo he visto, en el presupuesto de 1930, una partida de 50 libras mensuales para un ingeniero inspector de yacimientos petrolíferos, sin ningún otro empleado más.

Aparte de esta circunstancia, harto sugestiva, persona que merece mi absoluta confianza me ha referido que, en determinada ocasión, fué invitada a pasear por las pertenencias de las empresas yanquis. Generalmente los turistas beben buen whisky, se toman fotos y ríen de las jovialidades de los ingenieros rubios. Pero nuestro amigo, hombre de números y observaciones, ingeniero por añadidura, se dedicó a calcular la capacidad de los tanques receptores y, por ende, la producción real de la empresa. Descubierta en tal tarea, fué inmediatamente invitado a abandonar la zona. Pero ya el observador había comprobado que las cifras verdaderas son muy superiores a las cifras confesadas al Gobierno como base para la percepción del impuesto.

No olvidemos, pues, que la primera burla al impuesto del 10 o 6% consiste en el engaño en cuanto a las cifras de producción. Pero hay cosas mucho más graves. El art. 32 de la ley 4452 faculta al Ministerio de Fomento a cobrar en efectivo el canon por producción, tomando como base el precio medio de venta en la ciudad de Lima. Como, según los cálculos del Ministerio, la producción petrolífera tuvo, en 1928, un valor de 224 millones de soles, el impuesto debió dar 22 millones 400 mil soles, si todos los pozos estuviesen en la costa, o 13 millones 440 mil soles, si todos los pozos estuviesen en la montaña. La cifra real está muy lejos de este cálculo. El impuesto de 10% o de 6% sólo dió al Estado la ridícula suma de un millón 158 mil soles. (Boletín, N.º 33. Pág. 11.)

Y es que, en realidad, hay una empresa que no paga este impuesto. Nos referimos a la sociedad norteamericana La Brea y Pariñas, filial de la Standard Oil, que, defendidas por abogados del civilismo peruano, y mediante la compra de votos en el Congreso y toda clase de coerciones diplomáticas, obtuvo que el Tribunal de La Haya, en 1922, la liberara del canon por producción, fijándole un impuesto único de 3 libras peruanas por pertenencia en trabajo y 1 libra por las restantes.

Naturalmente que esta empresa es la mayor productora. En 1927 ella sola absorbió el 76.70% de la producción total de petróleo y en 1928 el 79.20%. (Boletín citado, pág. 21.) Si tomamos como base el precio de 1.30 por barril, según calcula el Ministerio de Fomento (Boletín citado, pág. 7), y dada la producción de La Brea y Pariñas, ésta tuvo un valor de 123 millones y medio de soles. Como los yacimientos, por su distancia del mar, debían pagar la regalía del 10%, el impuesto debió

ser de 12 millones 350 mil soles. Con el canon superficial que también le corresponde, el total se acerca a los 12.400,000 soles.

La Brea y Pariñas, sin embargo, sólo pagó, en total, 71,861 soles, es decir menos del 6% del impuesto que debió abonar. La defraudación al Fisco, en 1928, representa, pues, 12.330,000 soles.

El último impuesto que pesa sobre el petróleo, que tan bien los libra por cierto, es el de exportación, señalado por ley 4498 en \$ 3.50 la tonelada métrica. La ley no se ha detenido en fijar una tasa extraordinariamente modesta, sino que, en su artículo 2.º, declara que ese impuesto no podrá ser aumentado en un plazo de veinte años a partir de la fecha de promulgación. (1.º de Marzo de 1922. Véase *Legislación Tributaria del Perú*, por A. Thorndike. Pág. 438.)

Hemos revisado el régimen impositivo del petróleo y comprobado, con cifras irrefutables, cómo se burlan esas tímidas leyes. Ahora debemos añadir que el impuesto progresivo sobre la renta, creado por ley de 11 de Diciembre de 1926, exceptúa en su artículo 2.º a «las sociedades agrícolas o mineras que paguen derechos de exportación». (A. Thorndike. Ob. cit. Pág. 504.) Más adelante, al hacer un cálculo de utilidades, observaremos si esta excepción se apoya en una razón de justicia o en una grosera complicidad con las empresas imperialistas explotadoras del Perú.

Sólo corresponde añadir que, en todo tiempo, el capitalismo petrolero ha disfrutado de gran influencia en las altas esferas oficiales. Aunque por ley 4452 se estatuyeron zonas de reserva para el Estado, las empresas obtuvieron que se les cediera su explotación (B. de M. y P. N.º 29. Pág. 100). También consiguieron que la gasolina consumida en sus refinerías se librase del impuesto que pesa sobre la que se consume en el país. Por otra Resolución Suprema se libraba de impuestos al petróleo suministrado para los barcos que tocasen en puertos peruanos. (A. Thorndike. Ob. cit. Pág. 446.)

Más curioso aún es señalar esta contradicción: que la gasolina peruana se venda más cara en el Perú que en los países adonde es exportada. Según la Estadística del Comercio Especial del Perú para 1929 (Pág. 393) se exporta gasolina a Holanda (68 millones de litros) y a la Argentina (18 millones de litros), por ejemplo. Pues bien, según cálculos publicados por *La Prensa* de Buenos Aires (27 de Abril de 1930), el litro de gasolina cuesta 16.8 centavos en Holanda y 20 centavos en Argentina. Cuando estuve en Perú (Diciembre de 1930) la gasolina costaba 28 centavos el litro.

Es hora de balancear en este trabajo. Ya hemos visto cómo el capital petrolero conduce a la monocultura; cómo explota inhumanamente a los empleados y obreros peruanos, en sueldos, salario y jornada; cómo los sustituye con máquinas; cómo burla los impuestos y cómo evita pagarlos; cómo domina, en fin, mediante el cohecho o la amenaza, todos los resortes del Estado. Ahora veamos cuáles son las utilidades del Estado y cuáles las utilidades imperialistas.

El ingeniero Déustua, en su trabajo citado, calcula que «el costo de la tonelada de petróleo crudo, y sus gastos de transporte del Perú al Canadá o a cualquiera de las refinerías de los Estados Unidos, puede estimarse aproximadamente en 20 soles». Más adelante añade que el valor comercial es de 158 soles la tonelada, cálculo en el que coincide con el Ministerio de Fomento.

Como la producción petrolífera, en 1928, arrojó 1,591 mil toneladas de petróleo bruto, su costo es de 31,831 mil soles y su valor de 108,200 mil soles. La utilidad neta de las empresas, sólo en petróleo crudo, sin contar los destilados, es de 76.400,000 soles, o sea el 70% del presupuesto del Perú.

Hagamos una comparación. Sumando lo que se paga a los empleados y obreros, aun teniendo en cuenta que ese dinero se reabsorbe, con los otros producidos por los impuestos, veremos cuánto queda en el Perú.

He aquí el esquema:

1928	
Salarios y sueldos.....	S. 7.000,000
Canon superficial.....	646,000
Canon producción.....	1.156,000
Derechos exportación.....	4.400,000
Derechos importación de maqui- narias petrolíferas.....	2.100,000

Total dejado por las empresas petrolíferas en el Perú: 15 millones 302 mil soles.

Utilidades extranjeras, sólo por petróleo crudo: 76.400,000 soles.

No puede concluir este análisis somero sin una proposición concreta. El Partido Aprista del Perú propugna en su programa la nacionalización de la industria petrolífera, o sea su monopolio y administración por el Estado. No es el momento de discutir cuáles serán los medios para realizar este fin, pues ellos dependen de las perspectivas político-históricas que nos toque vivir, pero señalamos la finalidad. A ella puede llegarse mediante

un cambio en el régimen impositivo, mediante una participación del Estado, mediante una indemnización que evite los riesgos graves de la intervención armada, y teniendo en cuenta que el total de las instalaciones no pasa de 150 millones de soles, o, finalmente, mediante una severa acción reivindicatoria.

El aprismo ha de procurar, y conseguir, que el Estado peruano antimperialista, como representación de las clases productoras del país, obtenga para el Perú y los peruanos las utilidades petroleras que hoy se llevan los capitalistas extranjeros, en connivencia y con el apoyo de los políticos venales y serviles que aún rigen el Perú.—MANUEL SEOANE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

ORTEGA Y GASSET Y LA UNIVERSIDAD

1.—A MANERA DE INTRODUCCIÓN

LOS problemas de la cultura preocupan, de manera casi dramática, a los pensadores que pretenden indicar el sentido de la evolución contemporánea. Cualquier análisis de la actualidad llega inevitablemente a un resultado desolador: el mundo occidental del presente carece de auténticos valores espirituales, el hombre y la sociedad de hoy viven en un caos, entregados al frenesí de una civilización mecánica.

Si admitimos en su fría y magnífica amplitud la tesis spengleriana y, con ella, la aceptación y afirmación de la vida tal como es en su patética verdad, no cabe dolerse de los fenómenos actuales. Vivimos en un período de civilización, no en un período de cultura, y lo que ayer aún era posible, hoy no es, cuando menos, necesario, como escribe el teórico de la decadencia de Occidente.

Sin embargo, son numerosos los medios propuestos para remediar en algo los defectos que, con singular unanimidad, se atribuyen a nuestra época. Desde los más opuestos puntos de vista, se insinúan soluciones, las cuales tienen todas el vicio común de su procedencia: viniendo de especialistas, de espíritus orientados hacia una inveterada perspectiva, son soluciones mezquinas, teñidas de particularismo, inadecuadas para abarcar la confusa totalidad viviente.

Así, los temperamentos religiosos imaginan que todo el mal-estar del mundo se debe a la pérdida de fe en las potencias cósmicas, sin reparar en que esa falla del alma contemporánea

es un síntoma y no una causa de nuestra pobreza espiritual; el economista, por su parte, mira el problema a través de las formas del capitalismo, culpando a las imperfecciones del sistema de producción y reparto de la riqueza, de la trágica tensión de las fuerzas históricas; a su turno, el político atribuirá los más complejos fenómenos a una simple cuestión de técnica administrativa y de organización de los poderes del Estado. Y así otros...

Pero, tal vez el especialista que con más petulante frecuencia se considera en el eje del problema es el pedagogo. Hay una verdadera superstición pedagógica, a cuya luz—o a cuya sombra—las posibilidades de conjurar la crisis del mundo moderno residen en los organismos educacionales. Que sólo el pedagogo llegara a esta estimación absurda de su poder sobre la realidad no tendría nada de extraño, aunque sí mucho de ridículo; pero es el caso que amplios sectores de la sociedad creen lo mismo y exigen, en forma a veces perentoria, una modificación de los institutos docentes que ponga a éstos en situación de llevar a término lo que un romántico llamaría «la renovación del género humano».

Tiene que ser, pues, de vivo interés oír, en medio de la garrulería pedagógica, las palabras de un hombre que sin la fe cándida del especialista, enfrenta un problema docente con estricto criterio de realidad, despojándolo de todo vagaroso decorado retórico. Es el caso de Ortega y Gasset, quien a petición de los estudiantes dió en Madrid una conferencia sobre la *Misión de la Universidad* en la que trató cuestiones y señaló rutas que valen un amplio comentario por sus relaciones, muy estrechas y muy oportunas, con las cosas similares de nuestro ambiente.

2.—LA TENDENCIA A LA IMITACIÓN

Al encontrarse en presencia del problema de la enseñanza superior y al sentir la urgencia de resolverlo, todos dirigen la vista, en busca de sugerencias y modelos, a las grandes universidades de Europa. Nadie intenta plantear la cuestión en sus términos nacionales, en su relación con la sociedad a la cual la Universidad sirve y ha de servir. Se estudia el problema universitario en abstracto, desligando sus múltiples fases de las peculiaridades de ambiente que dan original e intransferible vitalidad a las instituciones.

Y luego, el especialista tiene a mano siempre un acervo de argumentos que convencen a los espíritus superficiales, es decir,

a las mayorías, a la democracia. Afirman, por ejemplo, que Inglaterra debe la disciplina de sus grupos sociales, la eficacia de sus instituciones políticas y la voluntad emprendedora de su juventud a la índole de sus colegios secundarios, lo mismo que la grandeza de Alemania, los avances de su ciencia y la cohesión de sus fuerzas nacionales son el producto de sus estu-
pendas Universidades. Y repiten las viejas frases del siglo XIX—del siglo de «las luces»—: «La batalla de Waterloo fué ganada por los campos de juego de Eton.» «La guerra del 70 es la victoria del maestro de escuela prusiano y del profesor alemán.»

Error fundamental este de reducir el proceso biológico y cultural de una nacionalidad a simple producto de técnica educacional más o menos discutible.

Ciertamente—anota Ortega y Gasset—cuando una nación es grande es buena también su escuela. No hay nación grande cuya escuela no sea buena. Pero lo mismo debe decirse de su religión, de su política, de su economía y de mil cosas más. La fortaleza de una nación se produce íntegramente. La escuela, como institución normal de un país, depende mucho más del aire público en que íntegramente flota que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros. Sólo cuando hay ecuación entre uno y otro aire la escuela es buena.

La escuela secundaria inglesa y la Universidad alemana son eficaces porque actúan en un medio colmado de propicias virtudes biológicas, sin las cuales, como meras instituciones, carecen de valor. Afirma Ortega y Gasset—con gran conocimiento y autoridad, pues les debe las cuatro quintas partes de su formación intelectual—que las Universidades alemanas son, como instituciones, deplorables. La aptitud científica es propia de la raza, y la atmósfera espiritual de la nación está pletórica de incitaciones que «suplen los defectos garrafales de su Universidad». Esta afirmación, viniendo de uno de los más activos vulgarizadores de las ideas alemanas, no es sospechosa de hostil parcialidad.

Hay, en suma, una adecuación entre la institución docente—escuela, liceo, Universidad—y el medio social. Mientras más fielmente indentificadas estén ambos, mejor será la calidad de los resultados. Y he aquí la falla sustantiva de las imitaciones: es posible trasladar, imitar, la institución en lo que ésta tiene de estético, de formal, pero lo que le da sentido y eficacia, espíritu, sólo le anima cuando está arraigada al medio histórico que la ha generado. Al imitar, imitamos lo externo: estructura, reglamentaciones, etc.; el contenido vital de una insti-

tución es parte integrante de una realidad colectiva. Es, por eso, intransferible.

Una actitud realista, de auténtica sumisión al propio problema, tiene que ser el punto de partida de toda reforma fructífera.

No censuro que nos informemos mirando al prójimo ejemplar; al contrario, hay que hacerlo; pero sin que ello pueda eximirnos de resolver luego nosotros originalmente nuestro propio destino. Aunque fuésemos todos—hombres o países—idénticos, sería funesta la imitación. Porque al imitar eludimos aquel esfuerzo creador de lucha con el problema, que puede hacernos comprender el verdadero sentido y los límites o defectos de la solución que imitamos.

3.—FINES DE LA UNIVERSIDAD

Dos son los objetivos primordiales que trata de alcanzar la Universidad española: la formación de profesionales y el desarrollo de la investigación científica. Lo primero es fácil de lograr; lo segundo presenta dificultades considerables. Sin embargo, actualmente, las reformas que se planean para la Universidad peninsular están inspiradas en el propósito de acrecentar el trabajo de investigación, poniéndolo en esto al nivel de las otras Universidades europeas. Nadie parece percatarse de que la investigación científica, floreciente y admirable en muchos Institutos superiores de Europa, no es el resultado de disposiciones administrativas o de técnicas docentes, sino la manifestación de fuertes vocaciones y capacidades individuales. El espíritu científico, necesario para toda constante y fecunda labor investigadora, no es algo que se pueda crear a voluntad, mediante esfuerzos del profesorado o aplicación de métodos novísimos.

Por lo demás, la investigación científica, que no pocos consideran consubstancial a la idea de Universidad, sería un desastre practicada por todos o, simplemente, por muchos estudiantes. La Sociedad necesita de numerosos profesionales, bien adiestrados en sus técnicas, capaces de cumplir convenientemente las funciones que les están encomendadas; pero no pide en igual proporción hombres de ciencia. La ciencia pura requiere disposiciones, talentos y virtudes que sólo se dan por excepción en los individuos. Por eso la alta ciencia, la desinteresada investigación tienen un carácter hermético y aristocrático. No se concibe la sutileza y el fervor de una seria labor investigadora en la muchedumbre juvenil que frecuenta las aulas universitarias en busca de un título.

Por otra parte el sabio es, salvo escasísimas excepciones, un

ejemplar de humanidad que, en ningún caso, puede elevarse al rango de modelo. Con su vida encauzada hacia una finalidad desconoce, por lo común, la vida, y esa pobreza de experiencia hace de él, frecuentemente, un candoroso excéntrico, cuando no un egoísta detestable. Ahora bien, si la Universidad no puede ni debe tratar de hacer de sus alumnos sabios, hombres de ciencia, investigadores, debe, en cambio, esforzarse porque sean hombres cultos, conocedores de su época. Cada época, anota Ortega y Gasset, tiene un sistema de ideas dominantes, una concepción del mundo y del destino que expresa la actitud de su alma. Ese sistema de ideas relativas a los problemas profundos de la existencia constituye la cultura. Poseerlas es ser hombre culto.

Para el hombre de la Edad Media la cultura era la teología; de ella extraía sus convicciones sobre el mundo, sobre la vida, sobre sí mismo; ella le daba en medio de la oscura realidad caminos seguros—métodos—que lo llevaban a fines trascendentales. Más tarde ya no es el teólogo el hombre culto. Deja de estar a la altura de su época. Las búsquedas del pensamiento se han apartado del ancho camino que partiendo del corazón del hombre conducía hasta Dios. Anarquizado y emancipado por el racionalismo, el espíritu occidental se va apartando, poco a poco, de las especulaciones metafísicas y termina por entregarse de lleno a la conquista técnica de la naturaleza. Aparecen el hombre de ciencia, los métodos experimentales. Los fenómenos se agrupan en series y se estudian hasta el agotamiento. Se multiplican las ciencias, cunde el especialismo, decrece la cultura.

Durante el siglo pasado y lo que va corrido del actual se ha desarrollado en Occidente lo que llama acertadamente Ortega y Gasset la *barbarie del especialismo*. El campo de la ciencia pura se encuentra parcelado, lo mismo que el trabajo social. El sabio y el experto representan los dos aspectos—el espiritual y el técnico—de un mismo fenómeno de civilización: la racional mecanización de la vida y del trabajo. Así como el experto desconoce casi siempre el total funcionamiento de la maquinaria o de la empresa a que sirve en una función circunscrita, el especialista de una ciencia ignora la estructura espiritual de su época: es un inculto, un bárbaro. Estos son, hoy día, los tipos dominantes.

Y el mundo occidental se pierde por falta de minorías cultas capaces de ejercer el mando, es decir, de organizar y dirigir la vida.

El profesionalismo y el especialismo, al no ser debidamente compensados,

han roto en pedazos al hombre europeo, que por lo mismo está ausente de todos los puntos donde pretende y necesita estar. La gran tarea inmediata tiene algo de rompecabezas. Hay que reconstruir con los pedazos dispersos la unidad vital del hombre europeo. Es preciso lograr que cada individuo o—evitando utopismos—muchos individuos lleguen a ser, cada uno por sí, entero ese hombre. ¿Quién puede hacer esto sino la Universidad?

4.—HAY NECESIDAD DE HOMBRES CULTOS

El mundo occidental—nuestras sociedades—necesita hombres cultos, y la Universidad debe contribuir a formarlos. Pero ¿no los forma? Entonces esos médicos, esos abogados, esos ingenieros, esos profesores que anualmente abandonan las aulas ¿no son hombres cultos? La Universidad les ha enseñado algo de Filosofía y de Historia—hablamos de España; aquí ese algo se les enseña a los profesionales, salvo a los profesores—, les ha proporcionado cierta «cultura general». Resalta la torpeza de la expresión oficial. Como dice muy bien Ortega y Gasset, «cultura referida al espíritu humano—y no al ganado o a los cereales—no puede ser sino general».

Pero esas vagas, inconexas y ornamentales nociones sobre asuntos de filosofía o de historia, a veces mero ejercicio de repetición de anacrónicos manuales, no constituyen cultura. Los jóvenes universitarios egresan en perfecta virginidad cultural y entran a la vida activa con su bárbaro exclusivismo profesional. Creen pertenecer a la clase distinguida, directora de la sociedad, porque tienen en su despacho un diploma universitario con timbres del Estado. Encajonados en su especialidad, conocen sólo un aspecto de la realidad y son, por lo tanto, ineptos para dirigir la evolución colectiva. Sin embargo lo pretenden y fracasan, porque la política es, superiormente hablando, cultura, disciplina de integración, de totalidad, y no subalterno menester de especialistas que son únicamente especialistas.

El especialista, el profesional viven ajenos a los problemas de la compleja actualidad, incapaces de abarcar el panorama del presente.

Y de esa barbarie inesperada, de ese esencial y trágico anacronismo tienen la culpa sobre todo las pretenciosas Universidades del siglo XIX, las de todos los países, y si aquélla, en el frenesí de una revolución las arrasase, les faltaría la última razón para quejarse. Si se medita bien la cuestión se acaba por reconocer que su culpa no queda compensada con el desarrollo, en verdad prodigioso, que ellas mismas han dado a la ciencia. No seamos *paletos* de la ciencia. La ciencia es el mayor portento humano; pero por encima de ella está la vida humana misma que la hace posible—de aquí que un crimen contra las condiciones elementales de ésta no puede ser compensada por aquélla.

Para el servicio y mejoramiento de la vida contemporánea se impone, como algo impostergable, el trabajo de activas minorías disciplinadas por la cultura: minorías en quienes se unan la auténtica voluntad y la comprensión de nuestro tiempo. La Universidad debe seleccionar y capacitar a los mejores, dotándolos de síntesis ideológicas en que se resuma el estado actual, la peculiar actitud de la época, ante los grandes problemas vitales.

El señor que dice ser médico, o magistrado, o general, o filólogo, u obispo—es decir, que pertenece a la clase directora de la sociedad—, si ignora lo que es hoy el cosmos físico para el hombre europeo es un perfecto bárbaro, por mucho que sepa de sus leyes, o de sus mejunges, o de sus santos padres. Y lo mismo diría de quien no poseyese una imagen medianamente ordenada de los grandes cambios históricos que han traído a la Humanidad hasta la encrucijada de hoy (todo hoy es una encrucijada). Y lo mismo de quien no tenga idea alguna precisa sobre cómo la mente filosófica enfrenta al presente su ensayo perpetuo de formarse un plano del Universo, o de la interpretación que la biología general da a los hechos fundamentales de la vida orgánica.

Según Ortega y Gasset, la Universidad debe cumplir, en primer lugar, con la altísima misión de transmitir la cultura a la juventud. Su segunda función sería la enseñanza de las profesiones. Sólo en último término coloca la investigación científica y la educación de nuevos hombres de ciencia, dado que se trata de una actividad de excepción, posible en forma seria e integral a una mínima parte de los estudiantes. Para el cumplimiento de la misión fundamental de la Universidad, Ortega y Gasset propicia la enseñanza de las grandes disciplinas culturales, que son:

- a) Imagen física del mundo (Física).
- b) Los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología).
- c) El proceso histórico de la especie humana (Historia).
- d) La estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología).
- e) El plano del Universo (Filosofía).

Naturalmente estas disciplinas culturales han de ser estudiadas en lo que tienen de esencial y en forma sintéticamente comprensiva. Pongamos un caso: para apreciar la imagen física actual del mundo y comprenderla en sus radicales lineamientos, no es preciso dominar íntegramente las bases matemáticas de la Física.

Hay diferencia entre una disciplina cultural, esto es, vital, y la ciencia correspondiente de que aquella se nutre. En la «Facultad» de Cultura—nombre que da Ortega y Gasset al conjunto de cátedras en que se enseñen las disciplinas enumeradas—no se explicará Física según ésta se presenta a quien va a

ser de por vida un investigador físicomatemático. La física de la Cultura es la rigurosa síntesis ideológica de la figura y funcionamiento del mundo material, según éstas resultan de la investigación física hecha hasta el día.

Y así, en las demás disciplinas culturales.

Para el caso de la imagen física de la materia, hay inmediatamente una objeción: la física moderna es eminentemente matemática, de manera que mal podría comprenderla quien no estudie matemáticas superiores. Ortega y Gasset contesta muy agudamente esta objeción, aparentemente válida. Dice:

Yo quisiera que el lector se hiciese bien cargo de la tragedia sin escape que para el porvenir humano representaría el que eso fuese cierto. Una de dos: o para no vivir ineptamente, sin noticia del mundo material en que nos movemos, tendrían todos los hombres—*vellis nolis*—que ser físicos, que dedicarse a la investigación, o resignarse a una existencia que por una de sus dimensiones sería estúpida. Frente al hombre corriente se colocaría el físico como un ser dotado de un saber mágico, hierático. Ambas soluciones serían, entre otras cosas, ridículas.

5.—RACIONALIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA

De una vez por todas, hay que hacer girar la enseñanza en torno al estudiante. Sólo debe enseñarse lo que éste puede convenientemente aprender y no perpetuar una absurda mistificación, desarrollando vastísimos y difusos programas de los cuales apenas si una mínima porción es aprovechable para la vida. Un criterio de estricta economía se impone en la selección de las materias de enseñanza.

La enseñanza está condicionada por la capacidad de aprender que posee límites insalvables. Si la vida humana se prolongase normalmente y en el pleno goce de sus complejos recursos de aprendizaje más de una centuria, es claro que la cantidad de materias que un hombre medio podría asimilar aumentaría extraordinariamente. Pero este no es el caso y la ciencia pedagógica es nada más que un resultado de la necesidad de escoger entre el enorme material del conocimiento aquello que es indispensable.

Durante las épocas primitivas, preculturales, la capacidad humana de saber supera en mucho al saber acumulado, que se reduce a fórmulas tradicionales; no hay entonces, propiamente, pedagogía; pero esa desproporción se va atenuando a medida que se desarrolla el proceso histórico y llega un momento en que se invierten los términos: mientras el saber alcanza dimensiones portentosas, la capacidad humana de aprender permanece invariable. Surge entonces la urgencia de una técnica de la

enseñanza, de una pedagogía. Y cuando la desproporción entre el material de ciencia y la aptitud del espíritu alcanza, como hoy día, una forma extrema, se impone una racionalización de la enseñanza.

Insiste Ortega y Gasset en la necesidad de que la Universidad sea una prolongación institucional del estudiante. Planes de estudio, programas, métodos, todo debe partir del estudiante, de su capacidad de aprendizaje, de su conveniencia cultural y profesional. Para lograr que la Universidad lleve a término acertadamente su misión, hay que despojarla de todo aparato superfluo, de todo recargo decorativo de materias; hay que proceder de acuerdo con las escasas posibilidades de la realidad, desoyendo las solicitaciones del utopismo que es ignorancia radical o radical insinceridad.

Ortega y Gasset concreta la misión primaria de la Universidad en esta forma:

1) Se entenderá por Universidad *stricto sensu* la institución en que se enseña al estudiante medio a ser un hombre culto y un buen profesional.

2) La Universidad no tolerará en sus usos farsa alguna; es decir, que sólo pretenderá del estudiante lo que prácticamente puede exigírsele.

3) Se evitará, en consecuencia, que el estudiante medio pierda parte de su tiempo en fingir que va a ser científico. A este fin se eliminará del torso o *mínimum* de estructura universitaria la investigación científica propiamente tal.

4) Las disciplinas de cultura y los estudios profesionales serán ofrecidos en forma pedagógicamente racionalizada—sintética, sistemática y completa—, no en la forma que la ciencia abandonada a sí misma preferiría: problemas especiales, «trozos» de ciencia, ensayos de investigación.

5) No decidirá en la elección del profesorado el rango que como investigador posea el candidato, sino su talento sintético y sus dotes de profesor.

6) Reducido el aprendizaje de esta suerte al *mínimum* en cantidad y calidad, la Universidad será inexorable en sus exigencias frente al estudiante.

6.—OTROS ASPECTOS DEL PROBLEMA

Pero, además de lo anterior, la Universidad tiene que preocuparse de la ciencia que es, como el mismo Ortega y Gasset lo dice, el alma de la Universidad. Sin el acicate de renovación constantemente alerta, de la ciencia sobre la enseñanza superior, ésta no tardaría en degenerar en rígido escolasticismo, juego de caducas fórmulas, de ideas desprovistas de eficacia vital.

Para beneficio de ambas, conviene no confundir la enseñanza superior con la investigación científica: la primera recibe los aportes de la segunda, se vitaliza y renueva con ellos, adquiere el tono de actualidad que necesita. Es preciso que en torno a la Universidad—al núcleo cultural y profesional—se

abran laboratorios y seminarios donde las ciencias puras y especializadas prosigan su búsqueda incesante. Ahí han de ir aquellos—profesores y alumnos—que se sienten impelidos por una vocación firme. Y de ahí emanarán sugerencias e incitaciones que mantendrán en actividad de estudio y superación a los profesores de la Universidad.

La Universidad es distinta, pero inseparable de la ciencia. Yo diría: la Universidad es, *además*, ciencia. Pero no es un *además* cualquiera—agrega Ortega y Gasset—y a modo de simple añadido y externa yuxtaposición, sino que la Universidad tiene que ser antes que Universidad, ciencia. Una atmósfera cargada de entusiasmos y esfuerzos científicos es el supuesto radical para la existencia de la Universidad.

El punto de vista del pensador español es claro: la Universidad como institución debe formar sencillamente hombres cultos y profesionales competentes. La ciencia es irreglamentable, prospera en un ámbito de espontaneidad y de esfuerzos individuales. Sobre ella, sobre sus resultados, se apoya la enseñanza superior.

Pero hay, además, otro aspecto del problema universitario, casi siempre descuidado en la realidad cotidiana, aunque no en los discursos y programas: la Universidad necesita estar sumergida en la atmósfera del tiempo, en la inquieta actualidad. Las ideas, los anhelos, las congojas, los problemas, los movimientos todos del alma nacional deberán encontrar en ella un eco oportuno. Para cumplir su destino de eficacia, toda institución tiene que seguir el ritmo de su época. De lo contrario se anquilosa, se convierte en obstáculo. Si la Universidad se encierra en sus muros, sin contacto con los densos problemas actuales, deja de servir a la colectividad.

Cumple a la Universidad ejercer un grave magisterio espiritual. La vida pública necesita ser dirigida, orientada; la masa, entregada a sí misma, cae inevitablemente en la anarquía. Y es el caso que ahora no tienen casi valor ni influencia los antiguos poderes espirituales de la sociedad: la Iglesia, porque no responde al espíritu del siglo; el Estado, porque con el triunfo de la democracia está dirigido moralmente por las muchedumbres que pretende políticamente dirigir. Para reemplazar a estos poderes tradicionales, se ha presentado en el primer plano la Prensa, cuya acción, al servicio de los más opuestos intereses, es determinante en la orientación del espíritu público.

La importancia de la Prensa como poder directivo de la conciencia pública es uno de los aspectos de la mentira democrática

que ha tenido más funestas resultados en la historia contemporánea.

Pretende ser el vocero de la opinión colectiva, es decir de las pasiones multitudinarias, de las ideas chabacanas, de los gustos descastados. Y, en este sentido, lo es amplia y lamentablemente. Pero es algo más: es un maravilloso aparato de dominio espiritual, manejado por las minorías financieras, por los poderes imperialistas que precipitan los conflictos materiales de la civilización: las crisis industriales y bursátiles, la desocupación obrera, las guerras, las intervenciones colonizadoras, etc. Mientras las democracias votan, las plutocracias gobiernan. La Prensa extiende sobre el mundo moderno una pavorosa red de mentira.

El sitio que tiene indebida y perniciosamente la Prensa debiera ocuparlo la Universidad.

Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio—cultural, profesional y científico—. De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto *ad usum delphinis*, sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un *poder espiritual* superior frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad o la franca estupidez. Entonces volverá a ser la Universidad lo que fué en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea.

Con estas palabras termina el breve folleto de Ortega y Gasset, denso de sugerencias interesantes para los que en nuestro país se preocupan de los problemas de la cultura y del porvenir de la Universidad.—EUGENIO GONZÁLEZ R.

DESVERGÜENZAS LITERARIAS. EL PROLOGO

JOAQUIN Edwards Bello escribió el prólogo de un libro chileno publicado recientemente. En él se las da de oficiante en no sé qué óleos y conversa con el catecúmeno del siguiente modo:

Todo en ti dice al escritor: tienes espíritu crítico, posees la triste manía del análisis. Pero he de decirte con sinceridad que tu palabra, tu persona, es un libro más interesante y produce mejor impresión que tu novela, tu primera novela.

A juicio nuestro, tales palabras en buen romance vienen a significar poco más o menos: eres un buen muchacho, pero por favor no escribas y menos publiques lo que escribas. No lo

entendió así el escritor novel, que lanzó su obra al mercado, enarbolando como un gallardete de triunfo, como un salvoconducto, el prólogo epigramático. El resultado de esta aventura ha consistido en un acuerdo universal; por desmedrada y falta de relieve que sea la persona del autor siempre ha de despertar mayor interés que su novela. Esto apenas y lleva a reflexionar acerca de prologuistas y prologados.

Es necesario tener en cuenta el religioso afán con que un muchacho concibe y traza el esquema de su primer libro. El fervor con que escribe cada página. La angustia con que espera el veredicto de la crítica. La saña implacable con que se entrega a la lectura privada de su obra, antes de que esta salga a la circulación, deseoso de lograr un anticipo del juicio que ella va a merecer. Y la tenacidad con que algunos persiguen las cuatro palabras de presentación que estiman indispensables. Bien es verdad que esto último sólo se produce en el caso de aspirantes a literatos, cuya mediocridad puede equipararse a la gente del mundo social que solicita invitaciones a las fiestas, como si el no figurar en ellas les acarrearía grave perjuicio.

En esta oportunidad cabría divagar acerca de la diferencia entre ambiciosos y vanidosos que señala Ricardo Baeza. Las gentes que aspiran a realizar una obra y aquellas otras que se contentan con figurar como si la hubieran realizado. Los autores que aspiran a causar asombros. Y los que compran a precio de oficiosidades, invitaciones y majaderías, la etiqueta correspondiente, para aparecer como si hubieran logrado aquello. Y a más de vanidad, provincianismo, desconocimiento total del valor literario, que siempre sale a superficie, aun cuando pase inadvertido durante una época. Y en el caso que comentamos, una ingenuidad conmovedora, que se enorgullece, como de un elogio, de la consagración satírica.

Pero no siempre es así; a veces, la impertinencia y la majadería de este género alcanzan a literatos extranjeros de cierto renombre, y llegan a un extremo intolerable. Hay quienes esperan el viaje a Chile de alguna celebridad de las letras para agasajarle, mostrarse con ella, y luego, tras unos cuantos convites que obligan la buena voluntad y la educación del festejado, le espetan la solicitud. Sucede entonces que el literato famoso se niega, una, dos, tres veces. Pero son voces de mujer las que piden y hay que ser galante. El autor novel—esta vez la autora novel—no cesa. Rodea de influencias al personaje, le escribe, le telefona, se le aparece sorpresivamente en todos los sitios a que concurre. Y son tantas sus requisitorias, que el literato ilustre, al dejar la bahía de Valparaíso, respira aliviado,

como quien logró salvar de un peligro grave. Vana ilusión. Continúa el acoso. Cartas y telegramas insisten en la solicitud, con melosas frases, con recuerdos nostálgicos, con cursilerías de literata. Los calores del trópico contribuyen acaso a doblegar la energía de don Enrique Díez Canedo. Y desde el Ecuador envía el prólogo consabido, destinado a *La voz infinita*. En él se evidencia la tenacidad de la persecución, la vanidad, el provincianismo de la autora, que no vaciló en descender al pedigüenismo para que le dijera el literato español: *Yo, que no lo conozco (al libro), pero sí a su autora...* Como si fuera preferible conocer al uno, sin la otra. Y finalmente: *Lector, con la misma curiosidad que tú, voy yo a leer estas páginas*. De este modo quedamos en paz, habrá pensado para sí el señor Díez Canedo; y tú, lector, no me echarás la culpa de este infundio.

Mas a la iniciación dificultosa sigue el fácil ejercicio del pecado. Un nuevo libro de la misma autora, *La Cenicienta del Jazz*, se ha publicado no hace mucho con un epígrafe de don José Francos Rodríguez. Las atenciones que éste recibiera en Chile, durante la celebración del centenario de Magallanes le obligan a muchas cosas; y su acuse de recibo, comedido, galante, da muestra de ello. Pero esto no basta; al epígrafe mencionado se une una entusiasta frase de Barbusse, en pose de eterno candidato, dilapidador de sonrisas y de elogios. Y finalmente, a todo lo anterior se agregan unos versos de don Alfredo R. Bufano, que demuestra con ellos ser un mal poeta y un buen amigo de la autora. En su *Romance*, nada dice del libro: todo ditirambo va dirigido a la belleza de la autora, a los ojos chilenos, a las afinidades espirituales, a todo lo que no puede captar la crítica literaria.

No finaliza aquí el capítulo de las sollicitaciones más o menos humillantes y de los prólogos pintorescos. Hay ingenuos provincianismos que conmueven, majaderías que irritan; pero hay también desvergüenzas que desconciertan y merecen los más duros calificativos. Tal el caso de cierta autora que tiene en su haber cinco obras publicadas. Se resignó en la primera de ellas, *Memorias primaverales*, a una modesta introducción de su puño y letra. Y acaso cifró en este primer libro sus esperanzas de conmover al mundo. No fué así, sin embargo; nadie se dió por advertido de tal libro. Y su autora quiso darnos una lección a todos los que no comprendimos su genio, mostrándonos la resonancia de su voz en el extranjero. Lanzó entonces un segundo libro —*Alma Mística*—editado en Madrid con prólogo de Jacinto Benavente y epígrafe de Marquina, que nosotros no hemos podido obtener. Toma vuelo la aventura y con ella

cobra bríos la aventurera. En su tercer libro—*El Magno Amor*—figura un prólogo de D'Annunzio, en el que se leen cosas tan peregrinas como esta:

Sara Bernhardt, la irremplazable, me hablaba en sus cartas de la novelista chilena con el entusiasmo confeso de los que se acercan a los brazos de la Parca. La alondra de la América del Sur revolucionó a la Academia Francesa con esa obra que canta a la Provenza. (Se refiere acaso a *Alma Mística*.)

La ilustre actriz francesa estampó en sus *Memorias* la confesión de no haber leído ni uno solo de cuantos libros le enviaran sus no menos ilustres amigos literatos; reconociendo que al recibir las obras se limitaba a repasar ligeramente las dedicatorias, enviarlas a la encuadernación y colocarlas en determinados anaqueles. Y ha habido una novelista chilena que supo despertar tal entusiasmo en esta mujer excepcional, que la indujo a leer su libro y a comentarlo con su grande amigo (?) el Príncipe de Monte Nevoso. Y todo esto, después de haber producido una verdadera revolución en la Academia Francesa, de la cual no nos habíamos enterado. Mas no se asombre el lector, que en cuanto a revoluciones producidas por esta *alondra de la América del Sur* queda aún mucho por ver.

Nuestra vieja Europa—dice D'Annunzio—coronó sus sienes; la diosa esquiua de la fama la protegió bajo su manto: y sola la viajera cruzaba los continentes, esculpiendo en el papel las sensaciones; y con la antorcha de su genio, belleza y virtud, iba incendiando al mundo.

Bien hacen quienes apostrofan a los chilenos su desconocimiento de los valores que poseen. He aquí la prueba. Mientras discutimos, junto al rescoldo hogareño, cuestiones mínimas, una compatriota nuestra cruza solá los continentes e incendia al mundo, sin que nos demos por enterados. Y ahora viene lo bueno; lo de las revoluciones.

En Agosto de 1922—siempre es D'Annunzio quien afirma—publicó en Madrid *Alma Mística* concebida con lírica prosa para desterrar a las playas del olvido al anarquismo imperante. En Octubre del mismo año, el Rey Víctor Manuel daba pródigo el Gobierno itálico a Mussolini, el hombre de la nueva teoría. La ley de transmutación empezaba para Europa, después de los días vengadores de Fiume. En España el ideal renovador de *Alma Mística* conmovió al Príncipe de Baviera, y el 13 de Septiembre de 1923 el golpe de estado de Primo de Rivera barría ladrones, hipocresías y vilezas, librando a la Corona del peligro anárquico.

Nos hallamos, en consecuencia, ante una nueva interpretación de la historia contemporánea. El hombre de la nueva

teoría, Mussolini, recibió al poder de manos del Rey, debido a la prosa lírica de la novelista chilena, a quien llama el autor de *El Fuego: Dominadora del mundo... alborotadora de multitudes*. Y gracias a la emoción experimentada por el Príncipe de Baviera y Borbón, triunfó el golpe de mano de Primo de Rivera. La prosa lírica del pajarito sudamericano logró desterrar a las playas del olvido al anarquismo imperante. Y seguramente, por galantería, el poeta italiano silencia el hecho trascendental; tal vez por no revelar la edad de la autora de *El Magno Amor* no nos dice que engendró a la revolución francesa.

No es esto todo sin embargo:

El Príncipe de Gales, el jinete doce veces trágico, cura de una neurastenia que alarmaba al pueblo inglés con *La Sonámbula*.

(Otro libro de tan genial escritora.) Y de este modo, una novelista chilena, logra nada menos que incendiar al mundo, revolucionar a la Academia Francesa, crear el fascismo y la dictadura española, curar la neurastenia del Príncipe de Gales y tranquilizar al pueblo inglés...

He nombrado varias veces a D'Annunzio, a propósito de esta historia. Pero es menester que hasta la mejor de las *boutades* reconozca límites. O se me autoriza para declarar que el Príncipe de Monte Nevoso se encuentra en plena demencia, apto para ser encerrado en el hospicio; o se reconoce que este prólogo es falso, de toda falsedad, y que su autora merece el calificativo que le aplicamos sólo *in mente*, por ser una mujer y vernos obligados a cierta decencia al escribir para el público.

La pasión revolucionaria de esta señora es algo atroz. No conforme con los conflictos suscitados en la Academia Francesa, en Italia y España, escribe acerca de Rusia, tal vez deseosa de producir allí un nuevo cataclismo. Su último libro, *Fin de la dinastía rusa*, trae un prólogo de Máximo Gorki, escrito en español, y en el cual el novelista famoso declara no serle de difícil lectura el castellano purísimo de la novelista chilena. Si no tuviéramos muchos testimonios de la ignorancia de Gorki respecto de los idiomas extranjeros, que se encuentran consignados en muchos libros de memorias—entre ellos, uno reciente: *Mi vida*, por León Trotsky pág. 212—, con el solo antecedente del prólogo d'annunziano pensaríamos en la falsificación. Aun más, el ditirambo que la autora del libro se consagra a sí misma, bajo la firma de Gorki, nos autorizaría a ello:

Encierra (la autora) la imaginación descriptiva de Gogol, el fervor analítico de Dostoyewsky y la justicia despiadada de mi grande amigo el conde

Tolstoy. Parece un perfumista oriental que derrama en la página un extracto concentrado y rico.

Cualquiera, a primera vista, puede negarse, con toda razón, a creer que el novelista ruso haya alcanzado este extremo de cursilería. Y por escasa imaginación que se tenga, puede figurarse, hasta el quidam más quidam, que quien tuviere las cualidades de tales genios máximos—Gogol, Dostoyewsky, Tolstoy—constituiría un caso de asombrosa excepción. Los que hemos descubierto el rasgo caligráfico que revela la falsificación in-noble, tenemos el derecho de pensar que nos hallamos ante quien explota la ingenuidad de los tontos, haciéndoles saber que ha incendiado el mundo sin que este se consumiera, y pretende instaurar su iglesia milagrosa, con sacerdotes, procesiones, tufaradas de incienso y negocio de reliquias. Felizmente no todos son tan cretinos como la *alondra de Sudamérica* se imagina. Y, de acuerdo con el precepto evangélico, algunos medimos con la vara con que se nos mide.—F. ORTÚZAR VIAL.

LA NOVELA DE LOS HOMBRES SIN CLASE

PAZ, la última novela de Ernesto Glaeser, aborda el problema de la burguesía alemana. El problema de la resistencia a la teoría marxista. Pero mejor sería afirmar que es la novela de la desorientación social después de la guerra. En su libro anterior, *Los que teníamos doce años*, había dado ya la imagen del reflejo de la guerra detrás del frente, en las ciudades alejadas del torbellino, en las aldeas silenciosas, en medio de los grupos humanos que no participaron en la lucha, pero que sufrieron con mayor angustia las consecuencias de la catástrofe. Esa novela fué una acusación implacable contra los que manejaban la guerra. Mujeres, ancianos y niños vivieron en la tristeza, en la desorientación, sufriendo atrocidades y miserias, sintiendo desvanecerse, poco a poco, la fe y el ideal.

Paz es el despertar de la idea revolucionaria contra el capitalismo que desencadenó la hecatombe y el regreso de las tropas vencidas y agotadas que invadían las ciudades en busca de la paz material.

Glaeser inicia su relato amargo e irónico en el instante en que los ídolos del pueblo alemán se derrumban. Todos los cálculos de la guerra habían fallado. El pueblo había puesto su fe en el Kaiser y el Kaiser había huído. Había puesto la fe en la justicia de la causa, y detrás de la justicia de la causa se recor-

taba la mueca del negocio... Había creído en la fuerza del Estado, y el Estado había saltado hecho astillas. Había creído en la bondad, y la bondad había muerto. El pueblo creía ver resurgir una nación potente, y en cambio, sólo veían traficantes por todas partes. Mientras los soldados morían por montones, los príncipes del imperio se divertían con las prostitutas a pocas millas de las trincheras. Las fachadas se habían venido a tierra, dejando al desnudo toda la podredumbre del interior. La guerra aparecía llena de heroísmos en el exterior. Se cantaban himnos a los dioses que amparaban a las tropas. Pero todo era falso; todo era dolor y angustia y miseria, voracidad, negocio y cálculo. Los hijos, los esposos, los padres morían en Verdun, en Galitzia y en el Somme. Comerciantes y mujeres soportaban varonilmente la prueba, con lágrimas en los ojos. Pero en cuanto la guerra paralizó los negocios y atentó contra sus beneficios, entonces comenzaron a rebelarse contra la matanza. De Rusia llegaba el ejemplo. Sólo la revolución podía traerles la paz, y para llegar a esa paz era preciso acabar con el capitalismo, único culpable de la guerra. Razonaban con formulas inmediatas. Los pueblos y las aldeas se llenaban de agitadores que predicaban sobre espíritus ya debilitados por cuatro años de rudo batallar. Estaba ya deshecha la idea de que el pueblo alemán tenía una misión universal que cumplir; por eso, cuando los negocios empezaron a flaquear, esos mismos comerciantes que arrojaban flores al paso de los regimientos que marchaban al frente, se pararon a la defensa de esa paz, en la que antes no creían ni querían y comenzaron a gritar que era urgente entregar Alsacia y Lorena.

Envueltos en banderas rojas, los agitadores predicaban la dictadura del proletariado, tal como había sido implantada en Rusia.

Camaradas—grita König, uno de los héroes del libro de Glaeser—.La guerra en los frentes a que nos llevaban forzados está liquidada. Comienza la lucha de clases revolucionarias. Hemos derrocado la guerra, pero esto no basta. Ahora es menester que derroquemos también al causante de la guerra, que es la sociedad capitalista. En todos los rincones de Alemania arde la revolución. El proletariado no soltará las armas de que se adueñó. ¡Queda abierta la dictadura del proletariado! No habrá paz ni habrá orden mientras vivan nuestros antiguos opresores, mientras no acabemos con todos y con todo, como nuestros hermanos de Rusia.

Predicaban la paz por la violencia, arrasando la estructura capitalista del Estado. Para vencer, exclamaban, era preciso emplear toda la furia de una nueva guerra en oposición a los que pedían la paz por medio de un entendimiento mutuo en-

tre soldados y obreros, sin derramamiento de sangre. Pero ¿cuál era la visión, la realidad de los soldados que volvían de la guerra? ¿Qué germen traían en el fondo de sus corazones esos hombres que habían combatido durante cuatro años en medio de espantosas penurias? Nada más que la tranquilidad, el sosiego. Satisfacer el hambre, sentir, en seguida, la impresión del reposo. Estaba concertado el armisticio, nadie sabía en qué condiciones. Lo único que les interesaba era la evidencia de que la guerra había terminado, que no se dispararía ya un solo tiro. Este mismo fenómeno se producía en las ciudades y en las villas al conocerse la noticia del armisticio. Un júbilo frenético sacudía a los comerciantes y a las mujeres. Especialmente a las mujeres que habían vivido cuatro años de dolorosa soledad entre sobresaltos y caídas. ¿Qué podía importarles ahora la revolución? ¿Qué valor tenía la revolución ahora que la paz había sonado? Pasaban de largo por encima de las proclamas revolucionarias pegadas en las esquinas. Nadie se paraba a escuchar a los predicadores de la nueva moral social. En las tabernas en que antes se pronunciaban feroces arengas contra el capitalismo, ahora se bebía, se reía y se cantaba. La conciencia del hogar alemán tradicional reaparecía fuerte en el corazón de todos.

Dondequiera—expresa Glaeser con la ironía del espectador que se burla de las inestables alegorías humanas—que sonaba la palabra «paz» había una mujer sonriente. Una mujer que pensaba en su alcoba. En aquella alcoba faltaba un hombre; un hombre que estaba en Flandes o en los campos de Ukrania, defendiendo con las armas la cultura turca o ayudando a los austriacos; un hombre por el que clamaba un hueco en la cama y en la cama una mujer. La paz ¿Qué era la paz? Era estar allí, estar en casa. Estar en la era, detrás del mostrador, en la mesa a la hora de comer; en la iglesia, a la hora de misa; cuando se va de viaje, cuando se llega, cuando se llama, cuando se está cansado, cuando se despierta, estar en casa y poder decir: vámonos a la cama, y apagar la luz y dar las buenas noches, poseerse, repelerse, amarse, odiarse, pero estar allí juntos: eso era la paz.

Esta era la paz burguesa de la familia con la que soñaban las mujeres y con la que ataban, poco a poco, la voluntad de los hombres cansados y agotados. La paz de los comerciantes era la del negocio ordenado en un ambiente sin sobresaltos; el poder seguir especulando y vendiendo sus mercancías. La paz del soldado era el regreso a la vida sosegada. ¿Por qué continuar luchando por quimeras revolucionarias? Con que hubiera orden bastaba. Ya habían luchado con exceso. Ahora, aunque la paz resultara gravosa, nada les importaba con tal de que el poder estuviera en unas manos capaces de tomarlos en cuenta.

Cuando los soldados regresaron del frente, una locura orgiástica sin igual se desató por las villas y ciudades. Los soldados eran aclamados como héroes y utilizados como hombres en donde se podía, aunque no fuera precisamente en el propio hogar. La idea revolucionaria se vencía y los hombres que habían asumido el gobierno comprendían que la burguesía alemana, aun dentro de la República, podía aprovechar el buen sentido alemán para acabar con la prédica bolchevique. Por otra parte el odio al militarismo que formaba el ambiente casi general, daba a los comités revolucionarios, integrados por marineros rebeldes, un aspecto marcadamente militar, cosa que los agentes del Gobierno aprovecharon para hacer creer que la izquierda no era más que un movimiento reaccionario, compuesto por algunos obreros y militares solapados y peligrosos. Con estos elementos la paz peligraba. Se fijaba la idea de que los «espartaquistas» querían la guerra civil. Es decir, encender de nuevo una guerra que podía ser tan espantosa como la que acababa de terminar. El gobierno prometía a las masas obreras, fatigadas de la guerra, hacer triunfar el socialismo sin guerra civil; por medio de las organizaciones sindicales de que disponía, tenía ganada la confianza de la clase obrera y como todos los partidos burgueses, en sus proclamas, prometían a los trabajadores la libertad sin lucha, ¿para qué esforzarse en conquistar con las armas en la mano lo que se les daba liberalmente como una merced? Pero la clase obrera, si bien no creía en la pureza de intenciones de la burguesía, creía en su miedo y no quería derramamientos de sangre. La violencia tenía aspecto militar; era un resabio del Kaiser. La revolución tenía que brindar al hombre lo contrario de la guerra: paz y fraternidad. Este odio y este terror ante la guerra quitó el impulso revolucionario a las masas guerreras alemanas; tenían el poder en la mano; pero lo que querían era lograr la paz, acabar con la muerte y la destrucción; no ambicionaban destruir el sistema, sino reconciliarse y confraternizar con sus enemigos. Se olvidaron de la lucha de clases y la trocaron por un régimen de humanidad civil. La camaradería de las trincheras aniquiló sus arrestos revolucionarios.

Tal es el proceso que Glaeser analiza en su libro con penetrante lucidez. Al mismo tiempo con una feroz ironía, porque, al fin, la clase intelectual es la clase desorientada, la que no tiene posición, la que no puede estar en ninguno de los frentes sociales en que se dividió, después de la guerra, la estructura de la sociedad alemana. El miedo a la guerra aniquiló al soldado que volvía del frente. Los propios soldados sentían desdén

por la sociedad capitalista. Y, sin embargo, luchaban por ella contra los espartaquistas, para llegar a la democracia. No por amor a la sociedad—como dice un héroe de Glaeser—sino por hábito de lucha, por rutina. Lucharon porque ignoraban lo que los espartaquistas querían. Lucharon, en los días de revolución, ya vueltos del frente, porque sentían la necesidad de dirigir sus armas contra un enemigo, y como los espartaquistas eran los únicos que en Alemania demostraban tener energías en medio del pueblo rebañego, se lanzaron contra ellos. Afianzaron el orden que los mercaderes pedían para sus negocios.

Conclusión áspera y amarga. Pero la clase intelectual, formada por profesores, por escritores, por artistas, por los adolescentes que quedaron sin ir al frente, por los que no pertenecieron en doctrina al estado burgués ni al frente espartaquista, ¿en qué sitio debía recogerse? Eran los que creían en la fuerza del espíritu, en la justicia, en el triunfo de la idea, en la revolución moral. Clase desorientada que nadie tomaba en cuenta y que era sin embargo arrastrada a veces a participar en luchas que le repugnaban.

He aquí que el protagonista que en el libro de Glaeser cuenta esta historia, tal vez el autor, va un día a visitar a un profesor alemán para pedirle que lo ilumine en el terrible desconcierto que lo hace vacilar. Quiere saber a que frente pertenece.

Creo que a ninguno de los dos—me dijo rompiendo el augustoso silencio que llenaba la pieza.

¿A ninguno?—pregunté a voz en grito.

—Sí, a ninguno—repitió el profesor.—Tal es mi opinión.

Nuevo silencio. Al cabo de un rato, el profesor volvió a tomar la palabra:

—Nosotros estamos entre las clases, al margen de ellas. Nos pasa algo así como a los judíos que viven al margen de las razas. Hemos querido—prosiguió alzando la voz—formar al hombre moral sobre la base de la cultura burguesa y de pronto esta base se derrumba. Es difícil que vuelva a rehacerse, después de esta guerra en que la burguesía se ha asestado a sí misma el golpe de muerte. Y con ella se vienen a tierra también nuestros ideales. Nosotros no pretendíamos destruir la cultura burguesa llevados de un impulso de odio contra la burguesía, sino que, por el contrario, aspirábamos a formar al hombre conforme a los principios morales de esta misma cultura que la burguesía ciega ha traicionado. Ahora es ya tarde. Nuestro destino es morir con la burguesía agonizante. La historia pasa a manos de una nueva clase a la que nosotros no pertenecemos ni por nuestra educación, ni por nuestra cultura, ni por nuestras ideas. A la vuelta de veinte años, esta clase nueva será la que gobierne la historia.

Y más adelante añadió:

—Lo he observado todo y he meditado y comparado mucho. Y he llegado a la conclusión de que nosotros los intelectuales, que tanto sabemos e indagamos, estamos entre los dos frentes. La historia nos ha escupido. Cuando más nos utiliza como legionarios de una causa ajena. No somos utilizables,

pues todos tenemos características propias y no somos como las piedras, con las que puede levantarse un edificio, iguales las unas a las otras.

—¿Y nosotros los jóvenes?—le pregunté.

—Vosotros también si sois honrados y no dejáis que os utilicen para tapar las brechas del sistema burgués. Pasará mucho tiempo todavía antes de que esta clase se derrumbe. La casa se cubrirá de nuevos revoques y no faltarán los rebeldes que se dejen emplear como cemento. Pero si eres honrado tu vida discurrirá en una triste independencia y soltería entre los dos frentes. Lo verás todo, lo comprenderás todo, sobrevirás a nuevas guerras y revoluciones y seguirás sintiéndote siempre solo, huérfano de toda sociedad, sin techo, sin patria, sin eco, sin fruto.

—¿De modo que es ese el destino que me aguarda?—le pregunté.

—Sí—dijo el profesor—, me temo que sea ese el destino reservado a los jóvenes de tu generación. *El destino del hombre que carece de clase.*

La novela de Glaeser es una sátira aguda contra la burguesía y los revolucionarios alemanes. Enfoca el problema más formidable de la post guerra y hace un proceso duro, patético, apretado de emoción humana, de la historia de la revolución, de las sangrientas jornadas de los espartaquistas y de la corrupción moral que la guerra dejó como único beneficio a los países de Europa y acaso del mundo.—DOMINGO MELFI.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESIA

VII.—FORMAS DE LA POESÍA NUEVA.—ULTIMAS CONSIDERACIONES

CON el presente artículo termino estas ya largas divagaciones. A empezarlas me animó únicamente el deseo de exteriorizar las pocas ideas que tengo sobre el tema, tema que me interesa de manera profunda y que en Chile no ha tenido hasta ahora exégeta alguno digno de consideración. No he pretendido hacer en esto cátedra, ni mucho menos; tampoco he querido colocar jalones que guíen el camino de ajenas plantas. No han sido esas mis intenciones y no lo han sido porque, por una parte, no creo haber dicho todo lo que quería decir; algo se ha quedado dentro de los límites de lo inefable, algo que tal vez era lo más importante o lo único que tenía que decir; y, por otra, porque el concepto de la poesía es personalísimo en cada poeta. Esto impide, por lo menos a mí me lo impide, hacer cátedra. Por lo demás, no he terminado definitivamente; en un futuro trabajo intentaré concretar las conclusiones de este incompleto ensayo.

* * *

Dije en mi último artículo que en la poesía nueva se distinguían, hasta ahora y principalmente, tres formas. Analicé ya las dos primeras, he dejado para este artículo la que considero más interesante. Antes de empezar a hablar de ella debo advertir que esas tres formas o modos de construir no están substancialmente definidos ni reconocidos como oficiales en la nueva poesía. Más aún: los poetas nuevos son los más desconcertados con las dificultades que presenta la expresión formal de la nueva poesía. Cada uno va por donde materialmente puede, enredándose aquí y allá, contribuyendo así a hacer más grande la confusión, más aparente que real, que existe en la materia. Esto se debe a que la nueva poesía, o más exactamente, el sentido de la nueva poesía, por lo menos en lo que se refiere a la mayoría de los poetas, es un proceso en formación; está en su época de ensayo, de tanteo; evoluciona, en busca de sus moldes precisos, sin que se pueda predecir dónde se detendrá. Así lo estimo yo, y lo estimo así porque no he encontrado todavía un producto definitivo, completo, sin vacilaciones, que pueda hacerme pensar que la nueva poesía ha logrado, por fin, cuajar un fruto específico. Sus frutos están aún verdes.

Sin embargo, la lectura atenta de algunos poemas me ha permitido verificar diferencias formales de algún relieve que me han llevado a separar, de esta manera, las tres formas de que he hablado, formas que en principio podrían tildarse de arbitrarias o antojadizas, pero que presentan ya una cristalización, no muy pura todavía, pero innegable, evidenciada entre los sedimentos que empiezan a constituir el estrato de la nueva poesía. Quizá no sean estas formas las únicas que existen y tal vez no sean las que van a perdurar; pero por el momento no distingo otras.

* * *

He dicho ya (*Atenea* N.º 70) que en la poesía nueva existe el poema

que intenta, más que otra cosa, valorizarse por la música que resulta de la aproximación de las palabras que, a falta de relaciones lógicas, las tienen de color y de sonido. Esta última forma es la más noble y la más difícil: es la poesía pura. Continúa en cierto modo, y en su parte esencial, la tradición de la más alta poesía de todos los tiempos.

Con esto está dicho todo. Es la poesía a que aspira la tota-

lidad de los que escriben versos y a la que muy pocos llegan a dar forma, tan pocos que pueden contarse con los dedos los versos que en cada literatura merecen el honor de ser clasificados dentro de ella. En Francia es famoso el verso de Racine:

la fille de Minos et de Pasiphaé.

Al hablar de este verso y de uno de Musset:

la blanche Oloossonne et la blanche Camire,

dice Marcel Proust:

les beaux vers étaient d'autant plus beaux qu'ils ne signifiaient rien du tout. (*Du côté de chez Swann*, p. 87.)

Para los que hablamos una lengua que no es la del autor de *Fedra*, ese verso no representa gran cosa como sonoridad ni como color. Podríamos encontrar en los poetas españoles, y aún en los chilenos, entre los primeros con preferencia en Góngora, versos superiores en calidad rítmica y con menor significación que el de Racine, que tiene una sugerencia mitológica, aunque no sea ese su valor esencial. Además, sucede en esto lo siguiente: la poesía que no es de concepto, sino de ritmo puro, pierde su total valor al ser traducida; le han sido cambiadas las palabras y el sonido de esas palabras, con lo cual ha perdido las bases que le servían para equilibrarse y danzar. Un hombre de otra lengua, especialmente de una superior en musicalidad a la francesa, a no ser que esté profundamente penetrado de los escasos valores fonéticos de la última, encontrará del todo pobre ese verso inmortal. Y es que al leerlo lo lee como español o como inglés, por ejemplo, buscando en él no una sonoridad francesa, sino una española o inglesa. Inconscientemente compara y mentalmente traduce:

la hija de Minos y de Pasífae,

verso que en castellano no llama la atención de nadie.

De todos modos, este verso, que deja mudos de emoción a los franceses y que a nosotros nos parece casi átono, nos sirve como ejemplo de lo que se llama poesía pura, es decir, ritmo puro. En la poesía chilena de estos últimos tiempos, especialmente en la de Pablo Neruda y en la de Pablo de Rokha, un lector atento y de buen gusto encontrará magníficos versos, dignos de figurar en una antología de poesía pura. Personalmente

estimo que Pablo de Rokha, hombre a quien sólo le falta orden y selección para llegar a producir obras maestras, es el que ha escrito aproximadamente los mejores versos de esa índole. Recuerdo algunos de *Escritura de Raimundo Contreras*:

entusiasmo de tomates
colocados encima del cielo sobresaliente
la sociedad blanca del río que lame noches verdes
erguida de pescados infantiles

Pero sucede en la poesía pura una cosa muy singular: no aparece, por lo menos no ha aparecido hasta este instante, sino en versos aislados, versos que vienen a ser en el poema como el fruto o la flor. No he leído jamás una composición poética cuyos versos fueran todos de esa calidad; en los estudios sobre la materia no he encontrado más que citas de un solo verso. Esto pudiera hacer pensar que la poesía pura está constituida sólo por el motivo del poema, por el motivo puro, y que no es sino la cifra alrededor de la cual se desenvuelven operaciones que le prestan ambiente, graduando el sonido y la expresión hasta llegar al climáx que representa el verso fundamental. Pero esto, que indudablemente sucede en algunos poemas, sería caprichoso fijarlo como norma general.

Lo innegable es que la poesía pura es un hallazgo que no acaece comúnmente, que a veces se da sólo una vez en toda una vida de poeta y tres o cuatro en cada literatura. Sin embargo, ninguna poesía como la nueva, completamente apartada de trabas, puede darnos—podrá darnos—una posibilidad mayor de poesía pura, mejor dicho, de versos puros. Y digo versos porque me parece imposible que se pueda producir un poema puro desde su primero hasta su último verso. Sería algo de tal modo denso que impediría penetrarlo o de tal forma liviano que no dejaría en nosotros emoción ni huella alguna. Sería la perfección, que se anhela, pero que no llega y que si llega nos parece extraña a nuestros mismos deseos o excesiva para nuestra capacidad de comprensión y de goce.

* * *

En Chile la poesía nueva no ha tenido más altos cultores que los dos poetas que acabo de nombrar. Sus tentativas no han sido superadas y tal vez no lo serán ya, ni aun por ellos mismos. Para hacerlo deberían variar el tono de su canto y dirigir y fijar éste en una zona más próxima a la realidad. Algunos poetas sudamericanos, varios brasileros, otros argentinos y

ciertos mexicanos, han logrado crear, usando la nueva técnica y aplicando su talento poético a la expresión de las circunstancias físicas y humanas de sus respectivos países, hermosas poesías, de alto carácter y originalidad. Hay muchos caminos por seguir y lo peor es irse por uno solo, pues si los recursos del poeta no son extraordinarios, se corre el peligro de caer en una repetición fatal.

Hay mucha gente que cree que ser poeta nuevo es cosa fácil, que cualquiera lo puede ser si coloca unas tras otras todas las palabras que se le ocurran; es *canción de receta*, me decía hace poco un poeta chapado completamente a la antigua. No hay duda que muchos poetas nuevos, que de tales no tienen sino el nombre, proceden de la manera que pretenden los enemigos de la nueva poesía; pero esto no debe preocuparnos. Dejemos lo mediocre y lo nulo a un lado e invitemos cordialmente, a los que aquello afirman, a que escriban una *buena* poesía nueva, cuyos valores, en primer lugar, ignoran casi tanto como ignoraban los valores anteriores.

La mejor demostración de que la poesía nueva es una poesía no asequible a cualquiera, la constituye el hecho de que entre los treinta o cuarenta poetas que la cultivan en Chile sólo dos o tres han logrado destacar valores positivos. De los demás, unos andan a salto de mata, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos ni qué galimatías crear para aparecer originales; otros trabajan sin mayores resultados, pero honradamente, y los demás esperan, pasan, como los jugadores que no quieren arriesgar su dinero a una carta cuyas posibilidades son oscuras.—

MANUEL ROJAS.

ASONANCIAS Y DISONANCIAS

MONTERREY

LA letra impresa no se emplea, esta vez, en metafisiqueos. Ni vale para las actitudes dogmáticas el manifiesto que en cabeza este periódico personal. El autor—Alfonso Reyes—nos lo ha dicho con su sentido peculiar de la prosa. No muestrario de páginas escogidas, sino «estuche de instrumentos y gaceta de avisos para el trabajador literario... órgano de relación, de relación social, con el mundo de los escritores; un boletín de noticias del trabajo, casi una carta circular». Tras ochsus o

páginas, el anhelo de la imprenta medioeval, «defensa contra el monstruo Institución que ahoga la libertad de pensar».

Mas, primer efecto de la relación, la cordialidad. Penetrar en la estancia de este escritor y sentir el confort de su prosa. ¡Cómo calzan las expresiones, cómo se eslabonan los conceptos! Antes que la pintura, la geometría. Todo sin reticencias ni altisonancias—agua que corre por el plano, lame la arista límite y desliza por la pared lateral.

Tras la simpatía, la autoridad. Aquel decir sin decir nada, ese hacerse escuchar sin tener que recurrir a la llave de fa, que definen, poco a poco, en el ánimo del lector, lo que comprende una personalidad y lo que al margen de ella queda.

De esta suerte, al huir del horror de la Institución, el escritor alcanza su equivalente. Cada carta, libro o artículo suyo, un hito en la frontera propia. Y en la orientación, la diferencia. La gran prensa mira hacia el reclamo comercial; el correo literario a la investigación. La distancia que entre ambos media, tanta, como la que separa las cifras de sus respectivos réditos. En proporción inversa a estos, sus valores.

No vale subrayar aquí la importancia de *Monterrey*. Nos hallamos ante un estuche de instrumentos. Aun más, nos encontramos, como en un anfiteatro clínico, observando los movimientos que a tales instrumentos imprime la mano del artista. Cada cual juzgará de la maestría que este demuestra en la operación.

Entretanto, Alfonso Reyes proseguirá, allá en Río Janeiro, su tarea. Sonreirá ante el asombro de los unos y la fervorosa acogida de los otros. Alfonso Reyes, pequeñito y sonriente, agudo y vivaracho, jovial y afabilísimo; «el hombre que trabaja y que juega» del decir de Eugenio D'Ors.

JITANJÁFORAS

No nos limitemos, empero, a aplaudir. Hacer sólo esto, es cosa de parroquianos en teatros de barrio. Colaboremos. Y *caiga el monte* en esta página, del lado de las jitanjáforas. Con ellas hagamos un cascabel, para llamar la atención del poeta mexicano hacia este costado de la cordillera.

La primera, cuenta de los niños, sentados en coro. Al finalizar, obliga al señalado con la última palabra a esconder una pierna bajo la otra. Así sucesivamente, hasta que alguno tenga las dos piernas condenadas y resulte, por ello, el perdedor:

Pin-pin.
sarabín,
cuchillito
de marfil.
Que manda
la ronda
que esconda
un pie
detrás
de la puerta
de San Miguel.
Amén
Papel.

Luego, esta otra, que se utiliza para determinar quién ha de ser el perseguidor en el *paco-ladrón*. Es este juego de idas y venidas, *cachañas* y revueltas, ejercicio de todos los recursos para no ser alcanzado por el *paco*. Y el nombre de este, un derivativo del apodo que sufrieron por espacio de muchos años, con encomiable paciencia, los guardias del orden público:

Ene, tene, tú.
Cape, nane, nú.
Tiza, fá.
Tum, ba, lá.
Es, tis, tos, tús.
Para que la lleves tú,
y salgas tú.

Esta, que nos ha proporcionado Manuel Rojas, originaria de un viejo sainete argentino, en el que un italiano aparecía queriendo deslumbrar a las niñas del pago con dárselas de poeta. Sumamente popular, se utiliza, en la región cordillerana, para defenderse de lecturas y confidencias de autores noveles:

El sol sale de día.
La luna sale de noche.
Cuatro ruedas tiene un coche
con mucha melancolía.

Finalmente, el comienzo de una ronda que por larga se nos ha olvidado con los años y que no tiene sabor jitanjafórico más que hasta el séptimo verso:

Manseque,
la culeque,
la gallina
y el capón.
La pelota
de cartón.
El anillo que me diste
fué de vidrio y se quebró..., etc.

Y su variante argentina:

A la lata,
a la tero,
a la hija del chocolatero.
El gallo,
la gallina
y el capón.
El gallo,
la gallina
y el caballo.
Un zapatero pillo
le dijo a un chiquillo:
«Rompe botas, rompe botas
y que tu padre compre otras»..., etc.

Sirvan de muestra las anteriores. Mientras podemos decir al oído de Alfonso Reyes algunas otras jitanjáforas de mucha picardía y poco recato.

LUTO

La danza—dice Paul Valéry—no va a ninguna parte y si persigue algo no es más que un objeto ideal, un estado, una voluptuosidad, un fantasma de flor, el éxtasis de sí misma, un extremo de vida, una cima, un punto supremo del Ser... (1).

Frenesí de exaltación sin fin utilitario. Agua de la fuente que se glorifica, ascendiendo a lo alto. En la cúspide, la caída, en desmadejamiento inexorable. Tensión de la flecha, ignorante del punto de su término; y en este, súbito, el descenso. Vida de Ana Pavlowa, consagrada al éxtasis que es la danza; e instantánea interrupción de sus giros en la muerte.

Justa la pena de quienes la admiraron y pueden medir su influencia en nuestra tierra. Recordemos. Aquel era el instante del desgano ante el precepto académico, frente al cuadro estático. La danzarina rusa—también Tórtola Valencia y la Verbist—fué borrando con leve planta los signos del dogma. Entonces, vida y calor vinieron a nosotros, merced a sus incesantes giros. Colorido y movimiento en nuestra pintura, gracias a su danza maravillosa. Y luego, el nacimiento del cuadro decorativo y de nuevas pupilas para contemplar el paisaje y todo, obra imperecedera de lo que «no va a ninguna parte y si persigue algo no es más que un objeto ideal...».—A L F A.

(1) Paul Valéry: *Conversación sobre la poesía*. Ver *Contemporáneos*, número correspondiente a Julio-Agosto de 1930.

LOS LIBROS

NOVELA

MIJAIL, por *Panait Istrati*.

En pocos años ha alcanzado Panait Istrati notable difusión. Vino al mundo literario bajo muy buenos auspicios. Dotado de excelentes facultades de narrador y habiendo vivido una existencia accidentada y pintoresca; hijo de un pueblo interesantísimo, cuyas características eran casi desconocidas, por lo menos en forma literaria, para la mayoría de los habitantes del mundo lector de Europa y América; escribiendo en francés sus libros, con lo cual se ahorró las angustias de la traducción, el escritor rumano trascendió inmediatamente al gran público internacional. Sus libros han sido traducidos a innumerables idiomas y cada nueva obra suya es leída con apasionamiento.

He aquí ahora *Mijail*, narraciones de la mocedad de Adrián Zograffi (1), especie de himno a la amistad, denso de consideraciones sentimentales sobre ese fenómeno humano, pero falto de

(1) Cenit. Madrid, 1930.

movimiento y de interés. De *Kira Kiralina* a *Mijail* la curva desciende. Panait Istrati es sólo, hasta este momento, ya que no ha acreditado otras dotes, un gran narrador, un narrador lleno de colorido, impresionante, pero sencillo, a quien le basta abrir la boca y contar para que el lector se deje conducir de buen grado. Pero no es un hombre de pensamientos originales, no es un pensador; sus reflexiones sobre la amistad, a pesar del apasionamiento que pone al hacerlas, nos dejan fríos. Quien haya leído *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, difícilmente volverá a encontrar páginas más hermosas sobre ese sentimiento. Y no es Panait Istrati quien podrá superarlas, pues si le sobra pasión, le falta finura.

Con este libro, Istrati continúa contándonos su vida. Nos parece muy bien y esperamos de él, todavía, obras dignas de leerse y de saborear con agrado; pero consideramos que es necesario un poco de selección. No toda su vida debe presentar el mismo interés, por lo menos para sus lectores, quienes de buen grado preferirían ignorar aquellas partes

en que no haya sino reflexiones sobre este o aquel sentimiento.

Su libro sobre Rusia no nos pareció mal. Había ahí una cuestión que nos interesaba y el tono del escritor balcánico nos pareció noble, encuadrado dentro de un gran espíritu de humanidad. Eso bastaba. Pero *Mijail* no sólo no nos basta sino que nos parece inútil dentro de la obra de Panait Istrati. Es como el prólogo de un libro de gran interés, pero es un prólogo demasiado largo. Se podía, además, haber ahorrado.—*Manuel Rojas*.

SOBRE EL DON APACIBLE, por *Miguel Cholókhov*.

Se ha acusado a los rusos de ser vagos, confusos y dispersos en sus narraciones, cuando, realmente, no hacen más que ofrecer una sensación de totalidad. Reconstruyen la vida de un modo que pudiéramos denominar biológico, en contraposición al topográfico. Y de esta manera alcanzan mayor fuerza y profundidad. Los autores de otras nacionalidades, por lo general, arrancan a sus personajes del mundo, los aíslan, los exponen en una vitrina, convenientemente aderezados, y dan la sensación del ambiente en que actúan por medio de descripciones. Los rusos, en cambio, cortan, por decirlo así, un trozo de vida; sitúan a sus protagonistas en ambiente propio, rodeados de sus vecinos, circunscritos por las historias de sus vecinos, que a veces influyen en su carácter, en su mentalidad, o en su vida misma; las descrip-

ciones, entonces, surgen por sí solas, se construyen a sí mismas. Pudiéramos comparar a los unos con retratos unipersonales, en pose adoptada de antemano, tras de haber medido todas las luces; mientras que los otros vendrían a ser como una fotografía de multitud, en la cual el novelista ha trazado un círculo blanco, para destacar el grupo en que se encuentra el personaje de su interés. Por este motivo, también, se produce en las obras de aquellos una sola fábula, que siempre concluye por parecernos mezquina, estirada artificialmente; en tanto que los libros rusos nos ofrecen variedad de historietas, a las que pudieran consagrarse sendos libros y que, con mejor acuerdo, se entregan a la imaginación del lector.

Tales condiciones se evidencian en el libro que comentamos (1). En él hay fábulas suficientes como para escribir algunos otros más. No es la historia de un hombre, de un amor, de una familia. Es la vida de una *stanitza* de cosacos, a orillas del Don, con sus chismecillos pueblerinos, sus pintorescas costumbres, sus supersticiones y sus tradicionales fantasías. Gentes que viven en pleno goce de la naturaleza, que poseen una noción mundana del amor, con libertad de relación entre los sexos, con alma fresca, con pasiones risueñas y deliciosas canciones que comentan las balalaikas. Todo se presta a una narración maravillosa.

No puede decirse que sea éste o

(1) Ed. Cenit. Madrid, 1930.

aquél personaje el eje cardinal de la acción. El que más sobresale, por ser el que da continuidad a la obra, es Grigori. Pero no tiene otra vida que la que le prestan la *stanitza* y sus costumbres. Más que personajes hay problemas acumulados, encadenados entre sí, como están en la vida misma: el de las mujeres que sufren la ausencia de los maridos que han marchado al servicio; el de la reacción que provoca, en el amor a la tierra que tienen esas gentes, la primera noticia de la guerra; el de la acción solapada que desarrollan los propagandistas bolcheviques; y, finalmente, el de la rectitud de esas almas, el de su nobleza, que se rebela ante las injusticias de la guerra, ante la ineptitud de los dirigentes, el egoísmo de la nobleza, las crueldades de los ricos, y concluye por inducirlos al nihilismo espiritual más absoluto.

Todo en el libro es parejo, como en la propia vida. En tal o cual página una estridencia asoma: la metáfora atrevida, la observación sagaz, que dan alas a la esperanza del lector. Como en la plácida existencia de la *stanitza*, tal o cual día, los chillidos de una vecina hacen creer a los cosacos que allí habrá diversión gratuita, a costa de dos que se dan de bofetadas. Pero nada se conmueve. Todo vuelve a su cauce natural, tras un instante de sobresalto. La narración continúa. La vecina calla prudentemente. Concluye el día sin que la paz se altere. De igual manera, finaliza la lectura del libro sin que lo melodramático aparezca;

sin que nos erice ese punto culminante de la acción, el instante trágico a que son tan aficionados los novelistas cursis y el señor Echegaray.—*F. Ortúzar Vial.*

DE REGRESO, por *Erich María Remarque.*

Las páginas angustiadoras de *Sin Novedad en el Frente*—la novela de la guerra más difundida en el mundo—necesitaban un complemento que cerrara el ciclo de la tragedia de esa generación. El mismo Erich María Remarque nos lo ha dado en su obra *De regreso*, cuya versión al castellano, editada en la Argentina, ha llegado hace poco a nuestro país.

A pesar de las deficiencias muy notorias de la traducción argentina—realizada al parecer con el descuido y la premura de las aventuras editoriales emprendidas con exclusivos fines de lucro—es posible apreciar que *De Regreso* ofrece características literarias de mejor calidad que *Sin novedad en el Frente*: el estilo, sin perder la penetrante intensidad que alcanza con esta obra, ni su escueto patetismo, se ha enriquecido con elementos que dan a la novela un valor estético superior.

Es la novela de los días y meses siguientes al armisticio. Los soldados, jóvenes y viejos, la haraposos y vencida muchedumbre de sobrevivientes, regresa a la vida de paz. Todos se parecen: el tiempo infinito—una eternidad de pesadilla—pasado en el mundo subterráneo de las trincheras, los ha unido en

una especie de primitiva fraternidad. Aun más, los ha igualado en la dureza fría de sus rostros, en la vaciedad de sus almas, arrasadas por la angustia vigilante del cotidiano batallar.

De repente, se sienten otra vez encerrados en el círculo de la antigua vida vulgar. La desconocen y desprecian. Allá, en la trinchera, habían imaginado otra cosa, «deseos, recuerdos y esperanzas se confundían para formar un gigantesco ensueño, un ensueño incommensurable que centelleaba por encima de la helada llanura de la muerte». Creían que mientras ellos permanecían en la guerra, el tiempo, en la patria, se había detenido; pero ahora ven que todo ha seguido su curso normalmente, como si nada hubiera pasado.

Se sienten solos y extraños en la atmósfera de la paz. Las gentes que no han ido a la lucha y han permanecido en las faenas habituales, les exigen—ciegos para la verdad lacerante—que se acomoden a la existencia común, que encajen otra vez sus vidas—sacadas de quicio por la catástrofe—en los moldes de los prejuicios indestruidos. Pero ellos han cambiado y comprenden la inanidad de las palabras, los símbolos y las cosas antes respetados. En la guerra imperaban otros usos—violentos y simples, primitivos y rápidos—y el mundo al cual han vuelto les tiene que parecer ridículo, mezquino, demasiado ordenado.

Además, ¿es posible que las interminables horas pasadas en el infierno del frente, las vertiginosas

noches consteladas por los estallidos, las lúgubres muchedumbres de muertos, todo eso que ha sido la realidad de tantas horas de indescriptible horror, sólo haya existido para regresar de nuevo a la miserable obligación de un trabajo rutinario? Ellos son soldados. Ellos han vivido en un mundo de sucesos extraordinarios, acicateados por la inminencia de la muerte, de cara a un panorama de espanto. No comprenden a los hombres de la retaguardia y esos hombres tampoco pueden comprenderlos a ellos.

Sin embargo, muchos de ellos son jóvenes, casi niños, y tienen que hacerse un destino. Su espíritu es viejo, cansado, sin ilusiones, pero hay que seguir, vivir. Van a la escuela que abandonaron de improviso, para acudir a las trincheras, a las filas constantemente raleadas por la muerte. Los maestros, que nada saben, los reciben con discursos, tras de los cuales los muchachos advierten las viscosas mentiras que intentan otra vez adherir a sus almas y dominarlas. La indignación los exalta y uno exclama con vehemencia desesperada, al oír referirse a los muertos gloriosos:

¡Sueño eterno! Yacen en el fango de las trincheras, agujereados por las balas, hechos jirones, comidos por las ratas, hundidos en el barro. ¡Verde césped! ¡No estamos aquí en clase de canto! ¡Muerte de héroes! ¡Cómo os lo imagináis! El pequeño Heyer se pasó el día colgado, gritando en las alambradas, y los intestinos le colgaban del abierto vientre como macarrones. Luego un trozo de bomba le arrancó los dedos, y dos horas más tarde

un pingajo de pierna; y él siguió gritando y tratando de meterse los intestinos con la otra mano, hasta que, por la noche, todo terminó. Cuando poco después pudimos acercarnos estaba agujereado como un rallador....

Así con esta fuerza desgarrante, se desarrolla el libro de Remarque.

Como la escuela, el hogar tampoco comprende a los jóvenes sobrevivientes. Ellos no hablan, no tratan de explicarse; ¿para qué? Siempre es imposible comunicar las íntimas, las decisivas experiencias, los recónditos anhelos, los sentimientos verdaderos. De ahí que las generaciones posteriores a la guerra hablarán también de empresas gloriosas, de sagradas reivindicaciones, y repetirán, quizá a breve plazo, la tragedia. Esa es fatalidad de la vida y de la historia: el olvido del pasado, la reiteración de la experiencia.

Todo es incomprensible y extraño; una sombría fatalidad sale al encuentro de los sobrevivientes y los hunde en un desengaño sin remedio; la esperanza no tiene horizonte. Mientras los hombres—padres, maridos, novios, hermanos—se despedazaban en las horas frenéticas del frente y, a veces, bajo el fuego graneado, reposaban en el ensueño del amor lejano, las mujeres, en las ciudades y aldeas, recomenzaban su existencia. Pero muchos hombres vuelven, y su amor a la vida, salvado de la catástrofe, se rompe en un instante. No hay manera de empezar otra vez. Hay algo, en el fondo, irremediablemente despedazado y no queda otro re-

curso que embriagarse para olvidar, y rodar por la vida y por el sueño como un fantasma de sí mismo.

Es toda una generación condenada al desaliento, a la inquietud, a la angustia de una vida sin sentido. Van de allá para acá, sin encontrar su antiguo camino. Se buscan unos a otros para ampararse en la solidaridad de su abandono. A veces hasta añoran el frente. Son extraños en la monotonía de la paz. No saben qué hacer de sí mismos. Son soldados. Su misma naturaleza les sugiere recuerdos trágicos y van, a veces, por los campos imaginando los desolados paisajes de la muerte.

Uno de ellos, Rahe, soldado nato, vuelve al campo de los combates; una luna lívida ilumina los restos de los árboles tronchados y las ruinas de las trincheras. Avanza por el campo como por su pasado. Y he aquí que de pronto el silencio de la tierra mortal habla a su corazón con una voz misteriosa, y él lo comprende todo.

Aquí sobre las tumbas espectrales están, cual un fantástico fuego, los años perdidos que no se cumplieron; la vida no vivida, que no encuentra descanso, grita aquí al cielo en un silencio que truena; aquí fluyen la fuerza y la voluntad de una juventud que murió antes de que hubiera podido empezar a vivir, como un gigantesco lamento a través de la noche.

Y el soldado, bajo el peso de la inmensa congoja, se dispara un tiro, sobre las tumbas de sus compañeros; pero antes de morir en una visión de locura, los ve levantarse de la

tierra, formarse nuevamente en columnas y avanzar hacia la definitiva batalla, la batalla por la vida.

Marchan silenciosos por el camino más largo, el que conduce a los corazones. Pasarán muchos años, pero ¿qué les importa el tiempo? Se han puesto en marcha, marchan, llegarán....

E. G.

ARTE

PINTURA COLONIAL (ESCUELA CUZQUEÑA), por *F. Cossio del Pomar*.

Doscientas cincuenta páginas (1) con un abundante material de ilustraciones, que en manos de persona más versada en las actuales disciplinas de la Historia del Arte, hubieran podido convertirse en un interesantísimo ensayo de interpretación de la pintura colonial. Cossio del Pomar que escribe correctamente parece haber emprendido este estudio con más buena voluntad y patriotismo de cuzqueño, que ama su legendaria ciudad, que con pericia técnica. Las interesantísimas láminas del libro nos hacen recorrerlo premiosamente con ánimo de encontrar ese estudio definitivo que demanda nuestro arte colonial americano, pero salimos defraudados. Entre lo que deseó hacer el autor y lo logrado, se interpone una retórica sorda, monótonamente descriptiva, aisladora. Citas de Taine al comienzo. (Para Cossio del Pomar parece que la crítica de Arte empieza y termina en Taine.)

(1) H. Rozas, editor. Cuzco, 1930.

Frases y conceptos muy conocidos sobre el conquistador español (Sociología a lo Blanco Fombona) y sobre el indio. Y después de pintar el medio (como diría un tainiano), encontramos una larga enumeración de las iglesias y conventos del Cuzco y de las obras artísticas que contienen, pero sin lograr fijar ningún rasgo distintivo. Las recetas y aliños retóricos se aplican indistintamente a cualquier cuadro. Cossio del Pomar parece desconocer que la Historia del Arte, como toda disciplina de especialización, tiene su lenguaje, y que es este el que permite la comparación y el esclarecimiento cabal del fenómeno artístico. Así los términos de que se vale para clasificar su material dan la sensación de no estar apuntalados, de haber sido extraídos de algún Manual sin limitarlos bien. Habla por ejemplo, del «carácter bizantino» de la pintura colonial, y el símil no estaría mal en cuanto puede referirse al hieratismo y frontalidad de los primitivos cuzqueños, pero de aquella expresión hace un grito de guerra, insiste en ella sin averiguar como ese «carácter bizantino» pudo llegar a la latitud de El Cuzco a través de la tradición medioeval europea, o fué simplemente el escollo de la mano no avezada, como ocurre en los primitivos de todas partes.

Muchos problemas que suscita el estudio del arte colonial, apenas si se insinúan: el de la influencia indígena en la tradición española que puede corroborarse en algunos motivos decorativos, y en el abuso del tema milagroso hasta llegar al

absurdo, como objetivando el dogma católico ante la pupila de los indios; la irradiación del arte cuzqueño que a través de todo el Perú llegó a influir en las escuelas quiteñas de pintura en el siglo XVII; la biografía de algunos pintores de El Cuzco que trabajaron en otras ciudades del Virreinato como Lima y Santiago de Chile.

Y las hermosas ilustraciones del libro invitan a una interpretación más lograda. Dentro de la limitación de sus medios técnicos, la pintura cuzqueña conoció no solamente el retablo religioso sino también el grupo y la pintura de costumbres. Cuadros que representan las bodas de algún magnate colonial; una suntuosa procesión por las estrechas y amuralladas calles de la ciudad, seguida de buen acompañamiento de indios con sus trajes e instrumentos musicales típicos; cuadros de «milagros» donde florece una ingenua fantasía; las abracadabrantas representaciones del Infierno en las iglesias jesuíticas, que contrastan con la humildad de los temas franciscanos, todo ello nos serviría para una reconstrucción animada del espíritu colonial. Y el medioevalismo de este Arte donde en pleno siglo XVI y comienzos del XVII continuaba la tradición de la Edad Media española. El barroco llega a la América colonial sin el tránsito obligado por el Renacimiento. Así la pintura colonial es más expresiva que formal; el barroco agrega más patetismo y retorcimiento a una tradición que puede emparentarse con la de los primitivos de la Edad Media.

Temas de gran interés para un estudio orgánico de nuestra Cultura colonial que se mantienen todavía vírgenes.—*Mariano Picón-Salas*.

BIOGRAFIA

EUGENIA DE GUZMÁN, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES, por el Marqués de *Villa-Urrutia*.

Este libro (1) no corresponde al espíritu de la serie —*Vidas españolas del siglo XIX*— en que está incluido. No puede calificarse de biografía novelada; tal vez no merezca siquiera la denominación de biografía. Con él incurre su autor en un segundo pecado del mismo género, ya que *El General Serrano* adolecía de idéntico defecto. Y no es esto lo único. Su clasificación bibliográfica corresponde a la crónica periodística, más o menos exactamente; en tanto que la crítica da como sus rasgos dominantes la pesadez y la superficialidad.

Nada vive en esta obra. Ni siquiera la época que se pretende resucitar en ella. El Marqués de Villa-Urrutia, diplomático de profesión, consagra muchas páginas al estudio de la política internacional, sin la profundidad del jurista y con el atrevimiento de un redactor de vida social. Baraja muchos nombres altisonantes, campechanamente se refiere a sus dueños, relata con minuciosidad ciertas actuaciones de ellos; pero no revela juicio crítico ni solidez de conocimientos. Pudo, con el sistema que se propuso, haber

(1) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1930.

dado sensación de totalidad, destacando la figura central por contrastes. En cambio, no hace más que copiar las noticias publicadas en los diarios de la época, acotándolas con recuerdos personales, de muy escaso interés, y con esa reticencia antipática de todo snob insuficiente que ha tratado con grandes personajes en épocas trascendentales. Todo lo cual está realizado en el libro con un estilo que merece el rencor de los lectores.

Anotemos un error grave, en la portada. La Montijo no puede ser denominada Emperatriz de los franceses; porque este título, ni era el suyo oficialmente, ni le fué asignado cariñosamente por sus súbditos. Por el contrario, la alianza matrimonial le deparó un Imperio en donde siempre se le hizo sentir su condición de extranjera y se miraron mal sus intromisiones políticas. Si fué la Emperatriz de Francia, no logró serlo de los franceses. Villa-Urrutia no lo ignora y deja constancia de ello en algunas páginas del libro; pero señala en la portada una posición psicológica falsa.

Muy sensible es que una obra de tan escaso valor histórico, crítico y literario haya sido consagrada a la memoria de un personaje a quien prestan tanto relieve la idiosincrasia romántica, la dualidad de patrias, la época en que actuara y la psicología de quienes le rodeaban. Lástima también que a la pluma del diplomático fino y culto asome aquello que llama Ortega y Gasset el mal de los españoles: la chabacanería. Lo decimos entre otras

cosas por la frase final del libro: *...sirva este ensayo de homenaje rendido, con respeto a la verdad, a la rica hembra española que fué Emperatriz de los franceses.*—F. Ortúzar Vial.

HISTORIA

EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA, por Alfonso Reyes.

En nuestra literatura americana no abunda el problema moral, la situación ética del hombre ante los sucesos, los seres y las cosas. Estamos todavía en la era del instinto y la descarga de ese instinto: aventura o pasión colma las páginas de nuestros libros literarios. Exponerlo no constituye reproche, pues esta forma de expresión es la que quizá conviene a nuestro estadio cultural, a esa cantidad de realismo no revelado que se agita en el subsuelo de nuestra vida americana. En este sentido los novelistas nos sirven más que esos historiadores de lo externo, tan frecuentes en nuestras tierras.

Pero hubo en México... Se reveló en México allá por el año 10 u 11, una generación que surgida en el ocaso de la larga dictadura porfirista, tuvo como tema de contemplación aquello que el materialismo de la tiranía no había considerado. Esa tiranía (como todas) quiso resolver el problema del pueblo apuntando al estómago y esperando supersticiosamente que el avance de una técnica transformadora (seis o siete mil kilómetros

de ferrocarril, grandes usinas eléctricas) detendría el grito de las conciencias. Mientras Porfirio Díaz hacía construir las últimas líneas de ferrocarril de la tupida red mexicana, una generación estudiaba a los filósofos en la Escuela Nacional Preparatoria; descubría, a pesar del pseudo positivismo científico con que los periódicos y el sistema de enseñanza mistificaban la opinión de entonces, una nueva jerarquía de valores morales y estéticos. Hombres de tanta influencia en la América española de hoy como Alfonso Reyes y José Vasconcelos pertenecen a ese grupo mexicano. Y aunque individualmente sean tan distintos: artista Reyes y apóstol Vasconcelos, contemplativo el primero, y hombre de acción el segundo, coinciden en el momento y la conjunción histórica. O a lo menos por opuestos caminos se encuentran en el método crítico y la postura ante lo nacional y lo americano.

Caracteriza a Alfonso Reyes una comprensión que sabe situarse en la frontera precisa de lo racional y lo afectivo; comprensión seguramente la más fina que posea cualquier ensayista de América en este momento. Una prosa que agrega al dibujo clásico el ornamento barroco: ha escrito en esa prosa admirables retratos, interpretaciones de tanto colorido como esa *Visión de Anahuac*, 50 o 60 páginas de perfecto estilo que pueden corresponder en nuestra prosa americana a las otras tantas de *San Julián el Hospitalario* en la prosa francesa. Una América fabulosa ya

hecha cultura, organizada en ritmo vital, resucita con el colorido de los códigos aztecas en la evocación de Alfonso Reyes. Mente curiosa, equilibrada inquietud, que reúne en la misma armonía creadora al ensayista, al poeta, al filólogo y al erudito. De los relatos de *El plano oblicuo*, tan cargados de vida interior, de arbitrariedad hecha poesía, de misterio romántico, se pasa en la obra de Reyes al comentario sabio—como en sus trabajos de erudición gongorina—o al condensado ensayo o la notícula plena de forma e intención, como en los cinco volúmenes de *Simpatías y Diferencias*. En todo—en la prosa de ficción como en la papeleta del filólogo—la armonía y gracia precisas, ese que en el siglo XVIII se llamaba «el buen gusto», pero sin el esquematismo antivital de aquella preceptiva. Seguirle por los meandros de una obra tan variada a pesar de sus 42 años es escogido deleite. Escritor que no aspira al gran público porque sabe el lenguaje atinado sin amaneramiento que requieren las minorías.

Ahora un nuevo ensayo, más de minorías que otros suyos, en que toca uno de esos problemas de meditación trascendente, que en nuestra literatura, tan tupida de hechos nimios, parecen excepcional hallazgo. Inquietud ética en el más alto sentido, que la fina sonrisa de su prosa sabe transformar también en motivo estético.

Es un pedazo de biografía; el encuentro por el escritor de una realidad que apunta a su conciencia, le remueve ideas adquiridas,

tiende a imponerle un nuevo derrotero moral, el que ha escrito Alfonso Reyes en *El testimonio de Juan Peña* (1). Viene la obra dedicada a «los dos o tres compañeros que estudiaban conmigo la *Ética* de Espinosa, en la azotea de cierta casa de México, allá por mil novecientos y tantos». Estos jóvenes que, a pesar de leer a Espinosa, tienen el orgullo de sus exquisiteces intelectuales y disfrutaban de un medio urbano tan próspero como el de la ciudad de México bajo el otoño de la dictadura porfirista, salen a la práctica de sus estudios de Leyes en los litigios de aguas o terrenos de los indios del interior. Van a conocer a los caciques que oprimen a los indios; y hasta el momento de partir de la ciudad, aquello casi se anuncia como folklórica y pintoresca excursión de intelectuales. Antes, un retrato moral de los mozos excursionistas:

¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos—digamos—desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro. *El verdadero Juárez*. Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que ensayaba en su cátedra oficial don Carlos Pereyra, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado en una impostura. A veces, abríamos la *Historia* de Justo Sierra y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugerencias audaces—audacísimos para aquellos tiempos, y más en la

(1) Rio de Janeiro, Officinas Villas Boas, 1930.

pluma de un ministro—. El positivismo mecánico de las enseñanzas escolares se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos aires nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática vacilaba y que la física ya no se guardaba muy bien de la metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio. Poníamos en duda la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de la cultura en los escritores «modernistas» que nos habían precedido, y los academistas más viejos no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la redención del indio! Sabíamos que los tutores de nuestra política—acaso con la mejor intención—nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado—torvo de problemas provisionalmente eludidos—nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar; el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma—única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos!

A dos pasos de la capital, nuestra vaga literatura, nuestro europeísmo decadente, daban de súbito con un pueblo de hombres morenos y descalzos. Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras

de magüeyes como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo, porque el trabajo de cañerías perturba quién sabe qué sórdidos negocios de un alcalde tiránico. Las espaldas de los indios muestran, a veces, cicatrices. Y nuestra antigua Constitución—poema jacobino fraguado entre los relámpagos de la otra guerra civil y nutrido en la filosofía de los Derechos del Hombre—comienza así: «En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional recobran, por ese solo hecho, su libertad.»

En las afueras de la capital empieza ya la vacilación de los mozos. Y su diletantismo metropolitano y las literaturas decadentes, que hasta entonces los nutrieran, no los preparaban para afrontar esta obstinada realidad. El México de las campiñas es muy diverso de la gran capital burocrática y moderna que enorgullece a Porfirio Díaz:

Nunca olvidaré las emociones con que recorrí aquella calle. Por todo el camino nos fueron saliendo al paso los indios, los indios en masa. Se arrancaban precipitadamente los sombreros de palma, y casi se arrojaban a nuestros pies, gritando:

—Nos pegan, jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni dónde enterrar a nuestros muertos.

.....
Con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del Sol.

Ese retorcido asombro de las cosas que uno no puede remediar; un choque en la conciencia—¡a ellos que se sentían tan nietzscheanos y seguros!—, una como subitánea revisión de sus antiguas normas vitales, una responsabilidad abrumadora surgida de pronto, parecen gravitar trágicamente sobre los paseantes. No fué tan divertido y simple el paseo de los hombres urbanos por la campiña. Ya retornan hacia la vecina estación del ferrocarril, en rurales caballejos. Observan:

Con la noche que se avecina, el campo va echando del seno tentaciones inefables de combate y de asalto. Caemos sobre la estación como en asonada. ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicotencatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pezuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!

Esto ocurría, como hemos dicho, en los últimos días de la dictadura porfiriana. Nada hacía sospechar la futura tormenta. Sólo en el espíritu de Alfonso Reyes y de los hombres de su generación se escribía ya la cifra zigzagueante de un nuevo destino.

¡Hermoso este breve libro que como todos los del maestro mexicano guarda en la disciplina gozosa de su estilo un denso contenido espiritual! Nuestras literaturas sofocadas de instinto informe, con las

lianas colgantes de la improvisación y el «dejar hacer», encuentran en escritores como Reyes el imperativo ético, la clara ordenación de la inteligencia.—*Mariano Picón-Salas.*

LA CENSURA POR DENTRO, por
Celedonio de la Iglesia.

Durante 1930 gran parte de la actividad editorial española—libros, folletos, periódicos—se ha ocupado en ventilar los siete años de gobierno del general Primo de Rivera. A lo largo de esos años estuvo la vida española cercada, constreñida, taponada. Apenas si los españoles podían entonces comunicarse unos con otros. A veces una carta íntima entregada a la inviolabilidad postal constituía la primera foja de un proceso. Terminaron, pues, los siete años y todo lo que se hallaba contenido se desbordó. Difícilmente se encontrará en la historia un enjuiciamiento moral más intenso y acucioso que el originado por la Dictadura española.

A este proceso pertenece el libro del señor de la Iglesia, aunque tal resultado esté bien lejos de la admiración que hacia el general desaparecido testimonian algunas de sus páginas. Ya en el prólogo, que pertenece a Rafael Marquina, se hace constar la radical oposición existente entre todo régimen de censura y la salud espiritual y material de los pueblos. Y en el texto, el propio señor de la Iglesia, que fué Jefe del Gabinete de Información y de Censura de Prensa establecido por Primo de Rivera,

la execra también porque, según su personal experiencia, significa

falta de fiscalización, circunstancial e inevitable defensa de ilegítimos intereses, coacción y limitación a la libertad del pensador, estancamiento del progreso y mejora de la humanidad, conservación indefinida de autoridades de todos los órganos algunas veces injustas o inmorales, lesión de intereses económicos de empresas editoriales y periodísticas con la complicación y perturbación de su funcionamiento...

Tal es la conclusión o la moraleja expresa de *La censura por dentro*. No es una novedad. El interés del libro reside en la posición ocupada por el autor dentro del mecanismo de la censura y en la íntima visión que nos trasmite de cuantos personajes se relacionaron con ella. A todos trata don Celedonio con mucho afecto, pero este afecto no le ha impedido verlos como eran y como actuaron a su vista sobre la vida pública española. De Primo de Rivera nos cuenta la ingenua egolatría, el orgullo mesiánico, la susceptibilidad ante las expansiones de confianza que él mismo solía provocar en los demás. A él, al señor de la Iglesia, recibíalo con frecuencia en su cuarto, mientras se vestía o se desnudaba sin ningún melindre.

Estaba impregnado—dice—de tal superioridad y despreocupación de mi persona que a mí me rebajaba y humillaba, imprimiéndome un sello de insignificancia, ya que no de servidumbre.

Refiere asimismo el libro cómo escribía el General sus célebres

notas oficiosas, las cuales habían de ser publicadas luego por los periódicos obligatoriamente. Primo de Rivera las redactaba en la madrugada, improvisándolas con una facilidad y rapidez que para el señor de la Iglesia resultaban asombrosas. Claro está que leyéndolas al otro día todo resultaba comprensible. De vez en cuando dejaba el General un trocito en blanco, y al margen escribía una nota indicando que se pudiese allí «un latín muy conocido».

Con estas menudas visiones *La censura por dentro* refleja un trozo bastante decisivo de la vida pública española en los últimos años y ayuda a percibir el camino por el cual ha llegado España a su actual efervescencia.—R. C. M.

JUSTICIA

SACCO Y VANZETTI. UN GRAVE ERROR JUDICIAL, por el *Dr. José Agustín Martínez*.

Empiezan a aparecer en castellano los libros dedicados al estudio o narración de los pormenores del proceso que llevó a la silla eléctrica a los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti. Upton Sinclair ha publicado una historia novelada del asunto. Por su parte, Nathan Asch ha escrito *22 de Agosto*, libro que recoge las impresiones de un empleado vulgar en ese día memorable para la clase obrera mundial. Pero la lista sería enorme, pues la cantidad de literatura que se ha escrito y editado sobre la materia tiene

proporciones gigantescas. Un Comité de ciudadanos yanquis, que se propuso la tarea de publicar los documentos relativos a este proceso llevaba publicados, en 1928, siete tomos. Nunca un asunto apasionó tanto a la opinión pública norteamericana y del mundo. El día de la ejecución de los condenados, en todas las grandes y aun en muchas pequeñas ciudades de Europa, de Asia y de América se celebraron mítines, se iniciaron huelgas, se promovieron motines. Principalmente en Norte América el movimiento a favor de los reos y en protesta del fallo que los condenaba, tomó proporciones inusitadas. En Boston, la Atenas norteamericana, la multitud llenaba las calles.

Grupos innumerables marchaban en todas direcciones, pero de una manera particular frente al State House, en las cercanías de la prisión, el célebre Boston Common. La policía dejaba acercarse a los manifestantes, les permitía caminar un cierto número de pasos y después los conducía a la Estación de Policía de la calle de la Alegría. Hombres de letras, periodistas, mujeres, profesores, poetas, abogados de nota estaban aquel día entre los detenidos. Edna St. Vincent Millay, la dulce poetisa de estilo incomparable; el capitán Paxton Hibben, diplomático, corresponsal de la guerra y oficial del Ejército; John Dos Passos y H. John Howars Lawson, filósofos y literatos; Paula Holladay, la gentil *Polly* del famoso restaurant de Greenwich Village, el barrio latino de Nueva York; Alfred Baker Lewis, figura prominente del Partido Socialista; la profesora Ellen Hayes, de Wellesley College, de setenta y seis años de edad, marchando recta, con su cabeza erguida, la hora más seria

de su larga vida escolar. Cuando se la condujo a la Estación de Policía:

—¿Cuál es vuestra ocupación?— le preguntó el sargento de guardia.

—Profesora de Astronomía y de Matemáticas aplicadas—fué la respuesta.

Pero nada de esto detuvo la mano de la justicia norteamericana, empeñada en hacer desaparecer, en Sacco y Vanzetti, más que dos criminales, dos hombres de ideas avanzadas.

Este libro del doctor José Agustín Martínez (1) estudia el caso desde el punto de vista del Derecho Penal. Es un libro interesante, no tanto por lo que dice el doctor Martínez, que en conjunto dice muy poco, sino por lo que expone. Vienen transcritos casi todos los discursos fundamentales del proceso, los de los abogados, los del juez, los del fiscal, los de los reos, además de innumerables declaraciones de testigos. Leyéndolos, el lector puede formarse una clara idea de los acontecimientos y formular un juicio sobre la verdad de las cosas y sobre la justicia o injusticia que guió al Jurado que pronunció la sentencia de muerte. En este sentido, es un libro útil.

En otro sentido, es un libro horrible. No hemos visto jamás una publicación tan descuidada. La puntuación casi no existe en algunas partes, y en otras hay un galimatías y un cúmulo tal de errores que fatigan al lector, impidiéndole continuar la lectura. La traducción del inglés al castellano de

(1) Cultural, S. A. Habana, 1930.

los discursos está hecha sin orden ni acierto. Véase este párrafo:

Veamos, por ejemplo, a Mrs. Brini. Mrs. Brini, una testigo muy conveniente para el acusado Vanzetti. Vosotros recordáis que por acuerdo entre los abogados fué convenido que Vanzetti había vivido en casa de su marido (sic) durante los cuatro años primeros que pasó en Plymouth, y que una hija de este matrimonio, la pequeña Lefavre, de diez y seis años de edad, dijo que Vanzetti era su más íntimo amigo y que lo consideraba como uno de la familia, y que estaba allí en la casa casi todas las noches y una o dos veces durante el día. La señora Brini, también se ha convenido, que en otra causa, cuando otra fecha fué alegada acerca del paradero del mismo Vanzetti, declaró igualmente en relación con aquella otra circunstancia, y se os ha presentado como una testigo lista para declarar en beneficio de su amigo, el acusado Vanzetti, en cualquier oportunidad.

El discurso, así, no es un modelo de claridad. Es lamentable que en libros que deberían ser especialmente nítidos y fáciles de leer, se encuentren galimatías de esta índole y otros peores.—M. R.

SOCIOLOGIA

LA FAMILIA, por F. Müller-Lyer.

Después de estudiar en su *Phasen der Kultur* la evolución económica de la sociedad y de formular respecto de ella la ley de la socialización del trabajo, Müller-Lyer emprende en este libro (1) una tarea análoga

(1) Ediciones de la *Revista de Occidente*. Madrid, 1930.

sobre la evolución geneonómica. Geneonomía es el conjunto de los fenómenos relacionados con la procreación humana, por ejemplo—y desde un punto de vista sociológico—el amor, el matrimonio, el clan, la familia, el divorcio, el parentesco, etc. Este nuevo estudio debe conducirlo igualmente a la formulación de una ley. El medio de investigación adoptado por Müller-Lyer es el que ha denominado *método faseológico*. Representa la adaptación a la sociología de un procedimiento empleado en las ciencias naturales. Es muy interesante que sepamos en qué consiste porque él nos dará una intuición total de la obra de Müller-Lyer, que no consta sólo de este libro (1). El método faseológico procede descomponiendo la evolución de la cultura en *fases* y extrayendo de su confrontación las líneas directrices del progreso. Estas líneas directrices indican en qué dirección se mueve la cultura y permiten, por último, obtener las leyes directrices.

La faena, que dentro del propósito de Müller-Lyer debe aplicarse tanto al proceso geneonómico como al económico y al demonómico, es de proporciones realmente gigantescas, y supone la posesión de una suma de datos pertenecientes a todos los sectores de la cultura, que sólo puede ser obtenida y depurada por un ejército de fuertes investigadores.

Sin embargo, Müller-Lyer conduce su plan a un asombroso

(1) El plan total de Müller-Lyer comprende dos procesos de investigación. En el presente volumen sólo da término al primero.

desarrollo. Se propone someter primero la evolución geneonómica como un todo al método faseológico. La tarea está cumplida en las 400 páginas del libro. Luego deberá aislar de ese conjunto las diversas sub-zonas particulares y someterlas en todo su proceso al mismo método. Finalmente intentará llegar al más alto conocimiento de la evolución geneonómica mediante las líneas directrices suministradas por el estudio faseológico: la noción de la ley directriz geneonómica.

Al comenzar su trabajo divide la evolución total geneonómica en tres grandes épocas: la del parentesco, la familiar y la individual. En la primera el principio de la descendencia común y de la consanguinidad es la base de la constitución social. Su principal concreción es el clan. En la segunda, el clan se disuelve y es sustituido por el Estado y la familia. En la tercera comienza la disolución de la familia, como antes la del clan, y se destacan con creciente vigor y desarrollo la sociedad y el individuo. Advierte Müller-Lyer que esta división no debe interpretarse en el sentido de que exista un principio exclusivo de organización en cada época, pues el parentesco, la familia y el individuo social han existido en todas ellas. Sólo se trata de que en cada una tienen su hegemonía el clan, la familia y el individuo respectivamente sin que los otros principios dejen de existir en absoluto.

Encara el estudio de estas épocas con las subdivisiones que para

cada una establece y examina sus fenómenos característicos. La evolución geneonómica resulta entonces nítidamente perceptible y la línea directriz va haciéndose patente. Luego puede anticipar la ley fundamental geneonómica: *El movimiento cultural progresa de lo gregario y animal a lo individual y personal.*

Corresponde este resultado, en su sentido particular, a la ley común de la evolución de la cultura que Müller-Lyer ha formulado anteriormente: *La evolución de la cultura avanza de lo orgánico a lo superorgánico.*

Lo geneonómico, esto es lo que tiene su base en la reproducción, es un territorio del mundo orgánico. Así es que la sociedad estaba originariamente constituida según el principio orgánico de la consanguinidad, lo mismo que una colonia de hongos que crece en el muñón de un árbol o un hormiguero, como dice el autor. Con el progreso y perfeccionamiento de la sociedad, las formas orgánicas se van transformando en superorgánicas y lo puramente geneonómico deja poco a poco de ser el fundamento de la organización humana. La visión de la actualidad descubre un proceso en el que, mientras se acrecienta la organización social, la familia se disgrega y muchas funciones familiares pasan a ser de la sociedad. Este proceso llegará a su límite tan pronto como la familia se haya liberado de todas las funciones sociales, entregándolas a la sociedad, y se haya convertido en una institución netamente geneonómica.—R. Cabrera Méndez.

FILOSOFIA

LOS SEIS GRANDES TEMAS DE LA METAFÍSICA OCCIDENTAL, por *Heinz Heimsoeth.*

La amplia y atinada labor de divulgación cultural que realiza la Biblioteca de la *Revista de Occidente* se ha enriquecido últimamente con una versión del libro de Heinz Heimsoeth sobre los temas cardinales de la metafísica occidental (1), valiosa contribución a los estudios filosóficos, que revela una información admirable, al par que una labor de síntesis de la mejor calidad. Libro de difícil lectura por su densidad conceptual, el de Heimsoeth ofrece a los especialistas una vasta interpretación del desarrollo del pensamiento metafísico en Occidente, considerando su actitud característica frente a los problemas decisivos del espíritu. Cada tema está tratado con minuciosa abundancia de datos y una singular comprensión de sus conexiones filosóficas antiguas y modernas.

Según Heimsoeth se impone una revisión de los conceptos que han imperado tradicionalmente en la Historia de la Filosofía y, en general, en las investigaciones históricas. Debemos aprender a prescindir de la

cómoda hipótesis según la cual cabe derivar de cierta potencia histórica (la economía, v. gr., o el curso de la política) todos los demás movimientos; cuanto mejor sepamos diferenciar la multitud de las corrientes autónomas y amplia-

(1) Madrid, 1930.

mente ajenas unas a otras, tanto más segura podrá ser la esperanza de lograr resultados decisivos, para las cuestiones generales, mediante la coincidencia de las distintas investigaciones.

Hasta aquí la evolución de la filosofía se ha considerado dentro de los lineamientos establecidos para la historia general de la cultura, sin reparar en la peculiaridad de sus problemas, en la autonomía de su desarrollo orgánico. La división de la Historia Universal—tan justa y elocuentemente criticada por diversos historiadores alemanes y, en especial, por Spengler—en Antigua, Media y Moderna, rige actualmente para el desarrollo del pensamiento filosófico. Bajo la influencia limitadora y arbitraria de este prejuicio, es fácil incurrir en errores de interpretación. Así es corriente afirmar, por ejemplo, que la filosofía moderna, iniciada con el movimiento renacentista, significó una ruptura con el pensamiento escolástico medieval y una vuelta al espíritu libre y al naturalismo de los maestros griegos. La Edad Media, según el concepto vigente en la época de la Enciclopedia y en el siglo XIX, cargado de énfasis laico, habría sido un período de estancamiento de la especulación filosófica, una era de «oscurantismo», como se diría con palabra grata a los progresistas.

Sin embargo, examinando con recto criterio crítico y filosófico desprovisto de preconceptos provenientes de otras esferas del interés humano (v. gr. la política), el conjunto de las corrientes de ideas

medievales y modernas en relación con las tendencias del espíritu antiguo greco-latino, se advierte entre ambos mundos ideológicos diferencias sustantivas. En cambio entre las tendencias espirituales anteriores al Renacimiento (escolástica, mística) y las filosofías que arrancan de aquella época, es fácil notar los rasgos de esencial parentesco que las definen como pertenecientes a un mismo núcleo histórico.

Sin duda, una de los rasgos del Renacimiento fué la tendencia a construir un orden vital fundado en la razón libremente ejercitada, con independencia de los poderes teológicos que, en los siglos anteriores, habían dado el tono de la vida; pero no hay que desconocer que esta separación entre lo divino y lo humano ha sido exagerada notablemente por los historiadores que deforman los hechos de acuerdo con su particular actitud ante los problemas. Ni siquiera en las tentativas del pensamiento filosófico podría afirmarse un radical desvío de las rutas tradicionales. Las fuentes religiosas del alma occidental siguieron alimentando la metafísica.

Heimsoeth intenta trazar los perfiles del pensamiento metafísico del mundo occidental cristiano, esbozando la discusión de algunos

temas que son de todos los tiempos, pero que sólo desde fines de la Edad Media llegan a tener plena resonancia.

Algunos aspectos de dichos temas emergen en la antigüedad; otros

resuenan en el período helenístico-oriental; pero todos ellos, al manifestarse en el área histórica del occidente cristiano, adquieren inusitada plenitud.

El problema de Dios y del mundo, la idea del infinito, el alma y el mundo exterior, el ser y la vida, el individuo, el intelecto y la voluntad, son los grandes temas tratados en el libro de Heimsoeth, quien los examina a través del espíritu de los distintos pensadores de rango que ha tenido el Occidente desde S. Tomás hasta Nietzsche. Trabajo de formidable erudición, llevado a término con vigorosa seguridad y un acierto pleno.—E. G.

VIAJES

ITINERARIO DE LA INQUIETUD, por
Ricardo A. Latcham.

Los libros esperados mucho tiempo desencantan siempre un poco. En la nebulosa creada en torno a ellos por su autor, que diariamente nos da una noticia nueva sobre su contenido y sus caracteres, se fijan rasgos que luego la realidad se encargará de herir. Es muy raro que en estos casos la publicación del libro sirva para elevar nuestro juicio previo. Generalmente nos formamos sobre los libros en gestación ideas muy entusiastas, es decir, muy imprecisas. *Itinerario de la inquietud* (1) no es una excepción a esta particularidad.

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.

De las noticias que su autor nos proporcionaba íbamos coligiendo que este libro contendría tantas excelencias como páginas, si no más. La verdad es que es un libro curioso, alegre, hecho con cierta despreocupación de buen tono; parece haber sido redactado en instantes de muy diversa catadura, como marcaba el humor del viaje, y entregado a la prensa sin mayor pulimiento ni lima. Desde este punto de vista es un libro espontáneo, escrito como por un *amateur*, al cual le da tanto decir una cosa como la opuesta. La actitud del escritor profesional debe ser, como se comprenderá, muy distinta. Y Latcham, desde muchos puntos de vista, tiene que ser considerado como escritor profesional.

Si se quiere definir el estilo de este libro, habrá que decir de él que abunda en expresiones gratuitas; es decir, en relaciones antojadizas de vocablos, que podrían ser trastrocadas en forma absoluta sin que el sentido sufriera en lo más mínimo, y esto porque a menudo tales expresiones no tienen sentido alguno. En la página 59 el autor dice:

Mientras una *escarcha de alcoba* desgarrar su intimidad, afuera el día da su ofrenda a los hombres y nos crucifica el instinto.

Del mismo modo que aquí se han unido las palabras *escarcha* y *alcoba*, se podrían haber juntado cualesquiera otras parejas de palabras: el resultado habría sido notoriamente el mismo. En la página 101 se ofrece una expresión

igualmente gratuita: el autor califica de «duras de silencio» a unas calles de Gerona. Se comprende que al decir *blandas del silencio*, la sugerencia—para el lector, se entiende; el autor tiene derecho a refutarla—será semejante o igual.

Esto es lo que llamo expresión gratuita y que podría llamarse también reversible. Pues bien, la definición del estilo literario justo y preciso es enteramente opuesta. Cuando se emplea una palabra se le debe dar en lo posible el significado que esta palabra tiene para todos los que hablan o escriben el idioma en que autor y lector se están entendiendo. Si no es así, se corre peligro de que el autor se quede sin lectores. Pero hay otro camino, y es el que ha usado el señor Latcham. No es que el autor de este *Itinerario* haya querido sugerir con las palabras exactamente lo contrario de lo que estas por lo común representan, sino que ha querido significar cualquier otra cosa. Es decir, nos encontramos ante un estilo apto para ser entendido de más de una manera, o bien... de ninguna, como ocurre con varias frases de las que aquí vamos encontrando.

Así ocurre en la página 122 («Por todas partes hay una captación de las cosas»); en la página 165 («El pasaje es escaso, pero exalta voces y quiebra sus alegrías en gestos extraños»); en la página 221 («El día devuelve el olor de la selva, densificado de espesor»), y en muchas otras que sería ocioso citar.

Se observa también en este libro

cierta vacilación en el autor cuando debe referirse a nociones científicas o históricas concretas. Al tratar de Montserrat leemos lo siguiente (página 68):

Una inteligente restauración del claustro, dirigida por el arquitecto Puig (1) y Cadafalch, lo reanima con la alada gracia del estilo romántico.

Si algo distingue al estilo románico de los demás estilos arquitectónicos es su pesadez, su falta de elegancia. Es difícil concebir nada más ajeno a la gracia del gótico—que sí puede ser llamada *alada*—que la macicez y grosería del románico. No, no es ni puede ser gracioso ni alado un estilo en que se combinan arcadas pesadísimas, columnas ventrudas y de fuste muy corto y puertas rectangulares casi cuadradas. A renglón seguido el autor confirma la impresión visual enteramente ajena al románico:

Arcos y pilares de una sencilla esbeltez y de una distinción pulida.

Sencillos sí; esbeltos no. Todos los elementos del estilo románico se confabulan para contradecir la afirmación del autor, que indudablemente ha querido referirse al estilo gótico o a una modulación peculiar del gótico producida por un arquitecto contemporáneo como Puig y Cadafalch.

(1) El autor pone Puich por Puig. Se comprende que es un *lapsus calami* producido porque ese apellido los catalanes lo pronuncian en la primera de esas formas.

Más adelante (Pág. 72) el autor escribe:

Yo, a pesar de mi apellido británico, tengo una partícula de sangre árabe, esto es, española. De ahí nace mi afición a meterme en los cafés y a descabezar el tiempo con tranquilidad *moruna*.

Para el señor Latcham, por lo citado, árabe vale moruno, y es la verdad que no hay tal. El pueblo árabe es un pueblo que se extendió y se extiende en el Asia Menor (Arabia Félix), mientras que el moruno es un pueblo que ocupa la parte norte y occidental del continente africano (Marruecos). Ambos pueblos invadieron la península española en los siglos medios y dominaron allí con sus respectivas culturas. Pero entre uno y otro hay considerables diferencias, del mismo modo que entre la dominación de cada uno hay una distancia temporal nada pequeña.

La lechuza, ¿es mamífero o ave? Posiblemente todos creamos de buenas a primeras que la lechuza es un ave como cualquiera, y que se multiplica por medio de huevos y tiene los demás caracteres propios de las aves. No parece que es así, sin embargo, si se leen las siguientes palabras en la página 209 de este *Itinerario*:

Mercedes fué iniciada en secretos infernales por Mama Camambura, que distinguía los destinos en los astros y colocaba parches milagrosos, hervidos en *leche de lechuza joven*.

El autor acoge aquí, como se ve, prácticas de hechicería, pero al

trascibir la extraña receta mágica de Mama Camambura no se cuida de hacer notar que él, como hombre culto que es, no puede tragarse esta leche de lechuza joven, no porque sea repugnante bebida, sino sencillamente porque no existe. La lechuza, como ave, no tiene leche, pese a los hechiceros de veinte generaciones.

Queda todavía por estudiar en la forma de este libro un gran número de imperfecciones, algunas relativas meramente a la sintaxis, otras atañederas a la lógica. El capítulo gramatical en el estudio de las obras literarias es el más enojoso y a menudo el menos fructífero. Los mismos escritores que leen un artículo en que se repara la gramática de sus colegas sonríen con cierta superioridad y parecen indicar con esta sonrisa que en sus libros no hay ni habrá jamás deslices de este género. ¡Cuántas veces hemos visto a Latcham mismo comentar jocosamente los dislates de más de uno de los escritores noveles que confunden lo negro con lo blanco y Europa con la Oceanía! Hoy le toca el turno a él, y debemos confesar que la experiencia es dolorosa, especialmente para los que somos sus amigos.

Nuestro escritor construye mal:

La sangre se aligeraba y su hervor se taja con la fría espada del amanecer» (Pág. 58); «Es la Palma pintoresca de los arrabales, de las calles con olor a marisco y a sudor. con barniz de mugre y vías estrechas, donde se vacila y se tropieza» (Pág. 125); «Una, diez, cien» (Pág. 126); «Randa emerge en forma de dos cumbres, suavemente tornea-

das, y teniendo la prolongada cuesta por base común » (pág. 131); «Encierro moro y lánguido, que se desea desflorar» (pág. 159); «Laten los vicios que palidecen la faz de los mortales» (pág. 169); «Nunca siento idéntica desigualdad» (pág. 189), etc.

La concordancia, principio inflexible de acuerdo lógico, no siempre es respetada en las páginas de su libro:

Hay limoneros, naranjos, laureles griegos vibrantes de ruisseños y por doquiera brota salvaje y libérrimo el hinojo marino, la malvarrosa y la violeta tímida. (Pág. 145.)

Dejamos Miramar y a los veinte minutos nos encontramos en la aldea de Valldemosa, que atrae a los turistas por su cartuja restaurada, en una de cuyas celdas vivió Chopin y su amiga Dudevant. (Pág. 146.)

El gran puerto se entrega con una resonancia y un fragor que recuerda a Amberes, Liverpool o Barcelona. (Pág. 168.)

Bajo esas caparazones violáceas y purpúreas vive la sal, el yodo y el gusto del Mediterráneo. (Pág. 171.)

La luz y la calma que han menester los escritores de París no la puede dar una ciudad tumultosa. (Pág. 185.)

¿A qué seguir? Contar estas cosas en un libro puede ser ocioso, Hay sin embargo un principio de lealtad más humana y cordial que literaria que nos obliga a decir esto. Conocemos desde varios años al autor, y en su compañía hemos reñido varias batallas interesantes. Ideas comunes de renovación literaria nos hacen ver en su actividad bullente, en su dinamismo inquieto,

aliados fructuosos para la vida de las letras chilenas. ¿Cómo cerrar hipócritamente los ojos sobre estas deformidades? Ninguna consideración de amistad sería suficiente para aconsejarnos esa actitud. Por lo contrario, creemos hacer una ofrenda a la amistad al decir claramente al autor del *Itinerario de la inquietud* que esta vez no ha acertado en su camino y que por respeto propio, si el respeto al público no es cosa que pese mucho en su ánimo, debió haber aligerado su libro de algunos de estos tan visibles errores.—*Raúl Silva Castro.*

POESIA

EL MIAJÓN DE LOS CASTÚOS (Rapsodias Extremeñas), por *Luis Chamizo.*

Un libro de poesías que alcanza una tercera edición en un medio intelectual tan poco dado a la verdadera poesía como es el español, forzosamente habrá de ser algo muy bueno, o... muy malo. Esta afirmación aunque parezca perogrullada, tiene su razón de ser. La repetición de la demanda de poemas determinados puede indicar un poeta de corazón que ha plantado su fama y su personalidad en medio del público lector, y tal sería el caso de los hermanos Machado, poetas en todo el sentido de la palabra y cuyas publicaciones han sido agotadas por todos los públicos; como también puede indicar, y este es el caso más generalizado, la existencia de

un versificador propenso a halagar los oídos del grueso público, tan grueso como incomprensivo.

El caso de Chamizo es altamente interesante. Podemos afirmar sin temor que la tercera edición de su libro (1) es una comprobación de que también los buenos poetas pueden llegar a ser populares. Y con mayor motivo que ninguno Chamizo, que proviene del pueblo y escribe poesías para el pueblo en el lenguaje que habla el pueblo. Hace algunos años, en sus giras de recitadora, Bertta Singermann dió a conocer *La Nacencia* de Chamizo y desde entonces figuró dicha poesía en lugar de primacía en sus programas. El lenguaje popular, rudamente popular, en que está escrita *La Nacencia* y toda la obra poética de Chamizo, acaso le restará lectores entre aquellos que creen que la poesía no puede expresarse en el habla del pueblo. Pero Chamizo tiene por fortuna en la expresión de sus sentires el hallazgo perfecto de la expresión brava y de la expresión de ternura; braveza y ternura populares se entiende. Pero esta misma rudeza campesina de sus poemas le presta a toda su obra un carácter de fuerza de expresión realmente sugerente y encantador. Así:

¡Qué trabajaora!
 ¡Qué guapa y qué güena!
 ¡Si paece mintira que tanto
 me quiera!

Son las expresiones de ternura de un novio serrano, y, ellas, que

(1) Ediciones de la C. I. A. P. Madrid, 1930.

no tienen ninguna novedad, encierran, sin embargo, un agradable perfume de cosa sana, rústica, incontaminada de tendencias o modalidades artísticas, que le dan una belleza inconfundible.

Hemos dicho que la fuerza de expresión puede considerarse como una de las características más marcadas de la poesía de Chamizo, si no la principal, y en efecto, la aplicación de modismos del más rudo lenguaje popular, del más sencillo, del más tierno, da como resultado una poesía ruda, sencilla y tierna, pero poesía al fin. Las descripciones de la naturaleza se hacen con el mismo procedimiento. Un momento cualquiera: la puesta de sol de *La Nacencia*:

Bruñó los recios nubarrones par-
 [dos
 la luz del sol que se agachó en un
 [cerro
 y las artas cogollas de los árboles
 d'un coló de naranjas se tiñeron.

Con estas palabras tenemos mejor y más clara y poéticamente expuesta la puesta de sol, motivo esencialmente poético según los manuales retóricos, que todos los poemas en que se siguen las reglas que para conseguir la expresión poética da la propia señora Retórica.—A. V. A.

VERSO SIMPLE, por *Rafael Jijena Sánchez*.

Es la última producción poética del momento. Un pequeño libro de 75 páginas, suficientemente bien distribuídas, para formar una obra

poética. Hay todos los trucos de la escasa producción y el deseo de publicidad: hojas y hojas en blanco, títulos en hojas especiales, dedicatorias, etc. Y la obrita misma es como su título lo indica «verso simple» (1). Pero esta simpleza ya no es una cualidad, es una candoridad, una ingenuidad tan clara y tan sosamente expuesta que linda con el infantilismo. Huir de las complejidades psicológicas y verbalistas puede ser en poesía un acierto, pero de ahí a repetir canciones de cuna o gritos infantiles hay una distancia muy grande. Puede hacerse una obra poética sencilla y pura, pero poética, mas bajo la etiqueta de la sencillez no pueden cobijarse producciones simples, ingenuas, sosas. Veamos el poema *Pueblo de Dios* (Pág. 47):

Amo este pueblo pobre
que canta y que trabaja,
que tiene cuatro calles
y unas casitas blancas.

Amo este pueblo pobre
que tiene un cielo tierno
y purísimo, como
corazón de labriego.

Amo este pueblo pobre,
que tiene unas mañanas
sonrosadas y frescas
como caras aldeanas.

Amo este pueblo pobre,
a quien Dios le regala
para alumbrar sus noches
una luna dorada.

Amo este pueblo pobre,
religioso y festivo
que parte entre sus gentes
como un pan el domingo.

(1) Ediciones de Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1930.

Si se exceptúa la imagen contenida en los dos últimos versos, de cierto sabor moderno aunque no plenamente conseguida, no se encontrará en todo el poemita transcrito una nota de verdadera poesía. Simpleza y sencillez, pero expuestas en tal forma y desarrolladas de tal modo que han perdido su calidad primeriza y en conjunto no son otra cosa que sosería y puerilidad. Acaso este sea el vocablo que con más propiedad puede caracterizar la poesía del señor Jijena: no simpleza, sino puerilidad. Y es una lástima, porque cuando el autor sale del círculo estrecho y cerrado de su tono cansadamente infantil, logra obtener poemitas con notas de justa belleza. Así la letra para cantar número 6, dedicada a Manuel Machado (Pág. 23), *Elogio* (Pág. 67). Es lo único que puede salvar la infantil producción del señor Jijena. Todos los otros poemas, cual más cual menos, han traspasado los límites del concepto de simpleza para caer de lleno en el de puerilidad.—A. V. A.

A PROPÓSITO DE *Andina*.

Señor Director:

El crítico de mi obra *Andina* parece no pertenecer a la categoría de aquellos razonadores, que, como dice Sócrates en el *Gorgias* de Platón gozan más en verse confutados cuando caen en error que en confutar los errores ajenos. El tono algo agresivo de su contestación da a conocer este lado de su carácter; razón por la cual, si la discusión con él hubiera sido

meramente verbal, yo no habría perdido más tiempo en inútiles palabras. Pero el crítico escribe, y sus argumentos (apoyados en una larguísima lista de tremendísimos títulos) podrían inducir a error a los inexpertos. Por eso estimo conveniente contestar varios puntos de su doble impugnación, lamentando tener que chocar otra vez con su delicado temperamento. Pero *amicus Plato...* y con las líneas que siguen, cuidadoso de no invadir el terreno de las escuelas por correspondencia, y volviendo a repetir que sólo en vista de mi calidad de profesor contratado he debido descender a contestar tales artículos, pondré fin, por mi parte a esta polémica; si polémica puede llamarse a un intercambio de serenas y objetivas rectificaciones de mi lado y una serie de discutibles opiniones personales y datos inexactos (floreos de malévolas invectivas) del lado del crítico.

1) Dice a propósito del paso de Horacio:

uos exemplaria graeca
nocturna uersate manu uersate diurna,

que el venusino escribe en efecto *graeca*; pero que él ha substituído *para adaptarlo al caso uatum a graeca* porque nosotros no somos latinos sino neolatinos, y por lo tanto tenemos que leer a los *uates*, o sea a los poetas griegos y latinos. No hay que ser ni latinista ni grecista para apreciar toda la peregrinidad de tan ingenioso razonamiento.

2) *Quidlibet*, decía en su primer

artículo el crítico, no significa *totum* (tal vez repito quería decir *omnia* ya que *totum* equivale a lo total, lo entero). Bueno ¿Y a quién, sino a él, se le podría ocurrir que *quidlibet* quería decir *totum*? *Quidlibet*, agrega en su segundo artículo, significa *algo*. ¡Oíd pintores y poetas! Todos creíamos que cuando Horacio escribía «*pictoribus atque poetis quidlibet audendi semper fuit aequa potestas*» se os reconociera por el gran artista el más sagrado de vuestros derechos. «*Les peintres et les poètes ont toujours eu le commun privilège de tout oser*», como traduce J. N. M. de Guerles. Y en efecto *quidlibet* significa *quidvis, quidquid, quodcunque, quodcumque ex multis libet eligere, vel capere*, como puede ver en Forcellini *De Vit Lexicon Totius Latinitatis*, T. V., Pág. 48, s. v. *quilibet*, lo que uno le guste, cualquier cosa, todo y en ningún caso *algo*. No, dice ahora el crítico, a vosotros pintores o poetas no se os permite atreveros a todo sino que a *algo no más* (lo bastante tal vez para agradar al señor crítico).

3) ¿Qué decir de la etimología de *aequus* que en apoyo de su antojadiza interpretación de Horacio el crítico nos regala? *aequus*, dice él con apolínea imperturbabilidad, de *eikos* (si al menos hubiera escrito con acento, *eikós...* pero no es el caso de entrar en detallada discusión). Quienquiera que consulte un diccionario etimológico griego o latino—por ejemplo el de Boisacq: *Dict. Etymol. de la langue grecque*, Heidelberg, Winter, 1923, s. v. *eikon*, y Walde; *Lat. Etymol.*

Wörterbuch, Heidelberg, Winter, 1910, s. v. *aequus*—se dará cuenta de que presentar o sostener hoy tal etimología es cosa tan grotesca que ni siquiera en un diletante podría ser tolerada.

4) Sólo la necesidad, como bien lo observa Krebs en su *Anti Barbarus*, puede autorizar a quien escriba en un idioma antiguo a que introduzca voces o locuciones no comprobadas por el uso de los propios escritores. El hecho de que el adjetivo *amplus* se junte con ciertos sustantivos no es razón suficiente, pues hay copiosa abundancia de locuciones perfectamente latinas, con que expresar el concepto amplio poder, para que se diga *ampla potestas*. Basta que el crítico me recuerde algún texto que defienda su *ampla potestas* (y corre el riesgo de atormentar sin objeto su memoria) para que esta expresión quede como un simpático españolismo.

5) La distinción que hace el crítico de cesura de pie y de metro es otra acrobacia sofística completamente extraña a la cuestión. El verso «ultima funditus interirent» está amoldado sobre el de Horacio *Carm.* 4, 468 «nominis Hasdrubale interempto», el cual no es el último del carmen, pues le sigue otra estrofa. El crítico para corroborar su inacertada condenación de mi verso llega a la increíble osadía de afirmarlo, pues según él, solamente la coincidencia de ser el último verso del poema podría justificar tal imperfección, ya que aún Horacio, según el crítico, tiene sus imperfecciones

métricas, y a tal propósito lo cita adaptándolo como de costumbre. Dice, Horacio v. 358 y s.: *indignor quandoque bonus dormitat Homerus*, y el crítico, «aliquando dormitat Homerus».

El otro verso «te componere quotquot exstiterere» es perfectamente análogo al de Catulo (*carm.* 1,2) «arida modo punice expolitum», y tiene su cesura.

6) En cuanto a las elisiones que tanto molestan a las refinadas orejas del crítico, oiga lo que escribe un teórico colombiano, Miguel Abadía Méndez (*Prosodia latina*, 2 ed. Bogotá 1904):

La elisión es uno de los recursos más socorridos para acrecentar las bellezas de los versos, sirve igualmente para dar al número de los mismos dulzura y fluidez, rudeza y majestad, según la diversidad de los asuntos de que trata.

Tanto basta para dar a conocer cómo en cuestiones de poesía y particularmente cuando se compone en idiomas antiguos, lo más seguro sea, por lo que concierne al contenido, confiar exclusivamente en su propio gusto, y en cuanto a la forma, apoyarse únicamente en la autoridad de los textos, dejando de un lado a los críticos, especialmente a los improvisados, a los maestros de poética y sus comentadores, máxime cuando no entienden o explican al revés la letra, y a los autores de diccionarios poéticos, aunque sean miembros de la Legión de Honor, profesores de la Universidad Real, etc. . . .

7) No hay que calificar de hipér-

baton lo que uno no alcanza a comprender, y si *Andina* presenta para el crítico dificultades de interpretación, no hay que atribuir la culpa de eso al autor sino al lector.

A las injuriosas invectivas, como decía en el comienzo, no contesto; confieso cándidamente que en ese terreno me reconozco demasiado incompetente. Lo que no llega hasta mí, no me ofende. Ni tampoco así como no me halagaron los elogios por él a mi tributados, «de profundo conocedor de la hermosa lengua de Cicerón, de rapsoda hábil e ingenioso y digno de ocupar un sitio decoroso en el *Gradus ad Parnasum*, de dotado de aptitudes

poco comunes para pulsar la lira del inmortal poeta venusino, de autor de una empresa admirable y meritoria, de un bonito esfuerzo, de un simpático, gesto que prueba evidente de mi dominio de la cultura humanística, etc., etc.»; ni tampoco, digo, me ofende el hecho de que él ignore en qué soy doctor, dónde hice mis estudios. ¿Qué interés en efecto a mis amigos, a mis enemigos, al mundo entero y a mí mismo que el señor crítico sepa o no sepa en qué soy doctor y dónde hice mis estudios? Con tal que lo sepan aquellos *ad quos ea res pertinet...*

Saluda a Ud. muy atentamente.
—Dr. Hipólito Galante.

LAS REVISTAS

En el número de Octubre del año próximo pasado de la interesante revista *L' esprit international*, que edita en París el centro Europeo de la Donación Carnegie pro-paz internacional, aparece un artículo debido a la pluma del eminente profesor y jurisconsulto polaco Boris Mirkine-Guetzevich, titulado: *La renuncia a la guerra y el derecho interno*, del que extractamos los principales párrafos:

Al mismo tiempo que se manifiesta el progreso del derecho internacional, el derecho público interno, bajo la influencia del espíritu internacional, comienza a transformarse. El progreso del derecho internacional es más conocido, más visible; la internacionalización del derecho interno, menos visible para los pueblos, accesible más que todo a los especialistas, a los técnicos, es sin embargo, hecho tan importante como aquel.

El esfuerzo esencial del derecho internacional moderno es la tentativa hecha para dar a la idea de la renuncia a la guerra, formas jurídicas; y justamente gracias a este esfuerzo el espíritu internacional penetra en la conciencia jurídica de los pueblos civilizados y transforma el derecho interno. En esta cuestión tan grave para la humanidad que es la renuncia a la guerra, la internacionalización del derecho interno puede tener

resultados tan importantes como la firma de un pacto internacional. La conciencia contemporánea rehusa reconocer la guerra como un instrumento de política nacional. Bajo la influencia de este espíritu internacional de los pueblos modernos el derecho internacional trata de encontrar soluciones jurídicas que proscriban la guerra. Pero al lado de las soluciones internacionales, existen las nacionales. Al lado de pactos y de tratados de derecho internacional, la conciencia jurídica moderna puede buscar *garantías constitucionales* de la paz.

El articulista se ocupa de la historia que en el derecho público europeo ha tenido esta idea de la renuncia a la guerra, y desde el decreto de la Asamblea Constituyente de 22 de Mayo de 1790 hasta las actuales Constituciones europeas, cree que es al

Derecho penal al cual corresponde ocuparse de ella, el que basándose en la conciencia jurídica internacional moderna, puede establecer las garantías suplementarias de la paz, instituyendo delitos nuevos.

La internacionalización del derecho penal es un problema técnico que forma el objeto de los estudios de sabios, especialistas de derecho penal y de criminología. Pero al lado de la técnica penal, la posición

de este problema pertenece al derecho público general; y desde este ángulo nosotros queremos examinar uno de los problemas más interesantes de las tendencias internacionales del derecho público interno. Los tres proyectos de código penal de Polonia, Rumania y Brasil han establecido un delito nuevo: la *propaganda a favor de la guerra de agresión*. El hecho mismo de querer introducir en un código penal un artículo que castiga esta propaganda es bien significativo. Es preciso estudiar este problema desde dos puntos de vista: es desde luego una manifestación evidente de la internacionalización del derecho público interno, una de las tendencias internacionalistas del derecho interno, pero, como lo veremos luego, es asimismo ocasión de un conflicto entre el espíritu internacional y el espíritu de libertad que es también un principio fundamental de nuestro tiempo.

A continuación el autor estudia detenidamente el concepto básico en cada uno de los proyectos de código penal a que se ha referido y distingue tres concepciones diferentes según los cuerpos de leyes estudiados: así el concepto *internacional* (Polonia), el *nacional* (Rumania) y el *constitucional* (Brasil).

El proyecto polaco tiene por autor al señor Emilio Estanislao Rappaport, secretario general de la comisión de codificación, presidente de la comisión polaca de cooperación jurídica internacional. Su concepción, que llamamos internacional, está basada en el reconocimiento de la guerra como un crimen internacional. El señor Rappaport considera que en nuestra época la paz es un bien general y que el Estado que inicia una guerra comete un crimen internacional. Quienquiera haga propa-

ganda en favor de este crimen comete un delito internacional, punible por la jurisdicción nacional. La paz, subraya el jurista polaco, es un bien común.

Para el señor Rappaport el término «guerra de agresión» no tiene ningún valor: porque parece comportar como antítesis una guerra de defensa. O más bien no hay ni debe haber una «guerra de defensa», sino solamente un «estado de defensa legítima». Basándose en esta concepción general, el jurista polaco define el delito de propaganda en favor de la guerra como el delito de prensa por excelencia. Y así el futuro código penal polaco será completado por un artículo (108) concebido en los siguientes términos:

«Quienquiera incite públicamente a la guerra de agresión será castigado con cinco años de prisión.»

Otra concepción que puede llamarse concepción nacional, es la que encontramos en el proyecto de código penal rumano o el delito de propaganda en favor de la guerra de agresión, y de que es autor el profesor V. Pella. El proyecto rumano tiene entre otros defectos, según lo analiza el articulista, el muy grave de no hacer efectivo el castigo de propaganda en favor de la guerra de agresión, sino en virtud de la reciprocidad internacional, la que es difícil de conseguir.

La tercera concepción es la que se basa en disposiciones constitucionales, y ha sido puesta en práctica en el Brasil. Su autor, el profesor Sá Pereira, ha consultado en el proyecto de nuevo Código Penal el capítulo XXIV titulado Crimen contra la paz internacional, en que también y con el fundamento

de preceptos constitucionales, sanciona duramente el crimen de propaganda en favor de la guerra de agresión.

Como estos delitos son esencialmente delitos de prensa, en los diversos proyectos, el articulista se refiere a los inconvenientes que puede presentar en las diversas legislaciones vigentes este nuevo delito si se relaciona con las disposiciones existentes sobre las garantías de libertad, en la letra aunque no en la práctica de casi todas las constituciones llamadas democráticas:

Este delito de propaganda, una vez establecido, constituirá una restricción necesaria y muy sensible de la libertad de prensa. Así deberá nacer un conflicto entre el espíritu internacional y la libertad individual. Este conflicto no podrá ser resuelto por un razonamiento teórico. No se pueden apoyar dos bienes absolutos porque la paz y la libertad son bienes absolutos; no existe ningún criterio que nos autorice a decir que la paz es superior a la libertad individual. Es un dominio de apreciación personal, y la ciencia política no puede sugerir ningún medio para decir en cada caso cuál es la *categoría superior*: la paz o la libertad individual. El problema de elegir entre la paz internacional y la libertad individual es absolutamente insoluble. Los especialistas de derecho penal, que miran el delito de propaganda en favor de la guerra como un problema técnico que cae dentro de su especialidad, no han examinado esta cuestión previa que tiene una gran importancia y que, si no se plantea bien, puede atemorizar a los legisladores democráticos que temerán sacrificar la libertad de los ciudadanos en nombre de la paz internacional.

Mirkine-Guetzevich cree que la

ciencia política podrá solucionar la dificultad planteada, que no deja de ser grave; pero como se comprenderá, esta solución será empírica y poco satisfactoria. Para llegar a ella, el autor cree el medio mejor estudiar las garantías individuales en el trascurso de la historia política. Del texto primitivo de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de la Revolución Francesa, hasta la constatación de la evolución de estos conceptos en las constituciones modernas, cada vez más entrabadas en sus aplicaciones liberales, por el fenómeno llamado el *control social de la libertad individual*. Es decir la libertad individual y todos los derechos, que el siglo XIX, consideró sagrados, subordinados al interés social, variable y tornadizo como la voluntad de los detentadores del poder público. Cita como ejemplo de este avance las medidas de sanidad, las de policía, las reglamentaciones cada día más minuciosas y el creciente y nefasto intervencionismo estatal en todas las actividades del individuo. Pero espera el autor, y creemos que es sólo una lejana esperanza, que de la unión de los derechos del hombre y de la convicción de la necesidad de una paz internacional, nacerá el derecho a la paz, tan sagrado como cualquiera de los otros. Y sólo entonces cree que la renuncia a la guerra será un hecho posible dentro de las Cartas Fundamentales del futuro de las naciones.

Toda esta técnica jurídica tiene una noble tarea, y es la de elaborar

el derecho a la paz. Pero—e insistimos en este punto—esta tarea no es solamente propia del derecho internacional, que da la reglamentación general de la vida internacional, es asimismo deber del derecho interno. Y las tendencias internacionales del derecho moderno nos muestran que la causa de la paz puede ser defendida no solamente por un pacto internacional, sino también en un texto constitucional, en una ley ordinaria, así como ya lo hemos visto y estudiado, lo es en una ley penal.

Como todas las elucubraciones de los internacionalistas, las ideas reseñadas podrán parecer algo utópicas; pero es de desear que para el progreso y bienestar del mundo civilizado llegue algún día en que los pensadores como Mirkine-Guetzevich, que hoy nos parecen un poco soñadores, puedan ser los profetas de una realidad, no sabemos si próxima o lejana, pero de todos modos deseable.

UNA REVISTA ARGENTINA

La distinguida escritora Victoria Ocampo ha unido un grupo de gente aficionada a los intentos culturales y ha fundado una revista cuyo primer número nos llega en el correo último. La ha llamado *Sur*, y en una carta explicatoria de la gestación de la revista dirigida por la fundadora a Waldo Frank, aparece que el nombre lo ha patrocinado Ortega y Gasset, admirador entusiasta de la escritora argentina. Es una revista trimestral, y bajo la dirección de Victoria Ocampo llevan la marcha de la publicación dos consejos: uno extranjero, en el

que figuran Ansermet, La Rochelle, Leo Ferrero, Waldo Frank, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jules Supervielle y Ortega y Gasset, y otro argentino compuesto por Jorge Luis Borges, Eduardo J. Bullrich, Oliverio Girondo, Alfredo González Garaño, Eduardo Mallea, María Rosa Oliver y Guillermo de Torre.

La fundadora y la mayoría de los miembros del consejo argentino son miembros de la alta plutocracia del vecino país, circunstancia que augura a la nueva publicación una vida próspera y larga, lo que constituye nuestro deseo.

Este primer número de la publicación de que damos cuenta revela un esfuerzo inteligente y un criterio artístico seguro para seleccionar las colaboraciones. La directora ha realizado una labor que todos los americanos debemos agradecer, y aunque el tinte de la revista antes que americano es casi exclusivamente argentino (tenemos entendido que se han solicitado diversas colaboraciones americanas), *Sur* será un muestrario valioso del progreso que han adquirido en nuestro Continente las cosas del espíritu.

Destacan en este primer número, dentro la calidad óptima de todas las colaboraciones, la carta de Victoria Ocampo a Waldo Frank, en la que relatando al escritor yanqui el nacimiento de *Sur*, tiene atisbos de clara inteligencia.

Yo pensaba que si América es joven, el mundo no lo es y que nuestro Continente se parece a esos niños cuya infancia se marchita de vivir siempre entre adultos. Amé-

rica no cree ya en los cuentos de hadas, pero lleva en sí la eterna necesidad que los hizo nacer. Como necesita creer en ellos acabará por inventarlos de nuevo. Y ese será su milagro. . . .

Se me preguntó, con la mayor seriedad del mundo, si mi revista se proponía volverle la espalda a Europa. Sencillamente declaré que su fin principal consistiría en estudiar los problemas que nos conciernen, de un modo vital, a los americanos!

¡Volver la espalda a Europa! ¿Siente el ridículo infinito de esa frase?

Claro está que nos vemos irremisiblemente obligados, en el sentido físico como en el intelectual, a dar la espalda a alguna cosa si queremos volver la cara hacia otra. Pero eso no implica forzosamente que nos demos vuelta en sentido figurado.

Cuando me acuesto para dormir me acuesto boca abajo y vuelvo la espalda al cielo. Cuando sólo descanso me extiendo de espaldas y las vuelvo a la tierra. Dios sabe, sin embargo, hasta qué punto adoro su cielo y su tierra.

Al definir los propósitos de su revista, la escritora argentina emplea los términos que siguen:

Waldo, en un sentido exacto, esta revista es su revista y la de todos los que me rodean y me rodearán en lo venidero. De los que han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América. De los que tienen la voluntad de comprendernos, y que nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos. Las cualidades de su América, Waldo, son secretas como las cualidades de la mía. Lo que su América grita con voz estridente no es tal vez exactamente lo que grita la mía, pero nuestro odio va hacia ello por las mismas causas.

Su América y la mía—escribamos para simplificar «nuestra América» ya que el tesoro escondido que buscamos en ella es el mismo o equivalente—, nuestra América es un país por descubrir, y nada nos incita más al descubrimiento, nada nos pone más seguramente en el rastro de nuestra verdad como la presencia, el interés y la curiosidad, las reacciones de nuestros amigos de Europa. Su carta a Copeau y Gallimard es, en ese sentido, el ejemplo más patente.

Ha querido usted explicar a sus amigos por qué es América un gigante inquieto, pero todavía sin palabras, y ha escrito un libro.

Sur testimonia mi admiración por esa obra, mi absoluta adhesión a lo que la inspiró, Seguirá en cuanto a su orientación un camino paralelo.

Cada uno, según las fuerzas respectivas, nos pondremos a la búsqueda de América, de esa América del oculto tesoro.

«El hombre tiende a negar lo que no sabe afirmar», declara secamente un gran francés.

Lo que desde ya sabemos afirmar de América es que estamos enamorados extrañamente de ella. Y ese amor, como todo gran amor, es una prueba. Prueba que arroja sobre nuestras incapacidades e imperfecciones una luz resplandeciente y cruel.

Este amor se dirige a lo que está más allá de nosotros y parte de lo que está más allá de nosotros. Tener conciencia de ello, sufrir por ello es saludable.

Como se ve, la escritora argentina se ha impregnado del tono mesiánico del destinatario de la carta anterior, y traduce en frases felices y plenas de aciertos su esperanza en los frutos espirituales que puede rendir el futuro de nuestro Continente.

Otra colaboración de enorme interés que presenta este número de *Sur* es la que firma *El soñador de los bordes del Sena*, apodo romántico bajo el cual se oculta un escritor de tan exquisita modernidad como Drieu La Rochelle, y que se titula *Carta a unos desconocidos*:

Una revista es un grupo de hombres que se juntan en su juventud y que dicen juntos lo que piensan juntos.

No es bueno que se reúnan demasiado pronto; si son demasiado jóvenes no tienen todavía nada que decir. Tampoco es bueno que se reúnan demasiado tarde. Una vez que han dicho lo que tenían en común deben separarse. Sin lo cual el grupo humano se transforma en una «revista» en el sentido literario de la palabra, donde no se hace más que repetir lo que ya se dijo otras veces, donde la gente no se vuelve a encontrar por amarse y amar juntos alguna cosa, sino simplemente para escribir, único parecido superficial que entre ellos persiste.

Al cabo de diez años, romped vuestras máquinas de escribir, quemad vuestros archivos, y cumplid cada uno por vuestro lado el trabajo comenzado en común. A la edad madura, los artistas no pueden ya vivir en común: cada fruto se separa, al caer del árbol, de los otros frutos. Un nuevo equipo se formará bajo un nuevo nombre y os reemplazará. Y si, por casualidad, algunos de vosotros son otra cosa que pensadores o artistas, si son hombres de acción exterior, hombres de mano, hombres de negocios o políticos, entonces estos irán a unirse a otros grupos para los cuales existen también estaciones, pero más prolongadas.

Más adelante el autor divaga con elegancia y firmeza, sobre variados

temas, que lindan todos con la Argentina y el concepto que de ella se tiene al borde del Sena: De paso los llama a los argentinos «los blancos del mundo austral», con lo cual todos los otros habitantes del Continente quedamos en el tintero, pero si esto puede achacarse a la ignorancia geográfica del autor, es preciso reconocer que su sensibilidad agudizada y fina le sugiere para caracterizar la revista frases y metáforas muy bellas:

No hay más que una cosa en el hombre, sus pasiones. Cuando digo pasiones quiero decir todo: Todas sus pasiones en su encadenamiento magnífico desde el celo hasta el odio amoroso de los dioses, desde la guerra hasta el renunciamiento.

He ahí lo que hay que cantar sin cuidarse del timbre que toma ese canto.

No es necesario decir: cantaré el amor argentino; es necesario decir: cantaré el amor. Y sólo más tarde se advertirá que vuestro canto de amor sonaba con un sonido que no se oye más que en la Argentina.

Pero que la Argentina se ignore a sí misma como una joven que todavía no ha oído su nombre expresado por su amante en el transporte del amor. No llevéis demasiado pronto la mano a vuestro tesoro. No digáis demasiado pronto: esto es argentino, esto no lo es.

Dejad que todos los vientos del mundo atraviesen vuestra pampa; los granos que ella admita darán plantas argentinas, pero no les pongáis una etiqueta. Somos los extranjeros los que diremos: esto es argentino, esto viene de ese *Sur*.

Vosotros pensáis en argentinos porque no podéis hacer de otro

modo, pero ante todo habéis sido hombres que se encontraron en alguna parte del mundo y que fundaron una casa para cantar allí su canto; y a esta casa la llamáis *Sur*.

El lirismo del escritor francés ha encontrado en el nacimiento de la revista argentina una ocasión magnífica para confeccionar un poema augural.

Otras colaboraciones que hacen de este número de *Sur* una primicia de selección espiritual son las debidas a las plumas de Alfonso Reyes, Eugenio d'Ors, Ernesto Ansermet, Jules Supervielle, Jorge Luis Borges, unos fragmentos interesantísimos del epistolario de Ricardo Güiraldes; y acertadas y sagaces notas de Victoria Ocampo, Enrique Bullrich, Francisco Romero, Guillermo de Torre.

TRES ENSAYOS DE VERDADERO
INTERÉS

Ya cuenta más de un año esta publicación que ha realizado en nuestro país una obra altamente interesante. Los fundadores y mantenedores de ella han hecho su labor aislados de toda publicidad y de todo reclamo. En forma anónima y desinteresada, los folletos de *Tres ensayos* han aparecido mensualmente con toda regularidad, siempre superándose y contando con el favor creciente del público. Se han tratado en ellos los más complejos problemas que agitan la hora presente de la cultura mundial, y las firmas que han aparecido gozan casi todas de repu-

tación consagrada. Un par de reparos podría hacerse y es que hasta ahora se ha dado en sus páginas una preferencia demasiado exclusivista a ciertos problemas biológicos, y a los de otro orden mirados desde el punto de vista biológico, y en segundo lugar, que la gran mayoría de los autores, por no decir todos, son norteamericanos, ingleses o alemanes, es decir, originarios de países sajones. Una mayor variedad en la selección de los temas y la ocasión de que el espíritu latino se manifieste en sus columnas, podrán hacer de *Tres ensayos* el mejor esfuerzo en pro del adelanto cultural chileno.

De todos modos, la obra realizada ya marca una voluntad decidida al servicio de una ennoblecedora idealidad. Por ello, sus anónimos mantenedores merecen el bien de los chilenos.

MEMENTO

L'esprit international, de Octubre pasado, trae además del artículo que hemos reseñado, interesantes trabajos de Henry de Jouvenel, Otto Hoesch y Tsen Tsou Ming. El de este último, sobre la situación política china, revela profundo conocimiento y certero criterio para apreciar los acontecimientos.

El último número de la *Revue de Philosophie* contiene interesantes colaboraciones sobre la «Atención» del Dr. Dwelschauvers, y «Eugenismo» del Dr. Grimbert, que reseñaremos detalladamente en el próximo número de ATENEA.

En *La Revue de Paris*, correspon-

diente a la primera quincena de Noviembre último, destaca entre otros un interesante trabajo del general A. de Chambrun, sobre la primera exploración de Brazza en el Africa Oriental.

Charles Maurras continúa ocupándose, en la *Revue Universelle*, de sus recuerdos políticos, y los relacionados con el affaire Dreyfus hacen revivir esos tiempos lejanos, dada la no extinguida pasión del autor para juzgar los acontecimientos.

El Coronel Herbillon, del Estado

Mayor de Nivelles, pone los puntos sobre las íes, en la *Revue de France* de Mayo de 1930 al tratar del supuesto fracaso de la ofensiva Nivelles en Abril de 1917 y del nombramiento de los mariscales Foch y Petain. En el mismo número de la mencionada revista, los escritores Raymond Recouly y Abel Hermant nos dan páginas que podemos contar como de las mejores salidas de esas plumas, sobre Luis Felipe el primero, y en su novela *Tántalo* el segundo.—*Ariel*.

